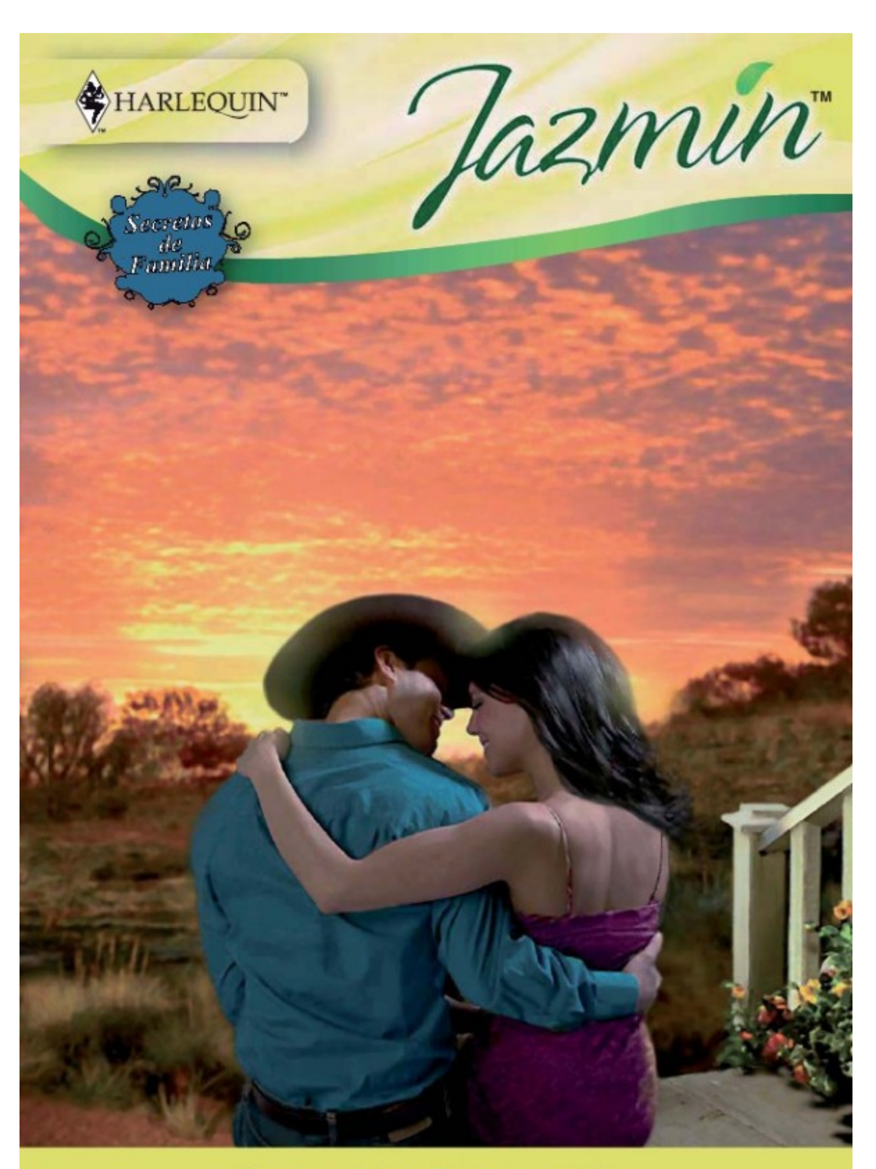


La novia de su vida

MARGARET WAY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

LA NOVIA DE SU VIDA, N.º 2372 - diciembre 2010
Título original: Cattle Baron Needs a Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9331-2
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



La novia de su vida

MARGARET WAY



Capítulo 1

A treinta minutos de Brisbane, las nubes oscuras comenzaban a entrar por el este. Con incontables horas de vuelo, él observó fascinado cómo las nubes comenzaban a agolparse formando núcleos tormentosos. «La naturaleza en estado puro», pensó él. Una fuerza inimaginable que podía levantar un avión ligero, voltearlo, golpearlo con un rayo, o dejarlo pasar de manera milagrosa.

Él sabía que podría manejar el espectáculo pirotécnico de aquella tarde. Pero tampoco era aquello lo que necesitaba y notó que se le formaba un nudo de frustración en el pecho. El mal tiempo provocaba temor en cualquier piloto, pero él no pensaba ceder ante ello. No podía permitirse otra interrupción en su largo viaje, así que blasfemó para reducir la tensión que se apoderaba de él. Debía permanecer impasible. Era la única manera de mantener el control.

Era un piloto experto y hacía mucho tiempo que había obtenido la licencia. Su padre, Daniel, se había sentido orgulloso de él y le había dado una palmadita en la espalda.

–Tienes talento, Garrick. Todo lo haces con mucha facilidad. ¡No podría estar más orgulloso de ti!

Su padre había sido su modelo para todo. Él había aprendido a volar igual que su padre había hecho. Con naturalidad. Era un piloto meticuloso. Volar le daba la vida. Pero también podía darle la muerte. No podía olvidarlo. Ni por un momento. Ya había habido muchos accidentes de avión en las zonas despobladas de Australia. ¡Sin embargo a él le encantaba volar! ¡Y el sentimiento de libertad que le proporcionaba!

El Beech Baron era el símbolo de lo que su familia había conseguido con el tiempo, un avión de vanguardia mantenido para que fuera lo más seguro posible. Aun así, una turbulencia severa comenzó a agitar la avioneta como si fuera un juguete. Por suerte,

terminó antes de que se convirtiera en un verdadero problema.

Había sido un infierno de viaje. Primero, había aceptado hacer un vuelo por emergencia médica para un vecino de una finca cercana que llevaba algún tiempo sin avioneta debido a grandes problemas económicos. Había sido su abuelo, Barton, el que había convertido Rylance Enterprises en una de las primeras empresas en diversificarse hasta el punto de que Coorango era sólo una de las muchas empresas que aportaban beneficios. La situación más arriesgada a la que se había enfrentado Garrick durante el vuelo era aterrizar en una carretera del interior de Australia que atravesaba una zona despoblada y que era peligrosa por su anchura y por los canguros que había por la zona. Los canguros se asustaban con el ruido de los motores, entraban en pánico y saltaban de un lado a otro, lo que suponía un importante peligro. Algunos se tumbaban sobre la pista como si estuvieran paralizados y miraban como diciendo: «No me hagas daño». Los canguros no tenían sentido común.

Al menos, la improvisada pista de aterrizaje no era demasiado corta y se extendía entre un paisaje lleno de arbustos e innumerables cursos de agua secos que los aborígenes aprovechaban para sus campamentos y entre los que, de vez en cuando, se encontraban pozas llenas de agua que brillaban con el sol.

El capataz de la finca estaba pálido y sudoroso a causa del dolor, pero no se quejaba. El propietario de la finca y dos de sus hombres habían llevado al paciente en coche hasta allí, y después lo habían subido al Beech Baron en una camilla. Su misión era llevar a aquel hombre hasta el Royal Flying Doctor Service más cercano, donde recibiría atención médica.

–¡Eres maravilloso, Rick! –le había dicho Scobie, el dueño de la finca–. Hace falta un buen piloto para poder aterrizar con un Beech Baron valorado en más de un millón de dólares en una pista de arbustos. No sé cómo agradecértelo. ¡Whitey se ha tapado los ojos durante todo el aterrizaje! –Scobie miró a su peón y éste sonrió.

–¡Nunca he visto nada parecido, señor Rylance! –dijo Whitey–. ¡Eres un as!

–¡Un as con mucha suerte, Whitey!

Cuando llegó a Brisbane, la tormenta había terminado y el sol había dispersado las nubes. Él aterrizó el avión con suavidad y lo aparcó detrás de un Gulfstream. Llegaría un día en el que él pudiera comprarse uno así. Desembarcó del avión y se acercó a la limusina que estaba esperándolo para llevarlo hasta la mansión de los Rylance.

–¿Ha tenido un buen vuelo, señor Rylance? –le preguntó el chófer, llevando dos dedos hasta la visera de la gorra del uniforme.

–Los he tenido mejores –sonrió, mientras guardaba la maleta en el maletero. No necesitaba que el chófer lo hiciera por él.

Momentos más tarde estaban en camino con una agradable conversación. El propósito de ese largo viaje era asistir como padrino en la boda de Corin, un pariente suyo que se casaría dos días después. Aquélla sería una ocasión especial tras los meses extremadamente traumáticos posteriores a la muerte de Dalton Rylance, el padre de Corin y Zara, y de su segunda esposa, Leila, en un accidente de avión en China. Un suceso que conmocionó a todo el país. Dalton Rylance había sido un gigante de la industria. Pero la vida continuaba y no había más remedio que seguir su ritmo. Corin era un luchador. Y estaba a punto de recibir su recompensa, casándose con Miranda Thornton, el amor de su vida.

Garrick había conocido a Miranda, una mujer menuda y de cabello rubio platino, en el funeral de Dalton y se había fijado en ella de inmediato. No sólo era una mujer bella, también muy inteligente. Y estaba estudiando para ser doctora. Corin era afortunado. Y merecía serlo. La vida no había sido fácil para él. Ni para Zara. Tras la muerte prematura de su madre, la primera señora Rylance, adorada por el resto de la familia. No como la segunda señora Rylance. Ella no se había ganado el corazón de su madre. A veces, la madre de Garrick hacía comentarios mordaces. Él había conocido a Leila en alguna reunión familiar y le había parecido una mujer dulce y encantadora. O al menos, con él había desplegado todos sus encantos.

Leila Rylance había sido una mujer glamurosa que había hecho feliz al arrogante y exigente Dalton.

Dalton Rylance y Daniel, su padre, eran primos segundos. Su rama de la familia había sido ganadera desde tiempos coloniales. Su padre era un hombre maravilloso, una verdadera figura de

inspiración y un héroe para su familia. Desgraciadamente, durante los últimos años había vivido en una silla de ruedas tras sufrir importantes daños medulares provocados por una caída a caballo cuando se disponía a ayudar a un imprudente empleado de la finca.

Dalton y Daniel nunca habían estado unidos, aunque su padre mantenía bastantes acciones en Rylance Metals. Dalton Rylance no había sido un hombre que inspiraba afecto, pero sí había sido un brillante hombre de negocios y un pionero en la industria minera del estado.

Como solía ocurrir a menudo, Garrick no pudo evitar pensar en Zara. Ella lo había abandonado en un infierno emocional. Tiempo atrás, Zara y él habían estado locamente enamorados. Bueno, o él había estado locamente enamorado de ella. Zara había estado probando sus armas de mujer en el ámbito de la sexualidad y, cuando le hacía el amor, él sentía que su cuerpo se disociaba del alma. Habría hecho cualquier cosa por ella. Cualquier sacrificio excepto abdicar a su herencia. Como hijo único y heredero tenía grandes responsabilidades esperándolo, igual que Corin, el heredero de Dalton.

Zara era la heredera de los Rylance. Dalton, como buen machista que era, esperaba que ella siempre estuviera bien guapa y se casara con el descendiente de otra familia rica para formar una familia. Dalton Rylance era un gran defensor de la teoría de que las mujeres no estaban hechas para los negocios.

Por supuesto, Rylance Metals estaba dirigida por hombres. Igual que Rylance Enterprises, aunque eso estaba cambiando rápidamente. Su madre, Helen, estaba en la junta directiva de todas sus empresas y desempeñaba un rol activo. Era ella la que había recomendado a otras dos mujeres clave para el negocio. Su madre era una mujer especial. Y tenía muy buen ojo para la gente, y a menudo él se preguntaba cómo se había equivocado tanto con Zara.

Su preciosa Zara. Su ángel oscuro. El centro de sus sueños.

Tenía veintiocho años, dos años menos que él, y a pesar de que todo el mundo pensaba que se casaría joven, ella seguía soltera. Siempre había tenido una larga lista de admiradores. Y no era una niña rica y mimada. Se había convertido en una triunfadora en el mundo de los negocios. Dalton no contaba con que su única hija fuera tan inteligente. Pero Zara había heredado el cerebro de los

Rylance para los negocios. Aun así, Dalton nunca le había ofrecido un trabajo en Rylance Metals.

Uno de los pocos grandes errores que había cometido. Pero Dalton Rylance había sido un hombre como los de su época. Zara era licenciada en Empresariales, y Dalton había permitido que estudiara para que en un futuro pudiera proteger la herencia que le correspondía. Ella vivía y trabajaba en Londres. Y tiempo atrás se había visto implicada en un gran escándalo con Konrad Hartmann, un hombre de negocios muy rico de Europa al que habían encontrado culpable de una estafa a gran escala. Hartmann estaba esperando al juicio y, cuando llegara el momento, pasaría el resto de su vida en prisión. Cuando la historia salió a la luz, un periódico británico nombró a Zara como la joven amante australiana de Hartmann. Se comentaba que ella conocía, o sospechaba, el enrevesado y dudoso negocio que él tenía. Además de ser la hija de Dalton Rylance, un magnate de la minería australiana, Zara era un lince para los negocios.

La amenaza de que emprendieran acciones legales contra ella hizo que su jefe de aquella época, el influyente Marcus Boyle, le echara una mano. Corin tampoco había perdido el tiempo y había volado a Londres para organizar al mejor equipo de representantes legales. Más tarde, cuando todo se tranquilizó, llevó a Zara de regreso a casa. Al parecer, ella estaba deseosa de regresar.

A él no le había hecho ninguna ilusión saber que Zara se había visto relacionada con el tema, a pesar de que ella negaba que hubiera tenido algo serio con el millonario. ¿Y era verdad? Sólo Zara y Hartmann lo sabían. Lo que él sí sabía era que nunca perdonaría a Zara por cómo lo había tratado. Quizá todavía le diera un vuelco el corazón al verla, pero un corazón roto no era fácil de reparar.

Por un lado había deseado rechazar la invitación de Corin para que fuera su padrino de boda. Puesto que Zara iba a ser la dama de honor principal, él sabía que correría un gran riesgo. Incluso el sonido de su nombre le hacía daño. Pero nadie lo sabía. Se había convertido en un experto a la hora de ocultar sus sentimientos. Al final, había decidido que no podía decepcionar a Corin. Después de todo, era un honor. Corin no conocía la historia de cómo lo había traicionado Zara. Ni nunca se enteraría. Zara y él tenían ese secreto.

Ambos se sentarían juntos en la mesa nupcial, como si fueran parientes con una buena relación.

Él había vivido mucho desde que Zara lo dejó, intentando olvidar el pasado. Incluso se había comprometido con Sally Forbes en una gran fiesta que les habían preparado los padres de ella. Los Forbes eran amigos de la familia desde hacía mucho tiempo. Ella era todo lo que un hombre como él podía desear. Una mujer entrenada para ocupar el puesto de esposa en una gran finca ganadera. Como Coorango. Podía haber funcionado si él no se hubiera visto afectado por lo que sentía por Zara. Al final, Sally y él se separaron y ella se casó con Nick Draper, un amigo común. Sally y Nick seguían siendo sus amigos y parecían una pareja feliz.

A veces, él no podía creer lo rápido que pasaba el tiempo. Zara y él habían hecho el intento de cerrar la brecha que se había abierto entre ellos escribiéndose varias cartas. Las últimas habían sido enviadas desde Londres. Eso había sido poco antes de que ella empezara a salir en la portada de los periódicos. La tentación de leer sus cartas había sido muy poderosa. Él había tenido que contenerse para no devorar el contenido de las cartas, al fin y al cabo, lo consideraba una traición a sí mismo. A su autoestima. Por ello había guardado todas las cartas en un cajón de su escritorio y después las había condenado a la hoguera.

El pasado era algo prohibido.

Era una lástima que no pudiera borrar los recuerdos.

Capítulo 2

La mansión de la familia Rylance estaba situada en un jardín de dos hectáreas en cuya parte de atrás había una enorme piscina y un río.

Él no era más que un niño cuando visitó la casa por primera vez. A los diez años, a los niños del interior de Australia cuyos padres se lo podían permitir los enviaban a un colegio interno para que recibieran la mejor educación posible. Era una tradición. Corin y él habían sido escolarizados nada más nacer, en el mismo centro donde habían estudiado sus padres y sus abuelos.

Su relación con Corin había sido muy estrecha desde un principio. La hermana pequeña de Corin había aparecido como la princesa de los cuentos que leía su hermana Julianne, y él se había quedado prendado nada más verla.

–Ésta es Zara, Garrick. Mi tesoro.

Kathryn, la madre de Corin y Zara, había sonreído al ver que él se quedaba boquiabierto al conocer a la pequeña. Kathryn Rylance había fallecido años después cuando su coche salió volando por encima de un puente. Toda la familia quedó conmocionada. Él recordaba cómo su madre se lamentaba de que Dalton Rylance se hubiera casado otra vez poco tiempo después.

–Es lo bastante joven como para que pudiera ser su hija, Daniel, ¿lo puedes creer? –le había dicho ella a su padre–. ¿Qué será de esos niños sin el amor de su madre? Dalton no les ofrecerá ningún consuelo. La pequeña Zara será la que más sufra. Recuerda mis palabras. ¿Me estás escuchando, Daniel? Con Zara cerca, Dalton y la nueva señora Rylance no serán capaces de olvidar a Kathryn. Sé que no te gusta que te lo diga, pero siempre he pensado que nuestra querida Kathy sufría mucho…

En ese momento, su padre lo vio asomado a la puerta y lo llamó:

–No pasa nada, Garrick. Pasa.

¡Justo cuando esperaba oír lo que su madre iba a decir! Todo el mundo sabía que su madre no estaba impresionada por Leila

Rylance. No era un secreto. Y de hecho ella lo decía con toda claridad. Quizá no era algo sorprendente, teniendo en cuenta que sentía mucho afecto por Kathryn, a quien tanto se parecía Zara.

Las espectaculares rejas de forja se abrieron para dejarlos pasar. Una vez cerca de la mansión, él se fijó en los jardines de rosas que recordaba. Las rosas eran las flores favoritas de su madre y florecían en verano, inundando el jardín con sus variados colores.

Él sabía que Kathryn Rylance se había tomado un gran interés personal en el jardín. Era ella la que trabajaba junto al Joshua Morris, un jardinero inglés que se había encargado de ampliar las rosaledas. Josh había dimitido de su cargo casi inmediatamente después de que se conociera la noticia de la muerte de Kathryn Rylance. Al parecer, estaba destrozado.

Los jardines se habían mantenido en recuerdo de Kathryn.

Garrick ya no sentía cansancio. Sin embargo, era consciente de que estaba nervioso. No estaba seguro de que Zara se estuviera alojando en la casa o no. Sabía que ella tenía un apartamento en la ciudad, pero dada la cercanía de la boda, era posible que ella se estuviera hospedando en la mansión. Tenía entendido que Zara y Miranda se llevaban muy bien. Pero era cierto que Zara tenía mucho encanto.

Corin había confesado que tenía sentimientos encontrados acerca de mantener la propiedad. Por un lado, tenía muy buenos recuerdos. Pero a pesar de tener una buena cantidad de dinero a su disposición, se vería forzado a encontrar una propiedad más valiosa o mejor situada. La finca debía de valer muchos millones y Dalton tenía contratado a un equipo de seguridad de los mejores. Todo dependía de Corin. Era posible que a Miranda no le importara vivir en la casa, a pesar de que sólo había conocido a Leila Rylance brevemente. Como esposa de Corin, Miranda recibiría mucha atención. Normalmente, las estudiantes de Medicina no llegaban a casarse con multimillonarios.

Incluso antes de que se abriera la puerta, Garrick sabía que sería Zara.

Kathryn Rylance le había pasado su belleza a su hija. Zara lo

miró con una tímida sonrisa, sin duda insegura de cómo iba a reaccionar al verla.

–Hola, Garrick.

¿Sabía el dolor que sentía con tan sólo mirarla? ¿Nunca llegaría a superar la angustia que había sufrido por ella cuando era joven?

Había madurado. Había blindado su corazón.

–Zara, me preguntaba si estarías aquí.

Ella se sonrojó al oír su tono cortante.

–No espero que me des un abrazo.

–Ya no soy cariñoso, Zara –dijo él, con el corazón acelerado–. Tú me quitaste esa costumbre, Zara. ¿Puedo pasar?

–Por supuesto –ella dio un paso atrás. Llevaba el cabello recogido y el peinado resaltaba su cuello de cisne y sus bonitas orejas. Ella iba vestida con una blusa blanca sin mangas y unos pantalones negros de pernera estrecha. A pesar de su altura, llevaba zapatos de tacón. Un conjunto sencillo pero delicado. A Zara le quedaba bien todo lo que llevaba.

–Corin se ha retrasado –dijo ella con nerviosismo–. Miri está con él. Han salido a tomar una copa rápida con unos amigos. Llegarán para la cena. Se sirve a las siete.

–Lo recuerdo –dijo él.

–¿Quieres que te enseñe tu dormitorio?

–¿Dónde están los empleados? –preguntó él.

–Andan por ahí. Quería recibirte en persona.

–¿De veras? –arqueó una ceja–. Supongo que tenemos que ver cuál es la mejor manera de llevar los dos próximos días.

–¿Todavía me odias? –preguntó ella.

Él ni siquiera tuvo que pensar la respuesta.

–No te engañes, Zara. Si alguna vez te apoderaste de mis sueños, esos días pasaron hace mucho tiempo.

–Tú todavía te apoderas de los míos –dijo ella.

–Siempre se te dio bien actuar. Pero seguro que todavía no has superado lo de Hartmann.

–Estás diciendo tonterías, Garrick. No tuve una relación con Konrad Hartmann. Salimos un par de veces a cenar y a un par de conciertos.

–Supongo que puedo creerlo –se encogió de hombros–. Las diosas no se enamoran de los mortales. Pero ¿tuvisteis una relación

sexual?

–No es asunto tuyo –dijo ella.

–Está claro que la tuvisteis.

Él dejó de mirarla y se fijó en el lujoso salón. Lo habían redecorado desde la última vez que él había estado allí y había quedado de maravilla. El suelo de la entrada principal seguía siendo de baldosas blancas y negras, pero en lugar de los arcos que separaban las estancias había cuatro columnas de estilo corintio.

¿Y quién lo había decorado así? Probablemente Zara. Ella siempre había tenido muchísimo estilo.

Zara permanecía a poca distancia, perdida en su pensamiento.

–No puedo hablar de Konrad Hartmann –le decía–. Yo fui la víctima de esa historia.

–¿Su bella amante australiana?

–Si te crees eso, ¡te creerás cualquier cosa! –dijo ella–. Siento que rompieras tu compromiso con Sally Forbes. La recuerdo bien. Era una chica muy atractiva. Y muy apropiada.

Él se encogió de hombros.

–Ahora está felizmente casada con Nick Draper. ¿Lo recuerdas?

–Recuerdo mejor a Nash, tu otro amigo.

–¿Y cómo no? –se rió–. Nash también se enamoró de ti. De un modo u otro causaste impresiones duraderas. Corin se ha debido de dejar una fortuna redecorando este lugar.

–¿Te gusta?

–Hay alguien que tiene un gusto exquisito –dijo él, dirigiendo hacia ella la mirada de sus ojos azules–. ¿Miranda? Creía que estaba demasiado ocupada con sus estudios. Y por cierto, admiro mucho sus aspiraciones.

–Todos lo hacemos –dijo ella de manera cariñosa–. Miri y yo tomamos decisiones en conjunto. Por supuesto, también contamos con la ayuda de un equipo profesional. No queríamos ningún recuerdo de... –se calló de golpe y se mordió el labio inferior.

Tenía una boca preciosa. Una boca que durante un tiempo Garrick podría haber besado todo el día. Y toda la noche.

–Continúa –dijo él, consciente de que nunca tendría suficiente protección contra esa mujer–. No te llevabas bien con tu madrastra, ¿verdad? Supongo que es comprensible. No podías soportar que otra mujer ocupara el lugar de tu madre y robara la atención de tu

padre. Ella se llevó la mano al cuello como si sus palabras le hubieran causado mucho dolor.

–¿Qué sabes tú acerca de eso, Garrick?

–No pretendo hacer como si supiera mucho –confesó él–. Después de todo, hemos vivido a miles de millas de distancia durante casi todas nuestras vidas. Pero recuerdo que me contaste montones de veces que Leila se había interpuesto entre tu padre y tú. No era que pasáramos mucho tiempo hablando, o mejor dicho hablando sobre algo más aparte de nosotros y de nuestros planes de futuro.

–Ella hizo más que eso –dijo Zara–. Pero se supone que no se debe hablar de los muertos. Basta con decir que fue Miranda la que quería más que nadie que hiciéramos grandes cambios.

–¿Qué? ¿No le parecía que lo que había era lo bastante bueno? –preguntó él sorprendido–. Nadie puede decir que Leila no tuviera estilo.

Zara se volvió hacia el otro lado.

–Dejemos el tema, ¿quieres? No es asunto tuyo.

–Por supuesto que no. Pero, dime, ¿qué es lo que es asunto mío? –agarró la maleta–. Soy el padrino de Corin.

–Corin te tiene mucho aprecio –se dirigió hacia la escalera que se dividía hacia ambos lados de la casa.

–El sentimiento es mutuo –dijo él, fijándose en sus hombros delicados–. Eres tú la que lo echó todo a perder... Por cierto, Corin no sabe nada acerca de nosotros, ¿verdad?

Ella no se detuvo, consciente de que él estaba picándola.

–No hace falta que traigas tu maleta –dijo ella–. Ya te la subirá alguien.

–Responde a mi pregunta –dijo él en tono cortante.

Ella se volvió para mirarlo.

«Es la mujer más deseable del mundo», pensó Garrick, tratando de ignorar los recuerdos de pasión que invadían su mente.

«Ya te complicó la existencia una vez. No permitas que lo haga de nuevo».

–No leíste mis cartas, ¿verdad? –preguntó ella con tristeza y apoyándose en la barandilla para estabilizarse.

La rabia se apoderó de él y trató de controlarla.

«No permitas que se dé cuenta de que te está afectando».

–¿Qué sentido tenía? No ibas a regresar conmigo. Lo dejaste muy claro. Estabas levantando el vuelo. Aprovechándote de todo lo que sentía por ti.

–Tenía miedo de mi padre –dijo ella–. Él me llamó. Y yo fui.

–¡Tonterías! ¡Tu padre te lo dio todo! Aunque no lo quisieras.

–Sólo en cierto modo. Desde que yo era pequeña, incluso cuando mi madre estaba viva, mi padre fue un hombre controlador. Él la controlaba –las lágrimas afloraron a sus ojos y pestañeó–. Nunca tuve valor para enfrentarme a él. Ahora me avergüenzo de ello. Debería haber sido más valiente. Pero mi padre asustaba hasta a los hombres fuertes. Hay que tenerlo en cuenta. Incluso a los hombres de negocio, no sólo a los sirvientes y demás. Corin era el único que se enfrentaba a él. Yo pagaba el precio por parecerme a mi madre. Corin era el heredero. Yo era la hija. Una don nadie. Las hijas no son nadie. Pero él nunca perdía el control. No conocías a mi padre, Garrick, igual que no conocías a Leila. La recuerdas como una mujer encantadora, glamurosa y amable. Pero la realidad era muy diferente.

–Creía que no ibas a meterte con los muertos –comentó él–. Y tú no eras muy traviesa, claro –la retó–. Tu padre confesó que estaba muy decepcionado porque tú hacías todo lo posible para hacerle la vida imposible a tu madrastra. Según él, Leila trataba de complacerte para establecer una relación contigo, pero tú no se lo permitiste. Como ya te dije, era comprensible, pero no creo que Leila tenga toda la culpa, y además no está aquí para hablar.

–Bueno, parece que ella te convenció –contestó dolida–. ¿Crees que Leila y mi padre eran más de fiar que yo?

–¡Cielos, sí! ¿Por qué iban a mentir? Parecían muy sinceros. Sé que había muchos conflictos –frunció el ceño–. Todos lo sabíamos más o menos. Era evidente que el hecho de que una esposa más joven entrara a formar parte en la familia tendría repercusiones.

–Así fue –se volvió antes de continuar–. Lo siento, pero no quiero hablar de ello. Es evidente que tienes tu opinión formada. Al parecer no aprecias el hecho de que fuiste bendecido, Garrick. Puede que ambos hayamos nacido en una familia rica y privilegiada, pero tú te criaste con unos padres maravillosos. Para la mayoría de la gente, ser la heredera de la familia Rylance significaba que todo estaba a mi alcance. Y no era así. Ser rico tiene

sus cargas. Lo sabes. Uno puede comprar relaciones. La gente quiere conocerte, que la vean con uno. Pero el amor nunca se puede comprar. No está a la venta, y el amor lo es todo en la vida.

–¡Por favor! Yo te amaba, Zara. ¿No lo recuerdas? Tú no querías mi amor. Yo sabía que te quería más de lo que tú me querías a mí, pero no me importaba. Lo que tú me dabas llenaba mi vida. Tenía la esperanza de un futuro brillante. Y en realidad, no había esperanza alguna. Lo que hiciste fue exponerme a la infelicidad. No merecías la pena. Lo que más odio son los comportamientos deshonestos.

–Entonces, tus recuerdos están distorsionados. Para mí no era un juego, Garrick.

–Cállate, por favor –dijo él, apretando los dientes–. Tenemos un pasado de sufrimiento, pero no podemos convertir este fin de semana en un campo de batalla. Lo pasado, pasado está.

–¿Qué era lo que decía Faulkner, el escritor norteamericano? El pasado nunca muere, ni siquiera es pasado. Julianne y tú no sufristeis traumas familiares como Corin y yo. Teníais unos padres maravillosos. Tu padre es un hombre encantador, y espero verlo. Me ha invitado a ir a Coorango.

–¿Qué? –no pudo controlar el tono de su voz. La agarró del brazo y sintió de nuevo una especie de chispazo eléctrico que provocó que se le erizara el vello de la nuca. Sus ojos azules brillaban como zafiros–. Mi padre no puede haber hecho tal cosa sin decírmelo.

–Sigue siendo el dueño de Coorango, ¿no es así? –lo retó ella, temblorosa–. A tu madre también le gustará verme –continuó ella–. Helen y yo siempre nos llevamos bien. Ella quería a mi madre. Me lo dijo.

Al menos, eso era verdad. Durante un instante, él sintió que su vida estaba descolocándose.

–¿Y cuándo se supone que vas a ir? –la soltó al sentir que el roce de su piel lo quemaba.

–Creo que pensaban que... Por favor, Garrick, tranquilo. Creo que pensaban que podría volar de regreso contigo.

–No puedes hablar en serio. Nadie me ha dicho nada al respecto –dijo asombrado. Sus padres siempre le contaban todo. No había secretos entre ellos. Y también habían sido invitados a la boda. Pero

su padre no gozaba de un buen estado de salud para realizar un viaje tan largo y su madre no abandonaría a su adorado esposo–. Hay algo más detrás de todo esto, ¿no es así? Les preguntaste si podías ir. Y ellos nunca te dirían que no. Sin duda, Coorango es lo más lejos que puedes llegar. Supongo que la gente todavía habla de tu relación con Hartmann.

Ella avanzó hasta el primer rellano, separándose de él.

–Una parte de la prensa hizo todo lo posible para destruirme. Esas cosas perduran en el tiempo. Tendré que vivir con ello. Pero las personas que me conocen o me quieren no dudan de mi palabra. Los negocios de Konrad estuvieron mucho tiempo bajo sospecha. Todos lo sabíamos. Pero necesitó una operación larga y dolorosa para revelar la verdad.

–Mira, no quiero hablar sobre el timador de tu ex amante. Vamos arriba –dijo él, y agarró la maleta otra vez.

–Por supuesto.

No volvieron a hablar hasta que ella se detuvo frente al dormitorio.

–Espero que te encuentres cómodo aquí –dijo ella, y abrió la puerta gesticulando para que pasara.

–Agradable –murmuró él. La habitación era muy amplia y tenía una gran terraza llena de plantas desde la que se veía el jardín trasero, la zona de la piscina y, por supuesto, el río. En el interior, una cama enorme y una decoración en tonos bronce y marfil.

–Es el dormitorio más armonioso que un hombre podría pedir –dijo él sin mirarla. Estaba tan cerca de ella que no podía evitar ponerse tenso.

–Tiene baño en la habitación, por supuesto.

–¡Por supuesto! –repitió él con sarcasmo.

–Te has vuelto muy duro, ¿no es así, Garrick? –dijo ella, fijándose en que estaba más atractivo que nunca. El calor de la mirada de sus ojos azules hacía que temiera derretirse–. Has perdido la sonrisa.

–Sólo contigo, Zara –contestó él.

–También tienes un tono de voz más serio. Cada vez te pareces más a tu padre. Siempre pensé que llegarías a ser como él, con todos sus defectos y virtudes.

Con su maravilloso sentido del humor y su comprensión del ser humano, de nuestras fortalezas y debilidades. Ahora, no estoy tan segura.

–Nunca seré como mi padre –dijo él–. Pero lo intentaré. Nunca te conocí, Zara –dijo él–. Me enamoré de ti cuando éramos niños, aunque parezca descabellado. Creía que tu belleza interior era igual que tu belleza exterior. Y me equivoqué. En cualquier caso, eso no es más que el pasado. Un hombre sólo puede permitirse quedar como un idiota una vez en la vida.

–¿No amaste a Sally? –preguntó ella.

–¿De veras quieres saberlo?

–De veras. Siempre he querido que fueras feliz, Garrick.

–Dame un respiro, Zara –se quejó él–. No te importaba nada. Sólo te regodeabas de la admiración de un joven. Después de ti, Sally fue una brisa de aire fresco. Nuestra ruptura fue mutua.

–No es lo que he oído.

–Sally merecía otro tipo de compañero –dijo él–. Reconozco que me he vuelto más duro. Sally necesitaba a alguien que le encajara mejor... Nick. Y tú, para ser una mujer que esperaba casarse pronto, sigues soltera. ¿Qué pasó con todos los chicos con los que saliste antes de Hartmann?

–¡Ninguno era comparable contigo!

Él estaba tan enfadado que se giró y la agarró por los hombros, sorprendiéndose de su violenta reacción. Deseaba tomarla en brazos. Deseaba... ¡Maldita sea!

–No hagas esto, Zara –le advirtió–. No estoy seguro de qué trata este nuevo juego, pero he de decirte que no me gusta.

Ella lo miró, tranquila.

–Te gusta zarandearme, ¿verdad?

Al momento, Garrick bajó las manos.

–Lo siento –murmuró–. Haces bien en no provocarme. Y lo haces a propósito –le dijo, deseando tomarla entre sus brazos y besarla de manera apasionada.

«Por favor, recuerda todo lo que has aprendido».

No le resultaba fácil. Por primera vez en mucho tiempo se había sentido vivo. Algo que no había experimentado desde que ella lo había dejado. Su poderosa sexualidad, tanto tiempo dormida, intentaba liberarse. Pero ¿cuánto tiempo podría contenerla? Las

bodas eran ocasiones muy especiales. Y llenaban de magia el ambiente. Tendría que pasar todo el tiempo calmando sus instintos.

Ella se llevó la mano a un hombro y se masajeó despacio.

–No tenía intención de hacerte daño –se disculpó de nuevo.

–Creía que sí –dijo ella–. Los próximos días nos resultarán muy difíciles si no conseguimos aparentar que somos amigos.

Él echó la cabeza hacia atrás y dijo en tono de mofa:

–¿Amigos?

–Puede que no... Pero somos adultos. ¿Crees que no podremos fingir?

–No veo por qué no. Tú eres una buenísima actriz, y lo último que quiero es disgustar a Corin y a la que será su encantadora esposa. Lo que no comprendo es por qué quieres regresar conmigo a Coorango. He dejado muy claro lo que pienso de ti.

Ella lo miró con sus ojos oscuros.

–Hace tiempo que no veo a tus padres. Les caigo bien. Quieren verme aunque tú no quieras. Admito que me gustaría irme de la ciudad durante algún tiempo. Tus padres lo saben. Tú estarás fuera de la finca la mayor parte del tiempo. Sé que trabajas mucho. Sólo puedo decirte que haré lo posible por mantenerme alejada de ti. Podría ayudar a tu madre mientras Jules está en Washington esperando a dar a luz –Julianne Rylance se había casado con un diplomático unos años atrás y estaban destinados en Washington.

–Tengo que pensar en esto –dijo él–. Me gusta mi vida tal y como es –dijo él, sin esforzarse en disimular su rabia–. No quiero que vuelvas a formar parte de ella. Déjame en paz, Zara. Lo que hubo entre nosotros terminó hace mucho tiempo.

La amistad perduró durante la deliciosa cena y hasta bastante después. Se retiraron a tomar café a la terraza donde se sentía la brisa proveniente del río y se percibía la mezcla de olores del jardín. El cielo estaba lleno de estrellas y las luces de exterior iluminaban la piscina y el jardín. El aroma de las rosas se mezclaba con el aroma que se desprendía del cuerpo de Zara.

Él no tuvo que esforzarse para comportarse con educación. Al fin y al cabo era un chico educado y la alegría que mostraban Corin y Miranda ayudaba a disipar su cinismo. Corin adoraba a Miranda. Miranda adoraba a Corin. ¡Eran afortunados!

¿Y él no había pensado una vez que las puertas del paraíso se habían abierto ante él? Zara y él habían hecho el amor una y otra vez de manera apasionada. Ella se lo había permitido. ¿O había sido al revés? Fuera como fuese, había sido como tenía que ser. Y aunque hubiera finalizado de manera cruel, él lo recordaría el resto de sus días.

Esa noche, ambas mujeres lucían un largo vestido de verano y unas sandalias. Era evidente que Zara había conquistado a su futura cuñada con su encanto, y Miranda la trataba con cariño.

«Lástima que no empleara sus encantos con Leila», pensó él.

En ese momento, Zara volvió la cabeza y sus miradas se encontraron. Él respiró hondo y se percató de que había estado allí sentado, mirándola sin más.

¡Maldita sea!

No podía cambiar el hecho de que ella siguiera afectándolo.

No podía deshacer el pasado.

La pasión y la traición solían ir de la mano.

Cuando Garrick bajó a la piscina para nadar un poco, los trabajadores estaban por todo el jardín preparándolo para la boda. Él se había despertado antes del amanecer y había tardado unos segundos en darse cuenta de dónde estaba. Recordaba que había soñado con Zara y, en un momento dado, se había despertado convencido de que ella estaba acurrucada contra su cuerpo.

Sobrevivir a la boda iba a resultarle más difícil de lo que creía. El truco era centrarse en Corin y en Miranda y olvidarse de sus propios problemas. No le gustaba que la mujer que lo había traicionado siguiera teniendo tanto poder sobre él.

Cuando salió de la piscina ya habían levantado dos marquesinas blancas y estaban terminando con una tercera. También habían colocado varias mesas y unas mujeres estaban esperando para poner los manteles. El entusiasmo invadía el ambiente. Garrick nunca había visto a Corin tan feliz.

Estaba secándose cuando Zara apareció a su lado. No la había oído llegar.

–Te has despertado temprano –dijo ella, quitándose el batín de color azul y dejándolo sobre el respaldo de una silla.

–¡Uf! –dijo él, sintiendo una erección.

–¿Uf? –preguntó ella, arqueando las cejas.

–Sí, ¡uf! ¡Qué maravilla! –dijo él, enfadado consigo mismo por el comentario. Notaba una fuerte presión en la entrepierna. ¿Cuántas veces había nadado con Zara en la laguna Blue Lady de Coorango? Unas veces con bañador, otras, sin él. Garrick todavía visualizaba su cuerpo desnudo y su larga melena cayendo por su espalda. Su piel pálida que nunca se bronceaba, y cómo lo miraba fijamente con sus ojos grandes.

«Te quiero, Rick. ¡Y siempre te querré!».

«Yo te adoro. Estamos hechos el uno para el otro».

En aquel momento había pensado que era verdad. Zara era la única mujer del mundo con la que deseaba casarse.

Pero era otro momento. Otro lugar.

–Gracias –dijo ella con una sonrisa–. Tú tampoco estás mal.

–El trabajo duro hace que uno se mantenga en forma –soltó él.

–¿Sigues bronceado por todos sitios?

–Eso nunca lo sabrás.

–No digas nada que pueda ser utilizado en tu contra –dijo ella.

–Y tú no intentes coquetear conmigo –le advirtió él–. Ya tuviste tu momento.

–Y desde entonces, he muerto un poquito cada día.

Él la fulminó con la mirada.

–Está bien, está bien –Zara levantó las manos a modo de rendición–. No te caigo bien. Pero no has encontrado a nadie más. Ni yo tampoco.

–A lo mejor les hicimos daño. Déjalo, Zara.

Un poco nerviosa, ella se retiró una horquilla del cabello y se soltó la melena. El bañador entero de color blanco que llevaba resaltaba la belleza de sus piernas. La abertura de la espalda dejaba al descubierto el lateral de sus pechos, pequeños pero perfectos.

Él se obligó a mirar a otro lado. Agarró la toalla de nuevo y se secó el cabello con energía.

–No te marchas, ¿no? –preguntó ella, cubriéndose los ojos con la mano para evitar el sol.

–Ya he nadado –dijo él sin mirarla.

–Quédate, por favor –le suplicó–. Miri bajará ahora. Se alegrará de vernos juntos. Ya sabes... Somos amigos.

–Ex amantes –dijo él, mirándola a los ojos–. La amistad no tiene

nada que ver con ello. De todos modos creía que anoche cumplí con mis obligaciones.

–Lo pasamos muy bien –dijo ella.

–Y tú estuviste encantadora –se mofó él–. ¿Se supone que he de sentirme bien?

–Al menos tienes muy buen aspecto –dijo con una risita–. Ahí viene Miri. Por favor, quédate un rato, Garrick.

–De acuerdo, lo haré por Miranda. Su familia neozelandesa llegará antes de comer, ¿no es así? –se pasó la mano por el cabello y frunció la frente–. Ni siquiera sabía que Miranda tenía familia en Nueva Zelanda. Me doy cuenta de que sé muy poco sobre ella. Incluso pensaba que había parte de la familia que no se hablaba entre sí.

–Bueno, será su abuelo quien la lleve al altar y su prima Isabel será una de las damas de honor. Sí que hubo un distanciamiento familiar, pero ya está todo bien. Eso es lo importante.

–Supongo que sí –dijo él–, pero hay cosas que no me estás contando. Al menos, no con detalle.

–¿Por qué dices eso?

–¡Zara! –la hizo callar con la mirada–. Puedo leerte como si fueras un libro abierto. Da igual, déjalo. Miranda me cae muy bien. Corin es un hombre afortunado.

Capítulo 3

Todo salió tal y como estaba planeado. La ceremonia fue preciosa y más de una mujer tuvo que contener las lágrimas. Miranda estaba radiante y sus ojos brillaban de amor y alegría. Llevaba un vestido blanco de seda, sin tirantes y con el corpiño de pedrería, que le quedaba de maravilla. Sobe la falda habían tejido el dibujo de unas rosas con hilo de plata.

¡Era precioso!

Miranda había elegido la rosa como símbolo para su boda. Era un tributo a Kathryn Rylance, la madre de Zara y de su querido Corin. El detalle provocó que a Zara se le saltaran las lágrimas. Una corona de rosas blancas sujetaba el velo de la novia. Y como collar llevaba un collar de perlas que le había regalado su futuro esposo. Los pendientes eran de perlas y diamantes.

Las cuatro damas de honor eran altas y delgadas. Todas tenían una larga melena que caía sobre sus hombros.

Zara, la dama de honor principal, llevaba un vestido de color rosa. Su tono era el complemento perfecto para el vestido de la segunda dama, que era color lavanda. La tercera iba vestida de un tono amarillo y, la cuarta, de un tono melocotón. Miranda y Zara habían pasado mucho tiempo mirando tejidos antes de elegir las sedas. El resultado fue un éxito. La novia y las damas de honor se movían como si estuvieran bañadas por diferentes haces de luz.

El novio y sus ayudantes también iban muy elegantes. ¿Y el padrino? Todo el mundo comentó que sus ojos azules podría volver loca a cualquier mujer.

Era evidente que Garrick Rylance sería el objetivo de todas las mujeres jóvenes que soñaban con que un sueño se convirtiera en realidad.

Los invitados fueron trasladados desde la iglesia hasta la mansión de los Rylance donde se celebraba el banquete. Zara estaba

muy nerviosa y tuvo que amonestarse.

«No puedes permitir que te desborden los sentimientos. Respira hondo. Recupera la calma».

No era tan fácil hacerlo después de haber presenciado la unión de dos almas gemelas. Su corazón estaba lleno de felicidad por Miranda y por su hermano. Pero también se había visto afectado. Durante toda la ceremonia sólo había cruzado la mirada con Garrick una vez. Y durante unos segundos. La mirada de sus ojos azules parecía burlarse de ella. Zara había sido la primera en mirar hacia otro lado. Fue como si él le estuviera diciendo que ella había dejado escapar la única oportunidad de ser feliz.

No podía permitir que le afectara. Ese día era una celebración. Ella era la dama de honor principal. Tenía un importante papel.

Como dama de honor principal, se sentó a la derecha de Corin. Garrick, que era el padrino, se sentó al lado de Miranda.

La comida era estupenda y la acompañaron de champán de la mejor cosecha. Corin ofreció un sincero discurso para su esposa y provocó que a muchos se les saltaran las lágrimas. El discurso de Garrick fue bastante equilibrado. Tuvo un par de momentos de gran seriedad y después se centró en anécdotas de cuando Corin y él eran niños. Contó que cuando tenían diez años, llevó a Corin a una aventura. Ambos se lanzaron al río con una cuerda que habían atado a un árbol. Y no habría sido tan malo si no fuera porque el río estaba desbordado.

–Ambos sobrevivimos para contarlo –dijo Corin con una sonrisa. Ambos se habían metido en muchos problemas.

Al final, la pareja recién casada decidió marcharse. Iban a pasar la noche en Sidney, desde allí volarían a Los Ángeles y se quedarían una semana en la costa oeste antes de volar a Nueva York. Miranda lanzó su ramo de flores desde el balcón para que lo recogieran las invitadas. Ellas estaban nerviosas, con los brazos en alto y gritando: «A mí, a mí».

Zara mantuvo la mirada y las manos abajo. El hombre que tanto había deseado estaba a poca distancia, riéndose de los comentarios que había hecho una de las damas de honor acerca de que el padrino era un hombre más que atractivo. ¡Y que cualquier chica estaría dispuesta a perseguirlo!

Ella, por otro lado, había desempeñado su papel con elegancia y

dignidad, pero no había perdido la cabeza en ningún momento. Después de la relación que había mantenido con Hartmann, durante la que la habían acusado de ser su amante y conocedora de sus negocios, se había sentido como una mujer que vivía en una casa con paredes de cristal.

Muchas veces se amonestaba por ser demasiado sensible. Se parecía mucho a su madre, y lo que le había sucedido a su madre pesaba sobre sus hombros. Algunas mujeres eran más vulnerables que otras.

Como si fuera un pájaro dirigido, el ramo de Miranda chocó contra el pecho de Zara. Algunas mujeres exclamaron decepcionadas, pero la gran mayoría se acercó a felicitar a Zara.

–¡Eres la siguiente, Zara! –le dijo Chloe, una de sus primas, al oído. Su abuela, Sibella de Lacey, una mujer de aspecto despampanante, se acercó a ella y la agarró del brazo.

–¿No es un buen augurio, cariño? –susurró con un tono de protección hacia su nieta.

–Nan, Miri me lo ha tirado a propósito –dijo Zara.

–Y tiene muy buena puntería –se rió Sibella–. Lo que tienes que hacer ahora, cariño, es poner tu vida en orden. Tienes una nueva vida por delante. Tu padre tuvo mucha responsabilidad sobre lo que has vivido. Te falló en muchos aspectos.

–No puedes perdonarlo, ¿verdad?

–No, no puedo –confesó Sibella–. No puedo hacerlo por Kathryn. Y nunca podré. Ni por no tenerte en cuenta. Cuando parecía que habías encontrado la felicidad, el decidió infligirte más sufrimiento. Alejó a Garrick de tu vida. Tu padre era un hombre de sentimientos encontrados. Amaba a tu madre en aquellos años, pero Kathryn se negaba a encajar en el molde. La otra sí lo hacía.

–Ella se esforzó por hacerlo –dijo Zara.

–Por supuesto. Leila estaba preparada para hacer cualquier cosa por conseguir a Dalton. Después, creo que Dalton llegó a odiarse a sí mismo. No soportaba ni pensar en lo que había hecho. Nadie sabe cómo Leila llegó a tener a esa criatura tan especial.

–¡Buenos abuelos, Nan! –dijo Zara–. Serían personas encantadoras. Leila era algo excepcional.

–¡Deslumbrante! –dijo Sibella con ironía.

–Ella hizo todo lo posible por dejarte de lado. Por celos. Igual

que tu madre, ya ves. Puede que esto no fuera evidente para ti, cariño, pero Dalton sentía muchos celos de Garrick.

Zara miró a su abuela asombrada.

–¿De Garrick? ¿No querrás decir Corin? Mi padre siempre intentaba controlar.

–Intimidar, ¿quieres decir? –dijo Sibella–. La venganza de tu padre fue separaros a Garrick y a ti. Garrick no era el tipo de yerno que él quería tener. Deseaba a un hombre dócil y conformista. Alguien a quien pudiera meter en el negocio para teneros a ambos bajo control. Eso no habría podido hacerlo con Garrick. ¿Cómo lo llamaba Dalton? –miró a Zara a los ojos. Los ojos que Zara había heredado de Kathryn.

Zara sonrió.

–¡El chico salvaje! Garrick nunca tuvo miedo de mi padre. Incluso a los diez años ya era un hombre en gestación. En comparación, yo salí una cobarde. Debería haber intentado que mi padre dejara de dominarme en la adolescencia, Nan. Debería haber sido lo bastante fuerte como para liberarme. ¿Y por qué no lo hice?

–¡Te diré por qué! Estamos hablando de un tirano. El control era su obsesión. Era un hombre que conseguía que incluso los competidores más duros se debilitaran. Debió de resultarle fácil que mi hija perdiera la confianza en sí misma. No tenía que haberse casado con él, pero lo deseaba. Él era muy astuto y estaba decidido a conseguirla a cualquier coste. Kathryn, de joven, era una mujer fuerte y con felicidad interior. Eso fue lo más triste. A los pocos años, tu padre se lo había quitado todo. Le había robado la felicidad. Vosotros lo erais todo para ella.

Zara ocultó el rostro tras el ramo de flores para disimular el dolor que sentía.

–Mi padre también me robó la confianza. Él fingía que actuaba por mi bien, y era tan convincente que yo estaba encantada de que me prestara atención. Él me convenció de que nunca encajaría en el modo de vida que llevaba Garrick. Me dijo que no sería capaz de desempeñar ningún papel como esposa de Garrick y señora de Coorango. También decía que mi madre no había podido soportar la presión que suponía adaptarse al papel de esposa de un importante empresario como él. Y que por eso había fracasado el matrimonio.

–Dalton era un ansioso del control –dijo Sibella.

–Pero no pudo controlar a Corin.

Sibella asintió con orgullo y comprensión.

–A mi Corin no. Pero no olvides, cariño, que había mucha diferencia en cómo Dalton trataba a Corin y en cómo te trataba a ti, su única hija. Tú eras demasiado joven para perder a tu madre. Kathryn actuaba como una barrera protectora entre vosotros y vuestro padre. Y sobre todo contigo, porque tenías el mismo carácter bondadoso que ella. La perdimos, Zara, pero ella nunca te habría abandonado a propósito.

–¡No!

–Hoy está aquí con nosotros.

–La he sentido –dijo Zara–. Corin me ha dicho que él también ha percibido su presencia.

–Todos los días rezo por ella y por vosotros, Zara. Te pareces tanto a Kathryn que es como si estuviera todavía con nosotros. Ahora, quiero que hagas algo por mí. Garrick y yo vamos a charlar un rato. Siempre nos llevamos muy bien. Puede que él esté sonriendo a aquella chica del vestido azul, pero sé en qué está pensando. Debes de intentar una reconciliación, Zara. Ya habéis desperdiciado muchos años.

–Ya te lo he dicho, Nan –dijo Zara con el corazón acelerado–. Él me odia.

–Garrick es un hombre orgulloso –Sibella miró de nuevo en dirección a Garrick.

Garrick Rylance, un hombre alto, de piel bronceada y muy atractivo. Sus ojos azules y sus largas pestañas provocaban que cualquier chica se derritiera por él.

–Garrick está convencido de que tú lo rechazaste, por mucho que se lo hayas intentado explicar. Pero yo lo he pillado mirándote. Puede que Garrick siga enfadado contigo, cariño, pero ¿odiarte? ¡Nunca! Ninguno de los dos os habéis juntado con nadie más, y ambos podríais haberlo hecho con casi cualquiera. Eso es muy significativo, ¿no crees?

Garrick sabía que Zara y su abuela se dirigían hacia él. Garrick no había perdido de vista a Zara en casi ningún momento, a pesar de que varias mujeres se habían acercado a coquetear con él. Pero él sólo tenía ojos para Zara. Estar cerca de ella era como estar elec-

trificado. Estaba preciosa con su vestido rosa y la larga melena oscura cayendo por su espalda.

«Estás completamente loco, Rylance», se recordó. No le sirvió de mucho. Nunca dejaría de sentir lo que sentía por Zara. «A lo mejor debería concertar una cita con un buen psiquiatra», pensó con humor.

Él ya había hablado con Sibella, por supuesto. Sentía gran admiración por ella. Zara se parecía mucho a ella. Sibella de Lacey, de casi setenta años, continuaba siendo una bella mujer. Garrick sabía que Sibella le tenía aprecio y que, si ella agitaba su varita mágica, sería capaz de hacer que todo saliera bien entre Zara y él. Eso era si Sibella podía encontrar su varita.

Zara, seguía sujetando el ramo de Miranda. Respiró hondo y pidió un deseo en silencio. Quizá nunca pudiera recuperar lo que había tenido con Garrick, pero debía intentarlo.

Y el tiempo iba pasando.

La celebración continuó por la noche, con varias parejas bailando en la terraza al son de la música en directo. Otras paseaban por el jardín, iluminado por miles y miles de lucecitas. Muchas iban de la mano, o se besaban en la semioscuridad.

Los mayores se habían retirado al interior de la casa y muchos contemplaban la reforma. Paseaban entre las habitaciones principales y la biblioteca, charlando y exclamando, sentándose en los elegantes sofás y poniéndose al día de los últimos cotilleos. Muchos de los que habían pensado en Kathryn Rylance ese día contemplaban con tristeza un retrato de ella. No había estado expuesto durante un tiempo y, desde luego, no durante el periodo en el que estuvo Leila, la segunda esposa. Hacía poco tiempo que lo habían sacado para limpiarlo, enmarcarlo de nuevo y colgarlo sobre la espléndida chimenea de mármol blanco.

–¡Es el lugar que le corresponde! –murmuró una de las amigas de Kathryn.

¡Kathryn Rylance había sido una mujer estupenda! Era una lástima que no pudiera estar allí, en la boda de su único hijo. Todos estaban de acuerdo en que Zara era la viva imagen de su madre. Y todos sabían que Miranda le había lanzado el ramo a propósito. ¿No indicaba eso que ambas mujeres tenían una relación muy buena?

Hacía mucho tiempo que nadie veía tanta felicidad en la familia Rylance.

Hacia la una de la madrugada se marcharon los últimos invitados. Habían contratado un servicio de limusinas contando con que pocas personas estarían en condición de conducir. Una de las invitadas estaba tan agradecida y tan achispada que comenzó a llorar.

–¡Es todo un detalle! –exclamó cuando el chófer le abrió la puerta para que entrara con su marido.

–De otro modo, nunca llegaríamos a casa, querida –contestó el esposo.

–¡Qué Dios te bendiga, Corin! –exclamó otro invitado–. ¡Ha sido un día perfecto!

Todo el mundo sabía reconocer a una pareja perfecta. ¡Y sólo con mirarla se le alegraba a uno el corazón!

Al fin, la casa se quedó vacía. El equipo de camareros que se había ocupado de limpiar hasta el último detalle antes de recoger sus cosas y marcharse. El mayordomo y el ama de llaves, una pareja muy eficiente, se había retirado a sus aposentos hacía una hora. Su bungalow estaba situado en el jardín, a poca distancia de la casa.

Por fin, Zara se sentía libre para recorrer la casa a sus anchas.

Garrick se había marchado con un grupo de invitados que querían seguir de juerga. Zara sabía que había causado impresión a más de una de las invitadas. Una de ellas, que iba vestida de azul, le había dicho a su amiga:

–¡Garrick está estupendo! ¡Hace que me flaqueen las piernas!

No sólo a ella.

«A mí también».

Zara paseó por los salones en silencio, observando todos los arreglos florales. Había sido ella la que le había sugerido la floristería a Miranda. Wayne era uno de los floristas más creativos de la ciudad. Y había sido él quien se había ocupado de preparar los arreglos florales y los ramos de las damas de honor y de la novia. Y el resultado había sido sobrecogedor.

Zara se detuvo para inhalar el aroma de un ramo de gardenias rodeado por hojas de higuera y que habían colocado en un jarrón de porcelana que su madre solía utilizar a menudo. De pronto, una imagen de cuando era pequeña y recogía flores en el jardín con su madre invadió su cabeza. Ninguna muerte le había provocado tanto dolor como la pérdida de su madre. Ni siquiera la de su padre.

Las lágrimas afloraron a sus ojos. Una de las primeras cosas que había hecho Corin tras la muerte de su padre había sido ir a buscar el retrato de su madre. Su padre se lo había encargado a un famoso artista italiano poco tiempo después de haber contraído matrimonio. Su padre lo había mandado quitar a los pocos días después de la muerte de su esposa. Zara recordaba con orgullo que Corin y ella habían tenido valor para protestar. Ambos se habían quejado a su padre. Pero ninguno tenía ni idea de dónde había guardado el cuadro. Al final, Corin lo localizó en el almacén de un marchante.

–Eres muy bella, mamá –susurró ella, mirando el retrato de su madre vestida con el traje de novia–. Estoy segura de que hoy has estado con nosotros. He notado tu presencia. Y Corin también. Nan dijo lo mismo. Te queremos mucho.

Se percató de que sobre la repisa de la chimenea había una rosa blanca con un lazo de color plata. La agarró, pensando quién la habría puesto allí. En la tarjeta, ponía: *De parte de Miranda*.

¡Era un detalle perfecto!

Con la rosa blanca en la mano comenzó a apagar las luces de la habitación. Se llevaría la rosa con ella y la pondría en un florero junto a la cama. Cuando pensaba en ello, todo le parecía extraño. La encantadora Miranda era hija de Leila. Era difícil creerlo, teniendo en cuenta que Leila había sido una mujer fría y calculadora. Corin se había asegurado de que nadie se enterara del parentesco que tenían. No era la peor historia del mundo, pero era extraña. Nadie había comentado que Miranda hubiera sido entregada al matrimonio por su abuelo neozelandés, un distinguido catedrático en Medicina. Ni que una de las damas de honor hubiese sido una prima neozelandesa. Quizá, alguien sacara a la luz la historia al cabo de los años. No habría diferencia para Corin y para Miranda. Ni para ella y sus abuelos. Garrick era el único que se había

preguntado acerca de lo que todos los demás habían pasado por alto. Pero Garrick no lo sabía.

La luz de la luna entraba por las ventanas e iluminaba la entrada. De todos modos, pensaba dejar alguna luz encendida para cuando llegara Garrick. Él siempre había causado impresión a las mujeres, sin embargo, parecía que tampoco había sido capaz de rehacer su vida. Se habían alterado la vida mutuamente.

De pronto, sintió que la rabia se apoderaba de ella al pensar en el comportamiento de su padre y cómo había conseguido quitarle toda la confianza en sí misma. Su padre había sido su enemigo. Los padres debían reforzar positivamente a sus hijos. Sin embargo, ella nunca había recibido tal cosa por parte del suyo.

Zara se dirigía hacia la escalera principal cuando se abrió la puerta. Tenía que ser Garrick. Ella se volvió a tiempo de ver su silueta iluminada por la luz del exterior.

–¡Garrick!

–Bueno, ¡qué tenemos aquí! –se burló él–, ¿una fiesta de bienvenida?

–No temas. Ni siquiera creía que fueras a regresar. Parecía que te llevabas muy bien con... ¿Se llamaba Lisa?

–Louise –dijo él–. ¡Lou!

–Bueno, se parece –dijo ella, encogiéndose de hombros–. ¿No te salió bien?

–Prefiero ser yo el que persigue a las mujeres –dijo él, conectando de nuevo el sistema de alarma para después avanzar hacia ella–. ¿Todavía llevas el vestido de dama de honor? –dijo con cierto tono seductor. Ambos permanecieron en silencio unos momentos.

–Todavía no he subido –dijo ella, con la respiración acelerada–. No estoy nada cansada.

–No deberías quitarte ese vestido nunca. ¿Por qué eres tan bella, Zara? ¿Por qué hay una parte de mí que sigue deseándote locamente? A veces pienso que me hechizaste cuando éramos niños. Zara, ¡la princesita! Nunca he visto una niña tan bella desde entonces.

Ella sintió que le temblaban las piernas.

–Has bebido demasiado, Garrick.

–Puede ser –admitió él–. ¿Cómo puede ser que te olvidaras de

mí así, sin más, cuando yo no consigo olvidarte?

Ella soltó una risita de escepticismo.

–Estás nervioso. Sí que me olvidaste, Garrick. Y diría que con mucho éxito.

–Es una cuestión de opinión, cariño. ¿Qué llevas en la mano?

Ella le mostró la rosa blanca.

–Un precioso detalle de Miranda. La dejó frente al retrato de mi madre.

–¡Qué linda! –exclamó él–. Corin es un hombre afortunado. Miranda tiene toda mi aprobación. Me gustaría brindar por tu madre, Zara. Hoy he tenido la sensación de que estaba con nosotros... Al menos en espíritu. No la vi tanto como me hubiera gustado, pero recuerdo que era una mujer encantadora. Se portó muy bien conmigo cuando tu padre vivía para hacerme la vida imposible. Recuerdo que mi madre lloró cuando se enteró de su muerte. Ella no llora con facilidad, ha aprendido a contener las lágrimas.

–Algunas personas tenemos que hacerlo –dijo Zara.

–¿Tú lloraste por mí?

Ella no pudo soportar el tono de dolor de su voz.

–¡Un millón de veces!

–¡Mentirosa! –negó él con la cabeza–. Sólo fue una locura pasajera, ¿no es así?

–Sin duda, ¡fue una locura! –la mejor experiencia que había tenido nunca.

–Pues te recuperaste muy pronto –la agarró de la mano–. Ven conmigo.

–¿Qué quieres, Garrick? –preguntó con el corazón acelerado–. ¿Quieres verme llorar?

–Zara, cariño, ya te he visto llorar, ¿recuerdas? –contestó con ironía–. Lágrimas de cocodrilo –la guió hasta el salón y encendió las luces.

–¿Por qué no contestaste mis cartas? –al ver que él no contestaba, tiró de su mano–. ¡Contéstame!

Él se detuvo en seco provocando que Zara se chocara contra su cuerpo.

–¿No lo entiendes? –preguntó él–. Cariño, no leí ninguna de ellas.

Zara siempre había tenido la esperanza de que él hubiera leído alguna de sus cartas. En ellas había abierto su corazón, diciéndole cómo se odiaba por haber permitido que su padre la manipulara.

–¡Pero te envié tantas! –dijo con dolor en su tono de voz–. Cielos, ¿cuántas? Y no leíste ninguna de ellas. ¡No puede ser verdad!

–Peor aún, Zara. Mi amor perdido. Quemé todas ellas –dijo con cierta amargura–. Hice una pequeña hoguera. Dejaste muy claro que habías terminado conmigo, ¿recuerdas? Demostraste cómo eras. Y probablemente cómo sigues siendo. Una mujer que tiene la capacidad de hacer que un hombre se arrodille ante ella. ¿Pensabas seguir manteniendo la tortura? ¡Es enfermizo! Yo tengo mi orgullo. Has de pensar que te pareces más a tu padre de lo que piensas.

–¿Qué? –preguntó horrorizada. Sin pensárselo dos veces, levantó la mano y le dio una bofetada. Él podía haberlo impedido, pero no lo hizo–. No me parezco en nada a mi padre. Él era un hombre cruel.

–No voy a discutir –dijo él–. Te has arriesgado al pegarme, Zara –comentó mientras se frotaba la mejilla–. Podía habértela devuelto.

–Lo siento –mintió ella. Él se lo merecía.

–No, no lo sientes –la contradijo–. ¡Te ha encantado!

–¡Así es! –admitió ella, acercándose para mirar sus ojos azules.

–¡Por supuesto que sí! Supongo que lo que es bueno para el ganso será bueno para la oca.

Zara tenía los ojos llenos de lágrimas, pero él la agarró y la estrechó entre sus brazos. ¿Cuántas veces había deseado hacerlo? Era peligroso estar junto a Zara. Ella podía haberse resistido, pero no lo hizo.

–¿Hartmann era un buen amante? ¿Te dijo alguna vez que tenías la boca más apetecible del mundo? No trates de liberarte. No te dejaré escapar –la sujetó con la mano izquierda y le acarició el cabello con la derecha–. Ten cuidado con tu respuesta –le advirtió.

–¡Lo fue! ¡Y me lo dijo! –se rió en su cara–. Por supuesto que... –se calló.

Él estaba tenso. Maldiciéndola. Maldiciéndose. No había perdón con Zara.

Le cubrió la boca con la suya y la besó de manera apasionada. Era maravilloso estar con ella, tenerla atrapada entre sus brazos,

besarla de nuevo después de una eternidad. El fuego no se apagaría nunca. Estaba seguro de que ella también sentía el ardor porque parecía como si se estuviera derritiendo con sus caricias.

Ella trató de retirarse una vez, pero él sabía que no podría apagar la poderosa llama de deseo sexual que los invadía. Una llama que se había prendido años atrás. La sujetó introduciendo los dedos en su cabello y la obligó a mirarlo.

–¡Maldito seas, Garrick! –exclamó ella, cómo si sus sentimientos fueran demasiado potentes como para contenerlos.

–Me parece más una petición que una queja –dijo él–. En cualquier caso, yo te he maldecido miles de veces –le acarició los labios con la lengua para separárselos. Debía de estar volviéndola loca porque ella abrió la boca por completo.

Era como regresar al paraíso.

Garrick la estaba besando tal y como deseaba. Tal y como la había besado en sueños. Sin ternura, pero con furia y pasión. Imágenes de ellos dos juntos invadieron su cabeza. Había conseguido tenerla de nuevo entre sus brazos, donde pertenecía. El resto no le importaba. Ni su viaje desde Coorango. Ni que se hubiera sentido traicionado. La tenía a su lado. Y no permitiría que se volviera a marchar.

Esa noche no. Aunque no lo había planeado. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo sabía que sucedería.

Zara temía desmayarse. Todo su cuerpo estaba en tensión. Su pecho, su estómago, sus senos... Se apoyó contra él y sus senos se aplastaron contra su torso musculoso. Lo deseaba tanto que temblaba de manera descontrolada. Garrick la abrazó con más fuerza y ella se percató de que estaba sujetándola. La rosa se había caído de su mano y estaba aplastada entre ambos. Su aroma invadía el ambiente. Ella se sentía atrapada pero al mismo tiempo sentía que estaba donde debía estar.

–Podía haber elegido a cualquier otra mujer del mundo –murmuró contra su cuello–, ¡pero tenías que ser tú! Vamos a escoger una cama –dijo con una carcajada–. ¿La tuya o la mía? –levantó la mano y la sujetó por la nuca.

–No seas tan cínico, Garrick –le suplicó con un susurro.

–Ah, ¡maldita sea! –exclamó como si la situación fuera intolerable. La sujetó por la barbilla para que lo mirara–. ¿No

estarás llorando?

Una lágrima rodaba por la mejilla de Zara.

–¿Crees que es justo para mí que llores?

–Sólo cuentas tú, ¿no es eso? –soltó ella–. ¡Tú y tu orgullo despreciable! –cerró los ojos al percatarse de que él no la perdonaría jamás. Tenía el corazón acelerado y un fuerte deseo sexual invadía su cuerpo.

–Deja de llorar, Zara –dijo él–. No funcionará. Esta noche eres mía. ¡Será como en los viejos tiempos! –la tomó en brazos.

Ella sabía que nada lo detendría. Ambos sabían que sucedería. Los dos deseaban que se terminara la tortura. Aunque sólo fuera por una noche. Ella no necesitaba un hombre en su vida. A menos que fuera Garrick. Él no necesitaba a una mujer. A menos que fuera ella. Estaban obsesionados el uno con el otro. Sumidos en una vorágine de pasión que tenía un gran fallo.

Sin confianza, no podrían tener amor sincero. Ni un verdadero futuro.

Zara no podía esperar que él volviera a confiar en ella. Ni siquiera había leído una de sus cartas. Le había dolido tanto que dudaba que algún día volviera a mencionar aquellas cartas. Su padre había muerto. No podía enfrentarse a él para que admitiera ante Garrick lo que había dicho y hecho para separarlos.

Lo único que sabía era que amaba a Garrick. De cualquier manera. Pasara lo que pasara. Hasta que la muerte los separara.

Capítulo 4

Volaron hasta Coorango al mediodía de un día azul. El vuelo había sido tranquilo y se dirigían hacia el hangar que albergaba el Beech Baron y un Eurocopter azul metálico una franja blanca. «Esto debe de ser la última adquisición», pensó Zara. Conocía aquel helicóptero de lujo. Su padre, y después Corin, tenía uno para uso privado. Otros dos helicópteros estaban posados en la pista de cemento. Era evidente que la flota aérea iba en aumento.

Zara vio que Helen, la madre de Garrick, estaba esperándolos junto a un vehículo cuatro por cuatro para llevarlos hasta la finca. Ella había empezado a saludarlos con la mano antes de que aterrizaran. Zara la saludó también, agradecida porque Helen hubiera hecho el esfuerzo de ir a recogerlos en persona. Podía haber enviado a alguien. Se sentía bienvenida. Y esperaba que Daniel, el padre de Garrick, tuviera un buen día. Ella sabía que vivía con mucho dolor y que apenas se quejaba. Garrick le había contado que su madre, su hermana Julianne, él, y todos los que conocían a Daniel Rylance estaban preocupados por su salud. Era un hombre muy respetado.

Zara se encontró deseando por enésima vez que su padre hubiese sido como aquel hombre. ¡Qué vida más diferente habría tenido! Quizá su madre todavía estuviera con ellos. Y su relación con Garrick no habría sido tan difícil. Durante años, se había culpado a sí misma por cómo habían salido las cosas. Pero se daba cuenta de que el comportamiento de Garrick tampoco había ayudado. No podía creer que él no hubiera leído sus cartas. Si lo hubiera hecho, quizá el dolor y el distanciamiento se habría pasado. Cómo se podía estropear la vida debido a la falta de comunicación. Debía de suceder muy a menudo. La gente permanece en silencio en lugar de hablar con claridad. Y como resultado, uno puede arrepentirse durante toda la vida.

–Zara, cariño, ¡no sabes cuánto me alegro de verte! –Helen Rylance tenía un aspecto jovial y vestía unos pantalones vaqueros de color amarillo y un top blanco. Se acercó a Zara con los brazos abiertos para saludarla con un abrazo.

Daniel y ella se habían disgustado mucho cuando la relación entre Zara y Garrick había terminado. Con el tiempo, Garrick se había comprometido con Sally Forbes, una joven que conocía desde la infancia. Ellos habían aceptado a Sally, pero sabían que, en realidad, su hijo estaba enamorado de otra. Helen también sabía que Dalton Rylance, un gran manipulador, había provocado el fin de aquella relación.

A ella se le ocurría que podía ser una venganza.

Nunca le había caído bien a Dalton. Él la consideraba una mujer con demasiado criterio. Y una mujer no podía tener una opinión contraria a la de él. Se había vengado de Garrick por ser su hijo. Ella nunca había ocultado lo que pensaba de Dalton Rylance. Y después de la trágica muerte de Kathryn su desconfianza hacia él había quedado bien clara. No podía pensar en ella sin que las lágrimas afloraran a sus ojos. Kathryn había sido una mujer encantadora. Zara se parecía muchísimo a ella. Dalton, un hombre dominante, agresivo y controlador, había anulado por completo la personalidad tranquila y sensible de Kathryn. Y había decidido controlar la vida de su hija.

Pero él ya había muerto y Zara ya no estaba obligada a obedecerlo. Sin duda, el asunto con Hartmann le había causado a Zara numerosos problemas. Ser una mujer bella y deseable tenía peligros inherentes. Era evidente que Hartmann quería añadir a Zara a su colección. Desde un principio, Zara había negado que tuviera una relación íntima con él. Los que conocían a Zara, la creían. Hartmann había resultado ser un delincuente que ni siquiera era tan listo como pensaba.

–Yo conduciré, Ellie –le dijo Garrick a su madre sin más preámbulos–. Tú siéntate atrás con Zara.

Helen le entregó las llaves. En seguida se percató de que todavía no se habían cerrado las heridas que en el pasado se habían producido en la relación que habían mantenido Garrick y Zara en el pasado. Ella se había quedado asombrada cuando Garrick le contó

que habían quemado todas las cartas que Zara le había enviado. ¡Sin leerlas! Como mujer, ella se había puesto del lado de Zara, empatizando con sus sentimientos. Su hijo no le había dado a Zara la oportunidad de ofrecerle una explicación. No era de extrañar que tuvieran una mezcla de emociones. Confiaba en que la estancia de Zara en Coorango sirviera para destapar la verdad. Ella sabía que Zara todavía estaba interesada en su hijo. Incluso se notaba en la manera de mirarlo.

Sólo podía esperar que el ambiente de paz y libertad que se respiraba en Coorango ejerciera su magia. Su querido Daniel tenía prisa por ver que su único hijo sentaba la cabeza, casándose antes de que él falleciera. Su querido esposo había llegado al último capítulo de la vida. Los informes médicos no eran buenos. El pronóstico empeoraba y cada vez necesitaba más medicación. Ella todavía no sabía cómo soportaría vivir sin él. En cualquier caso, Zara estaba allí. Daniel y ella habían decidido invitarla sin decírselo a su hijo porque creían que debían unir de nuevo a aquellas dos personas, que ellos consideraban estaban hechas el uno para el otro. Dalton Rylance había sido el responsable de cambiar el rumbo de las cosas. La invitación a Coorango valdría para recuperar el tiempo perdido.

Zara bajó la ventanilla para inhalar el delicioso aroma del bosque.

–¡Cómo echaba esto de menos! –exclamó con un suspiro y cerró los ojos sin percatarse de que Garrick la miraba por el espejo retrovisor.

–Ha pasado mucho tiempo, Zara –dijo Helen, apretándola del brazo–. Bienvenida a Coorango. Daniel está muy contento de que hayas decidido venir.

Delante, Garrick se rió con ironía.

–Menos mal que papá y tú me avisasteis.

–Deberías darnos las gracias, cariño –sonrió Helen–. Tu padre y yo queríamos darte una gran sorpresa.

–Os aseguro que me la habéis dado –dijo él–. Podríais haberme tumbado con tan sólo el roce de una pluma.

–Al menos, te has repuesto del shock bastante rápido –dijo Zara, en tono dulce y provocador.

–¿Cómo se encuentra papá hoy?

–Está deseando verte –dijo Helen–. Espero que hayáis traído muchas fotos de la boda y cosas que contar. Has debido de ser una preciosa dama de honor, Zara.

Zara, se sonrojó una pizca.

–No tan bella como la novia.

–Por supuesto que no. Eso era de esperar –sonrió Helen.

–Estar preciosa no es nada nuevo para Zara, Ellie –comentó Garrick. Zara llevaba una blusa blanca sin mangas y unos pantalones de lino. Tenía el cabello recogido en una coleta–. Miranda le ha tirado el ramo de novia y, aunque Zara ha hecho todo lo posible por evitarlo, ha caído en sus brazos –le contó a su madre.

Zara lo miró a los ojos.

–Creía que no te habías dado cuenta.

–Oh, sí. No había ningún chico en la boda que no pensase que tú eras la mejor candidata para agarrarlo.

–Pero tú también estás en el mercado, cariño –dijo su madre.

–No empecemos, Ellie –le advirtió él.

–Por cierto –dijo Helen–, tengo noticias que será mejor que os cuente. Sally y Nick están teniendo problemas. Pensé que debía contároslo ya que vendrán para el Trophy.

–¿Te refieres a la final de polo? –preguntó Zara, al mismo tiempo que se sentía un poco incómoda. La expresión «ex novia» apareció en su cabeza.

Helen asintió.

–Este año se celebra en Coorango –le dio una palmadita a Zara en la mano–. ¡No podrías haber venido en mejor momento!

–¿Se supone que he de creerme lo de Sally y Nick? –preguntó Garrick.

–Vamos, cariño –contestó Helen–. Lo sé de buena tinta. Josephine Forbes no se equivoca. Después de todo, Sally es su hija.

–¡Pero eso es terrible! –se quejó Garrick–. No sabía que tuvieran problemas en el matrimonio. Creía que eran muy felices.

–Al parecer, no lo bastante –suspiró Helen–. Te acuerdas de Sally, ¿verdad, Zara?

–Por supuesto que sí. Me parecía muy atractiva –dijo ella con sinceridad–. Siento oír que están teniendo problemas, pero estoy

segura de que podrán solucionarlos. No llevan tanto tiempo casados, ¿no?

Helen siempre había pensado que Sally no se había dado tiempo suficiente para superar lo de Garrick y que se había casado con Nick, uno de los mejores amigos de Garrick, para superar la mala época que estaba pasando.

–Dos años –contestó Helen–. Vendrán al Trophy el próximo fin de semana. Pensé que era mejor decíroslo.

–Y ahorrarme el problema de descubrirlo por mí mismo –dijo Garrick–. ¡Cielos, pobre Sal!

–Nick también lo está pasando mal, cariño –señaló Helen.

–Por supuesto. No les hará ningún bien que nos metamos en medio, Ellie –dijo en tono de advertencia–. Tendrán que solucionarlo por sí solos –reflexionó un instante con expresión seria–. Sal quería tener hijos. ¿Crees que ése podría ser el problema?

–Ni mucho menos un problema, todavía –dijo Helen–. De todos modos, tu madre te va a hacer una pequeña sugerencia. Si yo fuera tú, no me quedaría a solas con Sally.

Garrick miró a su madre fijamente a través del retrovisor.

–Por el amor de Dios, Ellie, ¿qué quieres decir?

Helen negó con la cabeza.

–No creo que haya que ahondar mucho más, cariño. De todos modos, ¡te lo he dicho y ya está!

Mientras hablaba, Helen sabía que no era tan sencillo.

Y Zara también. ¡Había tantas cosas que aprender en la vida! Una de ellas era, antes de casarte mira lo que haces. Sinceramente, esperaba que ése no fuera el caso. Sin embargo, no podía evitar sospechar lo peor.

Zara había oído muchas historias acerca de George William Rylance, el hombre que a finales de 1870 construyó la finca de Coorango y la mansión de veinte habitaciones que había en ella. El hombre era una leyenda, un símbolo del interior de Australia. George, el séptimo hijo de un británico, se había ido a Australia con un primo cercano, donde esperaba fundar su propia dinastía y crear su propia fortuna con algún tipo de empresa ganadera. ¿Con ovejas, quizá?

Después de todo, había sido el oficial de la Armada Británica, John Macarthur, quien había iniciado la industria de la lana en el país. Para cuando Macarthur murió, a mediados de 1800, y llegó George, la industria estaba bien establecida. George conocía Camden Park, una mansión con la que Macarthur había soñado pero que construyeron sus hijos después de su muerte, y decidió que él quería algo parecido.

George le encargó la hacienda a un buen arquitecto que trabajaba en el sur de Australia, sin importarle que la finca se encontrara en mitad del desierto. Él sabía que aquella zona estaba destinada a convertirse en la casa de los mejores ganaderos del país. George, un hombre que había nacido para triunfar, ya había centrado su atención en la ganadería y se había enamorado de las vastas y coloridas extensiones de tierra del interior del continente. Allí era donde quería echar raíces. Los Rylance eran hombres de la tierra. Allí, en aquella zona de antiguas llanuras inundadas, atravesadas por un gran laberinto de canales de agua, arroyos y lagunas, él iba a establecerse. Y para sentirse seguro había invertido bastante dinero en oro, algo que pronto comenzaría a darle grandes beneficios.

Había poco más de una milla desde la pista de aterrizaje hasta la casa. El camino estaba rodeado de enormes palmeras datileras que habían sido plantadas por los comerciantes afganos hacía más de un siglo.

De pronto, se comenzó a ver Coorango Homestead. El edificio era de grandes proporciones y a Zara le encantaba el tono de la arenisca que habían empleado para su construcción. La columnas dobles y las barandillas de forja de color blanco diseñadas por el arquitecto, de origen italiano, enmarcaban la terraza superior. También era de estilo italiano la magnífica fuente de piedra de tres pilones en la que figuraban tres caballos sujetando el más grande de todos.

–Hoy está encendida en tu honor –sonrió Helen complacida por la presencia de Zara.

–¡Qué bonita! –dijo Zara, señalando hacia la caída del agua–. Mira, se forma un arcoíris sobre el agapanto –grandes plantas de color azul lavanda rodeaban la fuente.

Garrick soltó una risita. Sabía perfectamente qué era lo que tramaban sus padres. Querían hacer de casamenteros. Coorango necesitaba herederos. Él ya debía de haberse casado. Su compromiso con Sally estuvo condenado al fracaso desde un principio. Pero a sus padres siempre les había caído muy bien Zara, igual que su madre. Ellie se había quedado muy sorprendida cuando él le confesó que no había leído ninguna de las cartas que Zara le había enviado.

–¿Cómo pudiste hacer tal cosa, Garrick? –le había preguntado ella.

Pudo hacerlo, y lo hizo. Su madre no había considerado la gravedad de su desesperación. La relación no se había ido deteriorando poco a poco, sino deprisa y con brusquedad. Dalton Rylance había gobernado la vida de Zara. Ella se lo había permitido. Evidentemente, ella había pensado que nunca encontraría otro hombre tan poderoso que estuviera a la altura. ¡Lástima que Hartmann fuera un hombre tan malo!

–¿Y cómo se encuentra Daniel hoy? –preguntó Zara, confiando en oír que Daniel tenía un buen día.

–Está deseando verte –dijo Helen–. Tiene un enfermero que se ocupa de él. Se llama Rolf Hammond y a Daniel le cae muy bien. Rolf se ha tomado un pequeño descanso. Lo conocerás cuando regrese.

Garrick condujo despacio por la pista de grava y detuvo el vehículo junto a una escalera de piedra que llevaba hasta la terraza del piso inferior.

Momentos más tarde, Zara estaba fuera del vehículo y miraba a ambos lados, con las gafas de sol puestas para protegerse los ojos. Los muros de piedra estaban cubiertos de buganvillas, las plantas adecuadas para ambientes secos y calurosos. También había pájaros del paraíso, decorando el frente de la terraza y los escalones de piedra.

Helen agarró a Zara del brazo y sonrió. A Zara siempre le había encantado Coorango, mucho más de lo que se esperaba de una chica de ciudad. Zara, que pintaba muy bien a pesar de que su padre hubiera ignorado sus aspiraciones artísticas, podría encontrar mucha inspiración en aquel lugar.

–Te encantará lo que hemos hecho en la parte trasera de la casa

–dijo Helen con entusiasmo. Estaba muy contenta de tener la compañía de una mujer. La vida podía ser muy solitaria. Especialmente porque la vida de Daniel estaba tocando su fin–. Hace tiempo descubrí que los muros ajardinados quedan muy bien aquí. Te sorprenderás de lo que hemos conseguido.

–El amor por las plantas une a la gente, ¿verdad? –contestó Zara con una sonrisa–. Estoy deseando ver lo que has hecho, Helen. El paseo de palmeras datileras es espectacular. Ofrecen un maravilloso sentido del lugar.

–Bueno, hay que trabajar con el entorno. Determina el carácter del jardín, ¿no crees? Hay tantas plantas de flores que me encantan pero que es imposible que crezcan aquí. Ahora, ven conmigo. Tú también tienes que verlo, Rick. No te escapes. Dougal se ocupará de tu equipaje.

–Me tomare un café y un sándwich y después saldré –dijo Garrick, acercándose al vehículo para recoger las maletas de Zara–. No hace falta molestar a Dougal. Esto no es nada. Vamos, Ellie, emprende el camino. Hay algo que tengo que hablar con papá antes de ir. Tenemos que librarnos de O'Donnell. Tengo que hacerlo ahora mismo. Le ofrecimos un puesto fuera de la finca y aun así pasa la mayor parte del tiempo borracho.

–¿Estás seguro, Rick? –Helen frunció el ceño.

–Por supuesto –dijo Garrick–. Mañana llevaré el helicóptero a Biri Biri. Te invitaría a venir conmigo, Zara, pero no quiero involucrarte en nada desagradable. O'Donnell puede tomarse muy mal el despido.

–Oh, ¡espero que no! –Helen parecía nerviosa.

–No te preocupes, Ellie –dijo Garrick–. Puedo ocuparme de ello.

–¡Por supuesto que puedes! Garrick puede ser más duro que nadie cuando es necesario –le dijo Helen a Zara.

–¡Estoy segura de que tienes razón! –Zara le dedicó a Garrick una resplandeciente sonrisa.

–Oh, Zara, es maravilloso tenerte aquí. Y estoy segura de que Rick tiene planeadas un montón de cosas emocionantes.

–Estoy contenta de poder asistir a la final de polo –dijo Zara, negándose a mirar a Garrick–. ¿Se sigue celebrando una gran fiesta el sábado por la noche?

–Por supuesto, cariño. Espero que hayas traído un vestido

bonito.

–Zara tiene muchos vestidos de ésos, mamá –comentó Garrick.

Al ver a Daniel Rylance sentado en la silla de ruedas, Zara tuvo que morderse la parte interior del labio inferior para que no se le escapara un gemido. Se veía que aquel hombre estupendo estaba muriéndose. Tenía la tez muy pálida, seca y tensa sobre lo que en su día fue su atractivo rostro. Su cabello negro se había convertido en cano. La enfermedad le había robado su corpulencia y había hecho que perdiera mucho peso. Pero la mirada de sus ojos grises era igual de penetrante que antes y su sonrisa igual de amplia. Era un hombre con gran fuerza interior y coraje.

–Zara, cariño, ¡qué delicia tenerte con nosotros! –levantó los brazos y vio a Kathryn en aquella mujer. Tenía los mismos ojos oscuros, brillantes y llenos de expresión.

–¡Qué bien que me hayáis invitado! –Zara avanzó por la habitación llena de plantas y se arrodilló para estar a la altura de los ojos de Daniel. Lo agarró de las manos y se las apretó suavemente–. ¿Cómo estás, Daniel? Tienes la misma mirada alegre y penetrante de siempre.

–Ahí vamos, Zara –dijo él, esbozando una sonrisa–. Me bastaría con un beso en la mejilla.

–Un beso en cada mejilla –dijo ella, poniéndose en pie–. Me alegro mucho de estar aquí. Te he traído unos libros que espero que te gusten. Lo último de tus autores favoritos.

Se agachó para besarlo en las mejillas y él le susurró al oído:

–Bienvenida a casa, Zara.

«¿A casa?». Una fuerte emoción se apoderó de ella.

–A lo mejor puedes ayudar a Ellie con la lectura –sugirió Daniel, sonriendo a su esposa–. Es demasiado buena conmigo. Siempre a mi lado. No es justo para ella. Estos días me cuesta sujetar los libros y la medicación hace que se me nuble la vista, por eso me gusta que alguien lea para mí.

–Entonces, Helen y yo haremos turnos –dijo Zara–. De hecho, me gusta la idea. Me encanta leer. Me encantará leer para ti.

Garrick se percató de que su padre miraba a Zara como si fuera un ángel enviado del cielo. Al momento, Daniel miró a su hijo y se fijó en que seguía teniendo un aspecto jovial y vivo. Sólo tenía que

resistir hasta que Garrick y Zara volvieran a estar juntos. Sabía que no le quedaba mucho tiempo.

–Vas a quedarte a comer, ¿verdad, Rick?

–Si quieres que me quede, por supuesto, papá –dijo Garrick, aunque sabía que tenía muchas cosas de las que ponerse al día. Coorango tenía un capataz estupendo, Bill Knox, pero Bill solía ponerse nervioso a la hora de tomar decisiones importantes. El reconocimiento aéreo iba a comenzar y sabían que había parte del ganado que se había metido en el desierto en busca de alimento y que tendrían que reagruparlo de nuevo en la finca.

–¡Por supuesto que quiero! Es un día maravilloso –exclamó Daniel con entusiasmo–. No me he sentido tan bien en mucho tiempo. Por favor, que los errores del pasado pudieran olvidarse.

A la mañana siguiente, Zara salió a montar a caballo sola. Garrick se había marchado a Biri Biri en uno de los helicópteros antes de que ella hubiera desayunado. Tenía la costumbre de comenzar el día al amanecer. Ella sabía que los días de reagrupamiento de ganado comenzaban antes del alba. Habían llegado dos helicópteros alquilados, porque con dos cubrirían mucho más terreno en menos tiempo y controlarían el movimiento del ganado mucho mejor.

A ella le haría ilusión ir a verlo. Pero tendría que esperar a que Garrick regresara. Era emocionante escuchar el ruido de las aspas cortando el aire al moverse. Los helicópteros se movían de un lado a otro empujando pequeños grupos de ganado hacia los pasillos provisionales que guiaban a los animales hasta las parcelas. Garrick había cambiado una de ellas la noche anterior porque no estaba bien situada. Gestionar una finca ganadera del tamaño de Coorango era un gran trabajo para un gran hombre. Garrick había tenido que asumir el mando antes de lo esperado, pero había seguido los pasos de su padre con seguridad. Lo habían entrenado los mejores. Llevaba en la sangre la capacidad para gestionar vastas extensiones de tierra.

Helen había elegido uno de los caballos más mansos del establo para Zara. Se llamaba Satin y era una yegua.

–No vayas demasiado lejos, cariño –le advirtió Helen–. Hace bastante que no vienes por aquí.

–Es una lástima –comentó Zara, acariciando el cuello del animal–. No iré más lejos de Blue Lady Lagoon, Helen, lo prometo. Regresaré a la hora de comer. ¿Garrick ha dicho a qué hora regresaría?

Helen negó con la cabeza.

–Estará todo el tiempo que haga falta. Estoy decepcionada por lo de Patrick. Ha sido un capataz estupendo, pero rompió con su novia no hace mucho. Ésa debe de ser la causa de que haya empezado a beber. No imaginábamos que significara tanto para él. Nunca lo dijo. ¡Amores que salen mal! –se lamentó Helen–. Pasan factura.

–¡Conozco la sensación! –Zara le dedicó una sonrisa.

Tan pronto como salió de la estancia principal, Zara clavó los talones en el lomo de la yegua. La respuesta fue inmediata. A Satin le gustaba galopar tanto como a ella.

En ese momento, un bando de periquitos verdes y dorados voló en formación por encima de sus cabezas. El aire vibraba con el sonido de los cascos y el batir de tantas alas. A media milla de Blue Lady Lagoon, ella se detuvo a la sombra de una planta llena de flores de color rosa. Los pétalos caídos volaban a su alrededor como piezas de confeti. A ella le encantaba aquella planta.

Suspirando de placer, se quitó su Akubra de ala ancha para permitir que la brisa le refrescara el rostro y el cuello y después se aflojó el pañuelo rojo que llevaba alrededor del cuello. Para montar se había recogido el cabello en una trenza que le caía por la espalda.

Permaneció sentada en silencio sobre el caballo, mirando a su alrededor. ¡Coorango se extendía hasta el infinito! ¡Y era un lugar asombroso! En el cielo azul no había ni una sola nube y el suelo de tierra roja estaba manchado por las plantas de spinifex. En esa época del año los montículos se tornaban de color dorado. El calor iba aumentado a medida que avanzaba el día. De todos modos, ella no habría intentado llegar más allá de la laguna. Era mejor ir poco a poco. El espejismo ya se podía observar, ese fenómeno óptico que incluso podía captarse con una cámara. Era sencillo comprender cómo los primeros exploradores confundían el espejismo del desierto con zonas de agua.

Era como si ella nunca se hubiera marchado de allí.

Cuando Garrick aterrizó en Biri Biri, Patrick O'Donnell no estaba por ningún sitio. O'Donnell tenía dos aprendices para ayudarlo con el reagrupamiento del ganado.

–Hemos ido a buscarlo, jefe –le dijo Jimmy, uno de los aprendices–. Paddy se ha metido en un pequeño lío. Problemas con las mujeres, jefe.

Garrick arrancó de nuevo el helicóptero y rastreó la zona. ¿Dónde diablos estaba Patrick? Al parecer, los aprendices habían rastreado bien los alrededores y él no tenía motivos para no creérselo. Al contrario, tenía la sensación de que los aprendices habían sido los que habían hecho la mayor parte del trabajo en aquel lugar. Cualquiera de ellos sería mejor capataz de que lo que era O'Donnell en esos momentos. Su padre había querido darle una oportunidad a O'Donnell, pero no había pensado en la posibilidad de que tuviera un problema con alguna mujer.

Finalmente, aterrizó en un claro cerca de un canal de agua con intención de buscarlo entre los arbustos. Caminó esquivando las ramas de los arbustos para que no le dieran en el rostro. Mientras avanzaba, rezaba. O'Donnell era un ganadero excelente pero nunca había destacado por su fortaleza mental y su resistencia. La vida en aquel entorno hostil requería mucho estoicismo y gran amor por el bosque. En su opinión, O'Donnell no poseía ninguna de las dos cosas. Y además estaba la ruptura de su relación amorosa. Eso podía destrozar al mejor de los hombres.

Daniel se quedó plácidamente dormido después de que Zara cerrara el libro que le estaba leyendo. El libro estaba escrito con mucho estilo y el autor tenía gran capacidad de contar la historia. Iban por la página veintinueve, y Zara guardó el libro y miró el reloj que llevaba en la muñeca.

Eran las tres de la tarde. Durante la comida, Helen había dicho que esperaba que Garrick regresara sobre la una. No habían recibido ningún mensaje de radio diciendo que tuviera algún problema en Biri Biri. Garrick les informaría si lo hubiera.

Con sus más de treinta años de experiencia acerca de la vida en las fincas, Helen tranquilizó a Zara diciéndole que Garrick estaba muy acostumbrado a manejar todo tipo de situaciones estresantes y peligrosas. El helicóptero podía aterrizar casi en cualquier sitio en

Biri Biri. Era posible que Garrick hubiera tenido que ir a buscar a Patrick. El reagrupamiento del ganado comenzaría al día siguiente. Quizá Patrick estuviera preparando el mejor lugar para agrupar a los animales.

–Tranquila, cariño –dijo Helen–. Todo va bien. Estoy segura –Helen trató de no transmitir intranquilidad. Pero Garrick era su hijo. Y ella siempre se preocupaba por los suyos.

–No puedo evitar estar un poco nerviosa, Helen –dijo Zara, pensando en lo frágil e impredecible que era la vida. A veces había pensado que su padre duraría siempre y, sin embargo, lo había perdido.

–Por supuesto que no puedes –dijo Helen, agarrándola de la mano–. Y menos después de lo que le sucedió a tu padre.

Helen no se atrevió a mencionar a Leila, quien se había propuesto destruir el matrimonio de Kathryn y, en última estancia, a ella.

–Permití que él gobernara mi vida, Helen –confesó Zara con una mezcla de arrepentimiento y culpabilidad–. Lo quería. Y lo echo de menos. Pero me hizo la vida muy difícil. Me causó mucho dolor.

–Sé que se entrometió entre Garrick y tú –suspiró Helen.

–Yo estaba completamente indefensa –dijo Zara–. Mi padre, ¡mi enemigo! Yo solía anhelar que me prestara atención cuando era pequeña. Nos habían privado de nuestra madre, pero después, mi padre me dio la espalda. Al mismo tiempo, cuando me ordenaba cosas años atrás, yo obedecía. Ésa era mi respuesta siempre. Obediencia.

–No creo que hubiera mucha gente que ignorara las órdenes de tu padre, cariño. Él nunca pedía como otra gente, simplemente ordenaba. Yo le caía muy mal. Y le daba motivos para ello. A menudo pensaba que la manera de actuar de Dalton era una forma de venganza hacia mí, y como consecuencia, hacia mi hijo. Amas a Garrick, lo sé.

Zara se sentía abrumada por lo mucho que lo amaba.

–Creo que comencé a enamorarme de él cuando tenía ocho años –dijo ella–. Me fascinaba ese chico de campo. Lo quería con todo mi corazón, pero no puedo perdonarle que ni siquiera leyera una de mis cartas, Helen. Y le escribí montones. En ellas le entregué mi corazón. Yo habría leído las suyas.

–¿Lo habrías hecho, Zara? Si pensaras que el hombre que amabas te había echado de su vía. Si hubiera fingido que te amaba y después se hubiera marchado. Supongo que nadie puede estar seguro de lo que habría hecho. Pero, como mujer, comprendo cómo te sientes. La cosa es que ambos debéis de olvidar el pasado.

Zara estaba negando con la cabeza.

–Es más fácil decirlo que hacerlo, Helen. En cierto modo, nada ha cambiado. La pasión que sentimos el uno por el otro. Sin embargo, por otro lado, ni siquiera estamos al mismo nivel. ¿Puedo preguntarte una cosa? Quiero tu opinión, valoro tu opinión.

–Adelante –Helen la invitó a continuar hablando mientras le acariciaba la mejilla–. Todo lo que digas es en total confianza. Por mucho que tardes en contármelo, te escucharé.

Zara sonrió.

–Gracias, Helen. A mí me parece... Si fuera verdad... Tú lo sabrías.

–A ver, dime. Está claro que hay algo que te molesta.

–Puedo contarte lo que me ha estado molestando desde hace años. Helen, ¿es cierto que mi madre tenía problemas para concebir? No me sorprendería que fuera cierto. Tal y como era mi padre, tan impaciente por obtener resultados. Los hombres como mi padre han de tener un heredero. Mi madre debía de sentirse muy estresada.

Helen cerró los ojos, sin creer lo que estaba oyendo.

–Mi querida niña, Kathryn tuvo a Corin dos años después de casarse. Yo no lo llamaría tener dificultad, ¿y tú? Yo no tuve a Garrick antes de los dos primeros años después de casarme. Lo ideal es que el hombre y la mujer se conozcan y vivan juntos un tiempo antes de tener hijos. ¿Por qué me preguntas tal cosa? ¿Tiene algo que ver con lo que te dijo tu padre? –preguntó frunciendo el ceño.

Zara podía oír la voz de su padre como si hubiese hablado con él el día anterior.

–Mi padre me dijo que yo podría encontrarme con las mismas dificultades que mi madre a la hora de quedarme embarazada, por el tema de los genes y esas cosas. Los Rylance no tienen familias como tal. Tienen dinastías. Él insinuaba que podría ser un desastre si, en el caso en que Garrick y yo nos casáramos, yo no pudiera tener hijos.

Helen estaba tan enfadada que tartamudeó mientras miraba a Zara fijamente a los ojos.

–¡Jamás en mi vida había oído tantas tonterías! La verdad era algo que tu padre no conocía. Siento tener que decirte esto, Zara, estamos hablando de tu padre pero tengo la certeza de que todo lo que te dijo fue con el propósito de separaros a ti y a Garrick. Ya que estás en ello, ¿podrías decirme qué otras mentiras te ha contado?

Zara apretó las palmas de las manos.

–Helen, fue tanto culpa mía como suya. Yo lo creí. Creí que quizá no estuviera hecha para tener hijos. O por lo menos, para tenerlos con facilidad. Según mi padre, mi madre no soportaba la idea de enfrentarse a otro embarazo y por eso sólo éramos dos hermanos. Yo lo creí y pensaba que no sería la esposa que Garrick necesitaría cuando llegara el momento y heredara Coorango. Sally Forbes era más parecida a la mujer que él necesitaba. Mi padre me decía: «Eres una flor de invernadero, igual que tu madre».

Helen negó con la cabeza con incredulidad.

–Una flor de invernadero que él no podía esperar para poseer –dijo ella. Si Garrick hubiera leído esas cartas.

–No tienes que sentirte culpable por nada, Zara –continuó Helen, agarrándole la mano para darle seguridad–. Sólo tenías veintitrés años y, en cierto modo, estabas muy protegida. Tu padre sabía muy bien cómo elegir a sus víctimas –dijo Helen.

–Y las heridas no se han cerrado, Helen –las lágrimas inundaron los ojos de Zara–. Garrick debería haber confiado más en mí.

–¡Debería, debería! Pero ahora tampoco comprende lo que sucedía por aquel entonces. Dalton era muy inteligente. Igual que Leila. Cada vez que veían a mi hijo le daban información equivocada que les venía bien a ellos. Aunque Garrick siempre estuvo de tu lado, si pensaba que no habías hecho ningún esfuerzo por hacerte amiga de Leila. Ya sabes lo encantadora que podía ser cuando quería. Nosotros sabíamos que tanto Corin como tú erais muy hostiles con ella. A mí no me costó darme cuenta de por qué. Quizá, por desgracia para ti y para Garrick, yo manifesté mis sentimientos después de que vuestra madre muriera. Dalton era un hombre que no perdonaba ninguna crítica o, según su parecer, interferencia. Reconozco que yo exageré. Estaba muy disgustada. Daniel me lo advirtió, pero yo quería mucho a tu madre. Entonces...

¿vas a contarle a Garrick todo esto?

–No, Helen, no voy a hacerlo –negó con la cabeza–. Puede que Garrick sufriera, pero yo también. No puedo creer que no quisiera saber lo que ponía en mis cartas. Si las hubiera abierto, habría sido capaz de ver la verdad, pero dijo que las quemó.

–Me temo que así fue, cariño –Helen se lo confirmó–. Daniel y yo no interferimos. Ni siquiera cuando se comprometió con Sally. Por supuesto, sabíamos que había estado locamente enamorado de ti y no creíamos que se le hubiera pasado. Dicen que el odio es el otro lado del amor. No es que él te haya odiado. Ni podría hacerlo. Pero tampoco hablaba de lo que había sucedido entre vosotros. Eso sí, sin duda, te consideraba la culpable de la ruptura. Supongo que no paraba de darle vueltas a lo que había sucedido entre vosotros. Pero siempre hay solución para los problemas, Zara –dijo con optimismo.

–Esta vez no –Zara negó con la cabeza–. No a menos que Garrick recupere la confianza en mí. Las heridas son heridas. No soportaría que Garrick desconfiara de mí de esa manera otra vez. ¡No habría equilibrio! –exclamó con emoción en la voz–. Ya debería haber regresado, ¿no? Creo que iré a esperarlo a la pista de aterrizaje.

–Si tú quieres, cariño –dijo ella–. No temas. Esto es el Outback, el interior de Australia. Suceden cosas todo el rato. Garrick regresará tan pronto como pueda.

Capítulo 5

El helicóptero apareció como una manchita en el cielo azul.

«¡Menos mal!», pensó Zara.

Había intentado no ponerse nerviosa, pero no conseguía olvidar la manera en que habían muerto sus padres. ¡Un recuerdo tangible de lo efímera que era la vida! Por un instante se preguntó si debía perdonar a Garrick por no haber confiado en ella. Ambos habían desperdiciado varios años de sus vidas. Y su reloj biológico estaba avisándola. Los hombres podían concebir hijos hasta los setenta años. Garrick le había causado tanto dolor que ella todavía no se había recuperado. Ni él tampoco. Lo había dejado bien claro.

Su éxito en los negocios le había dado la confianza que necesitaba. El hecho de que un hombre como sir Marcus Boyle hubiera confiado en ella, dándole un puesto importante en su equipo, había sido decisivo. Pero después apareció Konrad Hartmann. El revuelo que causaron sus actividades ilegales y su presunta relación con él habían provocado que ella empezara a dudar de sí misma. ¿Cómo podía haber tenido una relación con Konrad? Lo había hecho. La respuesta más sencilla era que los hombres poderosos habían eclipsado su vida entera. Los hombres poderosos tomaban lo que deseaban sin importarles las consecuencias.

Zara observó cómo las hélices se detenían. Momentos más tarde, Garrick estaba acercándose a ella.

–¿Zara? ¿Qué ocurre? –preguntó al ver tensión en su cara–. ¿Qué pasa? ¿Por qué estás esperando…?

–No pasa nada, Garrick –dijo ella–. Podías habernos avisado de que ibas a retrasarte. Se suponía que regresarías al mediodía.

–¿Estabas preocupada?

–Por supuesto que estaba preocupada –soltó ella con el corazón acelerado.

–¿Qué tengo que pensar de esto? –se burló él.

–Piensa lo que quieras –comenzó a decir enfadada, pero él la rodeó por la cintura.

–Lo siento. No he tenido tiempo.

–No parece que lo sientas.

–¿Qué es lo que quieres de mí, Zara?

–¡Sólo Dios lo sabe! –los ojos se le inundaron de lágrimas–. Que me perdones. Que te perdones. Yo no fui la única que cometió el mayor error de su vida, Garrick. Tú también.

–Basta. Basta ya –la estrechó contra su cuerpo–. Lo último que quiero es ponerte nerviosa. Y veo que lo he hecho. No estás acostumbrada a este tipo de vida, Zara. Y después de lo de tu padre...

–Lo sé –se estremeció ella.

–¡Oh, Zara! –la sujetó por la nuca y se inclinó para besarla–. Tengo que pasar esta noche contigo –murmuró contra su boca–. No puedo continuar así, Zara. Teniéndote tan cerca...

De reojo, Zara vio que un mecánico salía del hangar limpiándose las manos con un trapo.

–Viene alguien, Rick –le advirtió con el corazón acelerado. Él retrocedió un poco pero siguió rodeándola con el brazo.

–No pasa nada –se volvió para mirar quién era–. De todos modos quería hablar un momento con Maurie. Sin dudarlo, se acercó a hablar con el mecánico.

Zara se percató de que no estaba nada avergonzado por lo que el hombre pudiera haber visto. Cuando regresó a su lado, ella se dirigió al coche para sentarse al volante, pero él negó con la cabeza.

–Yo conduzco.

–¡De acuerdo, jefe! –se burló ella, levantando la mano a modo de saludo antes de sentarse en el lugar del copiloto. Sólo con un beso había conseguido que empezara a sudar y que no se le pasara hasta que no entró en funcionamiento el aire acondicionado.

–Tengo malas noticias –dijo él cuando ya estaban de camino.

–¿O'Donnell?

–No sé cómo decirlo. Patrick ha llegado a un punto en el que pensaba que la vida ya no merecía la pena.

Zara sintió una mezcla de lástima y tristeza.

–¡No! –exclamó ella–. ¿Quieres decir que está muerto?

–Lo encontré cerca de un pozo, y todavía tenía el rifle en la mano –dijo Garrick–. Se había alejado bastante del bungalow. Los chicos habían buscado por los alrededores. Por supuesto tuve que esperar a que el helicóptero llevara su cuerpo a Base Hospital.

–¡Oh, cielos, qué horror! Llegar a pensar: «¡Se acabó! ¡Prefiero morir!». Lo siento mucho, Garrick. No debería haber...

–Olvídalo –dijo él–. No voy a decírselo a mi padre. No creo que pudiera soportarlo teniendo en cuenta su estado de salud. No le queda mucho tiempo. Está muriéndose.

–Lo sé.

–¿Y no es eso lo que nos pasa a todos? –suspiró Garrick–. Lo decía en serio, Zara. Esta noche te quiero a mi lado –la sujetó por la muñeca–. No te preocupes por Ellie y por mi padre. Es un secreto a voces que su intención es que volvamos juntos.

–¿Qué quieres decir?

–Que no quiero que te vayas.

–¿Me quieres, Garrick? –preguntó ella.

–¿Esperas que diga sí o no? –contestó él mirándola fijamente con sus ojos azules–. Si querer significa desearte más que a nada en el mundo, supongo que la respuesta es sí. Pero no se trata de mí, Zara. Nunca trató de mí. Quizá sintieras una fuerte atracción por mí, pero ¿te quedarías a mi lado? Eso es lo importante. Ahora no tendremos que enfrentarnos a tu padre. Él hablaba y tú obedecías. Pero no pasaré por lo mismo que la última vez. ¡O estás conmigo, o no! Y no voy a darte mucho tiempo para que tomes una decisión.

–¿Y tú no te arrepientes de nada? –soltó ella.

–Claro que sí.

Zara se obligó a hacer una pausa para evaluar la situación. Había muerto un hombre joven, un hombre que se había despertado por la mañana y había tomado una decisión definitiva.

–Has tenido un mal día, Garrick –dijo ella–. No es el momento de hablar de nuestros problemas. Parece que nunca se solucionan. ¿Vas a contarle a tu madre lo de Patrick?

–Por supuesto. Ellie es la última persona que querría disgustar a mi padre. Diré que O'Donnell se ha marchado. Es lo que ha hecho, ¿no es así? Simplemente ha abandonado. Supongo que su novia ni siquiera se acordará de él dentro de un año. O menos.

–Eso no lo sabes, Garrick –dijo ella–. Siempre hay un motivo por

el que las cosas no funcionan.

–Supongo que sí –se quejó él–. Me he vuelto muy sarcástico –se volvió para mirarla fijamente–. Ven a verme esta noche, o iré a buscarte.

–¿No vas a dejar que sea yo quien decida?

–No –dijo él.

Había algo en la mirada de Daniel Rylance que hablaba de muchos años de experiencia y comprensión acerca del ser humano. Habían terminado de cenar y estaban sentados en el salón donde el ama de llaves les había servido el café.

–O'Donnell no se ha marchado, ¿verdad? –Daniel miró a su hijo, que esperaba una de las preguntas directas de su padre.

Garrick dejó despacio la taza de café.

–Nunca conseguiré engañarte, papá.

–Quiero la verdad, hijo. Quiero saber qué ha pasado.

–No quiero que te disgustes, Daniel –intervino Helen.

–Calla, mujer. Puedo soportarlo –contestó Daniel con amabilidad.

Zara había pensado lo mismo que Helen, pero Garrick decidió atender la pregunta de su padre.

–Pensé que estaría preparado para el reto –dijo Daniel cuando Garrick le contó la historia evitando los peores momentos.

–Lo habría estado, papá, pero ninguno de nosotros nos percatamos de cómo le había afectado la ruptura con su novia.

–Hay que contárselo a esa pobre chica –dijo Helen.

Zara sabía que Patrick nunca había conocido a su padre. Su madre, medio aborigen, había desaparecido de su vida hacía tiempo. Coorango había sido su casa desde que tenía dieciséis años.

–Es posible que Patrick también tuviera algo que ver con la ruptura. También tenía sus propios problemas. No podemos culpar a la chica.

–Es posible que no lo sepamos nunca –dijo Daniel–. No lo digo en contra del pobre Patrick... Empezó con nosotros siendo un chico sin hogar. Aquí estuvo contento durante años y fue un trabajador excelente. Después encontró una novia que, quizá, sólo quizá, hace que se sienta como si no fuera nadie. No sé. Pero parece que la gente joven de hoy en día no tiene la capacidad de lucha que

teníamos nosotros. No se puede vivir sin tener que superar obstáculos. Hay gente que tiene que superar todos los días un obstáculo tras otro. Lo mejor es enfrentarse a ellos. ¿Se lo has contado a los demás hombres? –miró a Garrick.

Él asintió.

–Lo creas o no, el peón aborigen ya se olía algo –dijo Garrick–. Tienes que dejarlo todo en mis manos, papá.

Daniel frunció el ceño y después asintió.

–Lo haré, hijo.

Zara se imaginaba con una virgen desventurada mientras estaba en el pasillo que llevaba a las habitaciones de Garrick. Necesitaba ayuda. No podía acercarse para llamar a la puerta. De hecho, empezaba a sentirse mareada. ¿Debía regresar a su cuarto? No tenía sentido. Garrick le había dicho que iría a buscarla. Y lo haría. Finalmente, se acercó despacio. ¿Qué le pasaba? Garrick y ella habían hecho el amor cientos de veces. Pero eso había sido hacía años.

Zara llevaba un camisón de raso de color marfil y un batín a juego muy sensual. Los padres de Garrick estaban en una suite en el ala oeste. Los aposentos de Garrick estaban en el ala este en total privacidad. Había cinco habitaciones dobles en cada ala. En los viejos tiempos, antes de que Daniel sufriera el terrible accidente, siempre tenían invitados en Coorango. Y los tendrían durante el fin de semana del Trophy, incluyendo a la ex prometida de Garrick que tenía problemas en su matrimonio. Helen pensaba que Sally podría insinuarse a Garrick otra vez. ¿Lo haría? Nunca se sabía de qué eran capaces los hombres y las mujeres. Las relaciones ilícitas siempre habían existido.

Daniel y Helen se habían retirado hacía tiempo. La casa estaba a oscuras. Sin embargo, ella avanzaba por el pasillo como si todas las habitaciones estuvieran ocupadas y los invitados pudieran salir a preguntarle adónde iba.

Nunca se le había dado bien el papel de mujer fatal. No podía creer que la prensa británica la hubiera calificado como tal. ¡Una mujer fatal! No podían haber estado más desatinados. Cualquier oportunidad para haberse convertido en una mujer fatal había sido truncada por su padre. Él había hecho todo lo posible por quitarle

la confianza en sí misma. El abuso físico era terrible, pero el emocional también tenía consecuencias graves.

«¡Estoy tan nerviosa!».

Miranda le había contado alguna vez que cuando ella estaba nerviosa intentaba silbar. Con sólo pensar en Miranda sonreía. De todos modos, no podía silbar. No era uno de sus talentos.

Se detuvo frente a la puerta y apoyó la mano en el pomo. En ese mismo instante, la puerta se abrió.

Garrick estaba a contraluz. Sus ojos azules resaltaban contra su piel bronceada. Iba vestido igual que durante la cena, una camisa de lino blanca con casi todos los botones desabrochados, las mangas arremangadas hasta los codos, unos vaqueros estrechos y unas botas de montar. Se parecía a la estrella de una película de vaqueros y emanaba una intensa sexualidad masculina.

–¿No pensarías quedarte aquí? –preguntó él, colocando la mano sobre su brazo.

–De hecho, estaba dudando.

–¿De veras? –la guió hasta el interior de la habitación decorada con muebles oscuros. La brisa del desierto entraba por el ventanal abierto y movía las cortinas. El aroma de las flores ambientaba como si fuera incienso.

Garrick cerró la puerta y apoyó a Zara en ella. Después, colocó un brazo a cada lado de su cuerpo, bloqueándole la salida.

–Llevas el camisón más bonito que he visto nunca –la miró de arriba abajo y vio que estaba temblando–. Es una lástima que tenga que quitártelo.

–¿Por qué ibas a querer quitármelo?

Él sonrió.

–Sólo bromeaba. Puedes dejártelo puesto. Por el momento. ¿Por qué estás tan nerviosa, Zara? –la miró a los ojos–. Nunca te ponías nerviosa.

–Eso era hace mucho tiempo –le recordó.

–Sin duda. La vida de antes y la de ahora son diferentes. Antes eras una fresca desvergonzada y lucías tu desnudez cuando nos bañábamos en la laguna. ¡Aquellos momentos de pasión! –comenzó a besarla en el cuello y a acariciarla con la lengua–. Cómo cambian las cosas con los años.

Ella no respondió. Él le acarició el cuerpo y ella no pudo evitar

gemir de placer. Aquel hombre conseguía que se derritiera entre sus manos.

–Sigo igual de loco por ti. O más. Supongo que un psiquiatra diría que es una obsesión. Ya sabes, un punto oscuro en una mente que suele estar bajo control. No me gusta mencionar ese nombre, y prometo que sólo lo haré una vez más. ¿Te acostaste con Hartmann?

Zara no contestó. La confianza era algo sagrado. Él no confiaba en ella.

–¿Puedo considerar que es un sí?

La mirada de Zara se incendió de pronto.

–Permite que yo te haga la misma pregunta, aunque estoy segura de que sé la respuesta. ¿Tienes algún recuerdo de cuando te acostabas con Sally?

–Ella era mi prometida.

–¿Así que es un sí?

–Sally era... Es una chica encantadora. Yo no merecía a nadie tan dulce y comprensivo. Con todos tus defectos, tú eras más mi tipo. Pensé que llegaría a amar a Sally. Pero no pude. Aunque pasé bastante tiempo tratando de convencerme. No funcionó. No era justo para Sally. El problema es que no hay ninguna otra mujer en el mundo que tenga la capacidad que tienes tú para hacer que me arrodille.

Ella lo miró en silencio durante un momento.

–Y no podrías asumirlo.

–¿Qué? –se burló él–. No podría...

Zara lo interrumpió.

–Uno de tus rasgos principales es el orgullo. Y es uno de los siete pecados capitales.

Él se rió de manera seductora.

–Diría que sí. ¿Has venido en busca de pelea, Zara, cariño?

–Quiero comprenderte –dijo ella–. Preguntaste por Konrad Hartmann. Sólo te diré esto una vez más. No era mi amante. Y nunca lo habría aceptado como tal. Salimos unas cuantas veces. Me besó. Dejémoslo así.

–Me cuesta creerlo –Garrick se sorprendió al ver que los celos se apoderaban de él.

–¿No crees lo que digo?

–Eres una mujer muy bella, Zara. Al menos tuvo que intentarlo.

Ella negó con la cabeza.

–Konrad nunca fue un impertinente. No era un hombre que utilizara la fuerza.

–¿No tenías problemas al hablar con él? –preguntó Garrick.

–Tú eres el que tiene el problema, Rick.

–Supongo que sí.

–La confianza es muy importante. Quizá lo más importante. Tú no confías en mí. Y puede que nunca lo hagas.

Garrick levantó la mano.

–¿Ah, es eso? ¿Nunca me perdonarás por no haber leído tus cartas?

–Fue un gran error.

–Está bien. Lo admito. Tienes derecho a estar disgustada. Pero a veces es muy difícil recuperar lo que se ha perdido. Te quise muchísimo. Di rienda suelta a la pasión que sentía por ti. Habría dado mi vida por ti. A lo mejor lo que hice es imperdonable, pero el dolor acaba instalándose en el cerebro. El dolor llegó a formar parte de mí. No soy un hombre que lleva bien que lo traicionen. Fuiste tú la que propició la ruptura, Zara. Encontrar culpables es algo muy difícil para mí. De todos modos, ¿qué me decías en las cartas?

–Te explicaba los motivos de mi comportamiento –dijo ella.

Él hizo un gesto de impaciencia.

–¿Vamos a hablar de pie? Al menos podíamos tumbarnos –la tomó en brazos y la llevó a la cama.

Garrick se tumbó a su lado y colocó las manos detrás de la cabeza.

–¿Podemos apagar esa luz? –preguntó Zara tapándose el brillo de la lámpara que colgaba del techo.

–No –contestó él–. Quiero mirarte. Verte entera. Estar seguro de que eres tú la que está a mi lado. ¡Con todas tus personalidades! Ahora, ¿por dónde íbamos?

Zara se incorporó y se inclinó sobre él. Su cabello cayó sobre sus hombros y acarició el torso de Garrick.

–¿Me querrías aunque no pudiera darte hijos?

Antes de que pudiera darse cuenta, Garrick la tumbó boca arriba y la miró directamente a los ojos.

–¿De qué estás hablando? ¿Crees que podrías tener problemas?

¿Lo sabes?

–No, no lo sé –suspiró ella–. Sólo te lo estoy preguntando.

–Cielos, Zara, no sé qué voy a hacer contigo. Vamos a darle la vuelta. ¿Y si yo tuviera un problema? ¿Te casarías conmigo?

–Garrick, tú eres la masculinidad personificada –lo miró con melancolía–. Mi padre intentó convencerme de que podría tener dificultad a la hora de concebir.

–Espera, espera –Garrick estaba enfadado–. ¿Qué es lo que hizo?

–Me dijo que mi madre tuvo dificultad para concebirnos a Corin y a mí. Le daba tanto miedo el embarazo que no quiso tener más después de tenernos a nosotros.

–¿Y tu padre te contó todo eso?

–Hablaba como si fuera de tu incumbencia. Te lo conté en una carta. Si la hubieras leído...

–Podría haberlo asesinado.

–Demasiado tarde.

–Pero Zara, eres excepcionalmente inteligente –le acarició la mejilla con un mechón de su propio cabello–. ¿Por qué lo creíste? ¿Por qué no fuiste a hacerte pruebas? Evidentemente, esa posibilidad te ha afectado. Y lo de tu madre ¿era verdad? Yo no me lo creo. Era maravillosa con los niños. Yo la vi. Adoraba a los niños. Y ellos la adoraban a ella. Puede que lo pasara mal en el parto. No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas a Ellie? No hay muchas cosas que mi madre no sepa.

–Se lo he preguntado. No sabía nada de ello. Pero ya sabes que Helen no se anda con tapujos cuando habla de mi padre.

–Y ¿ése era tu temor? ¿De veras?

–De veras –dijo ella–. O uno de ellos. Mi padre jugó conmigo. No le importaba nada. No le preocupaba que yo pudiera tener dificultades en un futuro. Básicamente no te quería como yerno.

–¡Por supuesto que no! –Garrick soltó una carcajada–. Quería un yerno al que pudiera mandar. Pero si tú me querías, Zara, podrías haberte casado conmigo de todas maneras. ¿Qué más bombas llevas en tu arsenal? –se recostó sobre las almohadas y suspiró.

–Nunca me pediste que me casara contigo.

Él se incorporó de nuevo con cierta expresión de rabia en la mirada.

–Creo que hablé diez mil veces sobre cuando estuviéramos

casados. Si te hubieses quedado a mi lado, me habría arrodillado a tus pies. Pero resulta que en cuanto me di la vuelta, tú te marchaste. ¿No fue así, mi querida Zara? Zara, la fugitiva. Una escapada deshonrosa.

–En cierto modo fue así –admitió ella. Había tomado un avión de carga cuando Garrick se marchó a Darwin un par de días para solucionar un asunto, inventándose que su padre necesitaba que firmara unos papeles.

–¿Quieres explicármelo un poco más?

–No –dijo ella–. De los dos, yo tenía la peor parte.

–¡Vaya! En cualquier caso, ¿por qué no lo comprobamos?

–¿El qué? –lo agarró del brazo con los ojos bien abiertos.

–Lo que tardas en quedarte embarazada –la retó con la mirada.

–No voy a quedarme embarazada. De momento. Creo que en realidad no me gustas –fingió interés en la lámpara de araña que colgaba del techo.

Él puso una enigmática sonrisa.

–No hace falta que te guste de verdad para ya sabes qué. De acuerdo, lo aplazamos. ¿Pero lo tendrás en cuenta?

–¿Lo dices en serio o bromeando? –preguntó con cautela.

–No podría hablar más en serio –bajó las piernas de la cama y se puso en pie. Después empezó a quitarse la ropa–. Te dejaré embarazada, Zara. No te quepa duda. Es tu inevitable destino. Pero es una cuestión de compromiso, ¿no es así? ¿Supongo que quieres un hijo mío?

–A estas alturas podríamos haber tenido dos o tres –se fijó en su cuerpo escultural. Ella deseaba que la poseyera, que le hiciera el amor, que le diera un hijo.

Y había algo más. Algo profundo. Ya no se creía ni una palabra de las que le había dicho su padre.

–Muévete –dijo Garrick–. Voy a desvestirte. Muy despacio –le volvió la cabeza hacia él y se agachó para besarla de forma apasionada–. Cielos, qué bella eres –murmuró contra sus labios–. Amor mío, mi deseo. Tus pechos son como rosas perfectas. Eres preciosa.

Zara notó que un cosquilleo se apoderaba de ella. Sus largas piernas comenzaron a moverse por sí solas y sentía un fuerte calor en la entrepierna. Él colocó su mano sobre su pubis e introdujo los

dedos en su entrepierna.

–¿Zara?

–Nunca podría resistirme –le pesaba todo el cuerpo a causa del deseo.

–Entonces, vamos a hacer que desaparezca el batín –la tumbó de lado–. A lo mejor tardamos un poco más con el camisón. Me apetece besarte a través del raso.

Ella estaba tumbada boca arriba, mirándolo. Su cuerpo respondía a sus caricias provocativas. Él le besó los pechos hasta que los pezones se le pusieron erectos.

–¡Cinco años, Zara! ¡Cinco años! –exclamó–. ¿Te extraña que haya tanto sufrimiento en mí?

Ella tenía los ojos cerrados y los abrió.

–Hazme el amor, Rick –dijo con deseo en la voz–. Lo digo de verdad. ¡Hazme el amor antes de que me derrita!

–¡Cielos! –la movió para acomodar sus cuerpos–. ¡Qué impaciente eres! Voy a prolongar esto una pizca. Duérmete si quieres –se mofó.

–Eres un diablo... Un diablo... –se estremeció de excitación mientras ahogaba pequeños gemidos.

Él comenzó a quitarle el camisón y ella se movió para facilitárselo.

–No soy un diablo, Zara –dijo él–. Sólo estoy loco de amor.

Capítulo 6

La llegada de una avioneta a media mañana anunció el inicio de la Sinclair Cup, un gran evento deportivo. Hacía un día perfecto para el partido. En el cielo azul había una única nube de algodón y la brisa fresca acariciaba los pastos. Después de las lluvias de primavera había numerosos arroyos que generaban humedad en el ambiente. Incluso en el campo de polo había más sombra que de costumbre.

Mucha gente, competidores, invitados, y espectadores, habían hecho el viaje en vehículos cuatro por cuatro, camionetas y autobuses. En las carpas, decoradas con banderines de colores, había refrigerios. Y emoción en el ambiente. Montones de caras sonrientes, la mezcla de muchas voces. Prometía ser un partido emocionante ya que ambos equipos tenían jugadores estrella. Garrick era el capitán del Blue Team. Moss Northrop era el capitán del Red Team. Ambos hombres eran grandes competidores. El partido previo empezaría después de la abundante barbacoa que ofrecerían a las doce. El partido principal estaba programado a las tres de la tarde.

El baile empezaría a las ocho hasta el amanecer. El desayuno se serviría a primera hora. ¡Era la mejor época! Momentos como ésos reforzaban la amistad entre la gente.

O eso se esperaba.

Pero siempre había una excepción que mantenía los eventos equilibrados.

Helen había puesto a Sally y a Nick Draper en una de las habitaciones de invitados del ala oeste. Era una habitación bonita, grande y con baño, pero a juzgar por la amarga expresión de Sally Draper, cualquiera habría pensado que era un escobero. Siguiendo las instrucciones de Helen, Zara había acompañado a Sally hasta la habitación y había descubierto una nueva versión de Sally Draper.

Aquella mujer se mostraba muy arisca, aunque en compañía de Helen había sido todo dulzura.

Una vez dentro de la habitación, la historia era diferente. Sally comenzó a hablar sin descanso.

–Ha sido una gran sorpresa oír que te estabas alojando aquí –dijo mirándola con frialdad.

–¿Por qué? –Zara se esforzó para mantener un tono neutro. Cualquiera habría creído que ella era la responsable de los problemas matrimoniales de Sally.

–¿Por qué te haces la tonta? No hace falta. Sabes perfectamente que fuiste tú la que partió el corazón de Garrick. E hiciste un gran trabajo. Él no pudo ser feliz conmigo. ¡Oh, no! No después de ti, con tu piel de magnolia y tus grandes ojos –la miró de nuevo–. ¿Qué estás haciendo aquí?

–Bueno, encantada de saludarte, Sally –dijo con ironía–. Estoy de invitada, ¿qué más puedo decir? De todos modos, ¿a ti qué más te da? Sé que estuviste comprometida con Garrick, Sally, pero ahora eres una mujer felizmente casada.

–¡Vaya! –Sally levantó la mano para acallarla–. La última vez que me fijé en él mi matrimonio era un desastre.

–¿Y estás buscando a alguien a quien culpar?

–¡No seas lista! –le advirtió Sally–. Tenía un sueño y se esfumó.

–Siento oírlo –dijo Zara–. ¿No puedes superar una mala racha?

–Eres muy buena dando consejos. Dime, ¿estás pensando en abandonar a Garrick otra vez?

–Eso no es asunto tuyo, Sally –contestó Zara tratando de controlarse. Yo nunca abandoné a Rick, como tú dices. Rick no es exactamente el tipo de hombre que una abandona.

–No es lo que he oído –contestó Sally–. Garrick me habló de ti. Tuve que escuchar durante horas. Y lo hice. Supongo que era una especie de terapia para él.

–¡Tonterías! Da igual lo que Rick pensara de mí, lo conozco demasiado bien como para creer lo que me dices.

–Oh, cielos, no te engañes –dijo Sally con desprecio–. Me dijo que no estabas nada arrepentida. Prometiste casarte con él, dándole falsas esperanzas, y después te marchaste como un ladrón por la noche.

Zara miró a Sally unos instantes.

–Así es. Y cometí un gran error. Pero no sabes cuál es la verdad de todo aquello.

–Sé que no fuiste lo bastante valiente como para decirle que sólo era un juego –dijo Sally–. La superprivilegiada y supermimada hija de papá.

Zara suspiró, preguntándose si no habría alguien que la respaldara. No es que quisiera que Helen o la ama de llaves, Madge Jensen, oyeran los gritos. El día había empezado tan bien.

–No sabes nada acerca de la verdad, Sally. No te haces ni una idea. Yo nunca fui la hijita de papá. Te pido que dejes de provocar. Es muy triste.

Sally la miró con desafío, pero los celos se alojaban en su corazón.

–Hay muchas cosas que podría decirte y que no querrías oír.

–Ocúpate de tus cosas, Sally –le advirtió Sally–. No deberías traer tus problemas al Trophy. Éste es uno de los grandes eventos del año. Quizá deberías recordarlo.

Sally apretó los puños con fuerza. Parecía una mujer fuerte, en forma. Era alta, igual que Zara, pero con un gesto letal.

–Deja de aparentar que eres una mujer dura –dijo ella, con una sonrisa maliciosa–. Nunca podrás sobrevivir aquí. Ni en un millón de años –dio un par de pasos atrás y, de pronto, cayó sobre la cama–. Todavía lo quiero, sabes –dijo ella, y agarró un cojín como si quisiera tirárselo a la cabeza a Zara–. Siempre lo querré.

Por desgracia, Zara la creyó.

–Sin embargo, ¿te casaste con Nick? ¡Pues sí que ha hecho buen negocio, Nick!

Sally soltó una risita.

–Nick es un chico admirable, pero no es Garrick. Garrick es una maravilla en todo. Hace que sea un hombre imposible de olvidar. ¡Pero tú! –miró a Zara como si la odiara–. Sabía que ibas a aparecer. Tarde o temprano. Eres del tipo de mujer fatal que marca el territorio.

«Ya estamos otra vez. La etiqueta de mujer fatal».

–Sally, estás yendo demasiado lejos –dijo Zara, tratando de mantener la calma–. En serio, no quiero escucharte. De hecho, lo último que quiero es tener esta dolorosa discusión contigo. Lo de mujer fatal es una tontería. Yo soy como cualquier otra mujer.

–¿Sí? Bueno, todos sabemos lo que te pasó en Inglaterra. Te liaste con un sinvergüenza de primera. La palabra amante me viene a la cabeza.

Zara suspiró.

–Cualquiera que me conozca no se lo creería. No tuve ninguna relación con Konrad Hartmann, me vi implicada en la locura de los medios de comunicación. Ya sabes que no tienen normas acerca de contar la verdad. En cualquier caso, deja que te lo repita de nuevo, no es asunto tuyo. Me dan ganas de llamar a Rick para que aclare las cosas –era una amenaza vacía. No tenía tal intención. Pero Sally la estaba poniendo nerviosa. No se merecía los insultos que Sally le estaba dedicando.

–¡No hay problema! –contestó Sally–. Eres una mujer frívola, Zara Rylance. Oh, puede que seas bella e inteligente, pero eres el tipo de mujer que va por la vida causando mucho daño. Garrick se enamoró de ti, pero merecía a alguien mucho mejor.

–¿Como tú? –preguntó Zara sin alzar la voz.

–Podríamos haber solucionado los problemas –murmuró con frustración.

Zara negó con la cabeza.

–Sally, ¿no crees que es mejor intentar que tu matrimonio funcione? Las cosas cambian. Garrick ha continuado con su vida. No tienes posibilidad de recuperarlo. Te lo digo para ahorrarte la humillación. Yo sé lo que es sufrir.

–Vamos, no me lo creo. ¡Lo tienes todo! Pero no conseguirás a Garrick. Hay muchas chicas que se mueren por que Garrick se fije en ellas. Muchas están aquí hoy, con sus mejores galas. Y muchas estarán en la fiesta. Tú dejaste a Garrick. Perdón, saliste huyendo. Él nunca volverá a confiar en ti. Me lo ha dicho. Tienes un historial extenso, Zara Rylance.

–Nada de eso es tu problema –Zara se volvió hacia la puerta–. Estoy aquí en Coorango porque Daniel y Helen quieren que esté. Estoy aquí porque Garrick quiere que esté.

Sally saltó de la cama.

–Una relación sexual no significa mucho si no te pide que te cases con él –la retó con furia en la mirada–. Piensa lo que quieras, no perteneces a este lugar. No tienes ni idea de cómo es la vida en el interior de Australia. Yo lo comenté con Garrick cuando me

comprometí con él. Estaba de acuerdo. Eres la auténtica flor de invernadero. En el desierto no crecen las rosas de invernadero. Así que te daré un consejo. Diviértete, pero márchate. Igual que hiciste la última vez.

Mientras regresaba por el pasillo, Zara no pudo evitar pensar que la visita de Sally iba acompañada de energía negativa.

Zara se fijó en las jóvenes cazamaridos que estaban sentadas en las sillas plegables bajo la sombra de los árboles o bajo los toldos, mirando el partido del día. El polo era un deporte difícil y peligroso, con unas reglas parecidas a las del hockey y en el interior de Australia tenía muchos seguidores. Aquella tarde, la multitud estaba entregada al juego.

Garrick, como capitán del Blue Team, que jugaba en casa, estaba causando sensación. Estaba tremendamente sexy con su uniforme de polo, un casco azul, un jersey blanco y azul ribeteado con negro, unos pantalones de montar y unas botas negras. La gente lo adoraba, sobre todo las mujeres que no podían evitar pensar en el baile de Gala donde llevarían sus mejores vestidos de noche.

El tanto que marcó el resultado del partido provocó que todos los espectadores se pusieran en pie. Había sido un final emocionante. El Blue Team había ganado por un solo tanto de diferencia.

Helen entregó la copa a su querido hijo entre los vítores del público y en presencia de Daniel, que los observaba desde su silla de ruedas.

–Ha sido gracias a la inteligencia –le dijo Daniel a Zara, quien había visto el partido junto a Helen y Daniel–. La inteligencia y la rapidez. En otras circunstancias, Garrick podría haber sido un jugador profesional. No creo que lo haya visto jugar un partido más rápido.

–Yo estoy segura de que no –dijo Zara–. Ni aquí ni en otro sitio. Pero he de admitir que en algunos momentos me ha subido el corazón a la garganta –soltó una risita, pero lo cierto era que se había sentido aliviada cuando terminó el partido. No le gustaba ver cómo el caballo de Garrick se ponía en dos patas y él se colgaba

fuera de la silla para mover la maza. Se sentía demasiada tensión cuando el jugador era un ser querido.

Sin embargo, a Daniel, que había sido un gran jugador en su época, le había sentado bien la emoción.

–No sé tú, Zara, pero yo estoy listo para celebrarlo –anunció.

–Y eso haremos –Zara se agachó para besarlo en la mejilla–. Ha sido un día estupendo –giró la silla de ruedas para llevarlo hasta la carpa más cercana. Daniel la detuvo e hizo un gesto con el dedo para que se agachara–. Suponía que Sally se acercaría primero a Nick –dijo él.

–Es un poco preocupante –dijo Zara.

–Sin duda. Ahí está, sonriendo a Garrick. ¡Pero bueno! Lo está besando.

Zara asintió.

–Así es –y no lo estaba besando en la mejilla. Directamente en la boca, y rodeándole el cuello con los brazos. Sally parecía animada y llena de vida. Casi podría haber gritado: ¡todavía lo quiero!

–Madre mía, esto debe de ser muy duro para el pobre Nick –dijo Daniel–. No hay forma de salvar este matrimonio. Ése no era un beso de felicitación. Creo que voy a hablar con Garrick para decirle que tenga cuidado. La pobre Sally está locamente enamorada de él.

–Está claro –dijo Zara–. Nick parece miserable –añadió al ver a Nick Draper, que había jugado muy bien con el Red Team y estaba solo, secándose la cabeza. Su esposa no había corrido a su lado, orgullosa.

–Y no creo que sea porque su equipo haya perdido.

Zara no contestó. No hacía falta que lo hiciera. Otras personas habían observado la escena del beso boquiabiertos. Sally había estado comprometida con Garrick, pero ya había pasado mucho tiempo. Después había dado otro paso y se había casado con Nick Draper.

–Lo que Nick debería hacer es largar a su esposa –dijo Daniel frunciendo el ceño.

–Iba a decir lo mismo –le había parecido que Garrick se había separado de ella. Una pizca, quizá. Durante un tiempo Sally había dormido entre sus brazos. Habían sido amantes. ¿Era posible que ese tipo de sentimiento se desvaneciera sin más?

–Las mentes privilegiadas piensan de la misma manera, cariño –

suspiró Daniel–. Bueno, vamos. Nos merecemos una copa de champán. Ellie y Garrick nos acompañarán.

–¿Diez dólares a que Sally también intenta acompañarnos?

Daniel se rió.

–Ésa es una cantidad importante. Está bien, acepto. Es Nick quien tiene que dar el siguiente paso. Ningún hombre merece que lo humillen en público.

A las diez de la noche el baile estaba en pleno apogeo.

–Cielos, estás preciosa. ¡Preciosa! –exclamó al verla Nash Beresford, un miembro del equipo de Garrick–. Me alegro de verte por aquí. No hay ninguna mujer que pueda compararse contigo esta noche –Nash había corrido a su lado en cuanto se había quedado sola.

–¿Sigues igual, Nash? –dijo Zara sin tomarlo en serio.

–Lo más impresionante es que no eres nada vanidosa. ¿Cómo puede ser? –preguntó Nash, encantado de estar a su lado. Nunca había olvidado a Zara Rylance.

–No estoy segura de por qué debería ser vanidosa, Nash –sonrió Zara.

–¡Y vaya vestido! –dio un paso atrás para admirarlo–. Queda estupendo si tienes el cuerpo adecuado, y tú lo tienes. ¿Es de un diseñador importante?

–De Christian Dior –dijo Zara–. Lo compré en París. Tuve que pagar mucho por él, pero no podía dejarlo.

–Y mereció la pena –dijo Nash, mirándola de arriba abajo.

El vestido que llevaba Zara era precioso y muy femenino. De color rosa pálido y con un corte que se ceñía perfectamente a su cuerpo, resaltando sus pechos magníficos y su cintura. Llevaba el cabello suelto, tal y como a Garrick le gustaba. Y el maquillaje impecable. Los pendientes, unos diamantes de las minas de Argyle, en el oeste de Australia, se los habían regalado sus abuelos maternos por su vigésimo primer cumpleaños. Aquella noche necesitaba que Garrick la encontrara muy bella.

–¿Vas a bailar conmigo? –le preguntó Nash, mirándola fascinado.

–Me encantaría –y era verdad. Hasta cierto punto. En todo el salón se percibía el interés que las mujeres sentían hacia Garrick.

No había ni una mujer en el baile que no se hubiera fijado en él. Garrick llevaba un traje blanco de verano que hacía que resaltaran sus ojos azules y su cabello oscuro.

Hasta el momento, Garrick no había bailado con Sally. Nick y ella habían llegado bastante tarde, y Zara temía que hubieran tenido una fuerte discusión.

–Bueno, ¿y qué es lo que te ha hecho regresar a Coorango? –preguntó Nash, rodeando a Zara por la cintura y guiándola hasta la pista de baile. Estaba feliz. Zara Rylance siempre había sido una mujer despampanante.

–Helen y Daniel me han invitado.

–¿Y Garrick? –preguntó Nash con interés.

–¿Qué pasa con Garrick? –preguntó ella.

Él la miró fijamente a los ojos.

–Siempre pensé que Garrick y tú...

–¿Sí?

–Bueno, ya sabes. Eso fue antes de que se comprometiera con Sally, por supuesto. Pero ¿qué podía ofrecerle Sally en comparación contigo?

Ella lo reprobó con la mirada.

–¡Qué poco cortés! ¿Creía que eras amigo de los Drapers?

–Y lo soy –Nash se sonrojó una pizca–. Lo que quería decir, Zara, es que Garrick y tú hacíais una pareja estupenda. ¿Sabes a qué me refiero? Sally tiene muchas cosas buenas. Aunque ahora mismo no se me ocurre ninguna. Nick no es idiota, ya sabes.

–¿Por qué no lo sueltas? –lo retó Sally.

–Tenías que haberlos visto llegar. Yo diría que tienen grandes problemas matrimoniales. Casi todos los presentes han visto el beso que Sally le ha dado a Garrick. Y los que no lo han visto, han oído hablar de lo que ha pasado.

–Puro entusiasmo, nada más –Zara decidió restarle importancia a lo sucedido–. Sally monta muy bien a caballo. Y le encanta el polo.

–Ten cuidado con ella –le aconsejó Nash–. Nada más.

–¿Crees que planea algo?

–¡Únicamente divertirse! No vayas a montar con ella. Buscará la manera de que te des un porrazo.

Eso sucedería si Zara fuese lo bastante tonta como para seguir su

galope.

–¿Cómo has llegado a ser tan suspicaz, Nash?

Él la miró con preocupación.

–Zara, cariño, he visto cómo lo besaba. El pobre Nick podría ser la víctima de ese matrimonio. Es un chico encantador. Quizá demasiado encantador.

–No tiene sentido hablar de ello, Nash. Puede ser que Sally estuviera demasiado emocionada. O a lo peor, que se olvidara de cuál es su situación.

–¡Eso es! –dijo Nash–. La sociedad está cambiando mucho. Hoy en día hay mucha gente que ya no se casa. Todo el mundo tiene una pareja. Otros no duran más de dieciocho meses después de casarse. No puedo decir que me sorprenda. Sally se casó de rebote.

Cuando Garrick se acercó, Nash le preguntó a Zara antes de soltarla.

–¿Me prometes otro baile?

–Creo que puedo prometerte tal cosa –sonrió Zara.

–Siempre estás acompañada –le recordó Nash.

–Te lo prometo –dijo ella, y empezó a bailar con Garrick. Era mucho más alto que Nash. Y la sujetaba de otra manera. Con más seguridad. Garrick siempre había bailado muy bien.

–¿Has estado coqueteando con Nash? –le preguntó Garrick, estrechándola contra su cuerpo y suspirando de placer–. Siempre ha estado loco por ti.

–Bueno, ¿y tú?

–¿Loco por ti? –la miró a los ojos–. Más bien diría que siento auténtica pasión –se fijó en la sombra de sus párpados, a juego con el vestido. ¿Sabía lo guapa que estaba?

–¡No estoy hablando de mí! –exclamó con brillo en la mirada.

Él agachó la cabeza, presionando la mejilla contra la de ella. Después le susurró al oído:

–Si te pones a hablar sobre el beso que me ha dado Sally, estoy perdido.

–Pareces totalmente en control –ella se resistió ante el impulso de rodearle el cuello con los brazos–. Aunque vi que te retirabas una pizca.

–Zara, amor mío, por favor no hablemos de Sally –le suplicó–. Siento lástima por ella. Se supone que ésta es una ocasión festiva.

–Y lo es –contestó ella con fuego en la mirada–. ¿Alguna vez has sentido verdadera lástima por mí? –echó la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara. La expresión de Zara lo decía todo sin palabras. Era cierto. Él había sido muy duro con ella.

–Soy humano –se encogió de hombros–. Los humanos cometen errores. Además, tú no sientes lástima por las mujeres que huyen –se burló con cariño–. ¿Te he dicho lo bella que estás esta noche?

Lo había recuperado. ¿Iba a hacer que se alejara de nuevo?

–Lo has hecho muchas veces –contestó ella con una dulce sonrisa–. Pero no te preocupes. No me cansaré de oírlo.

–Mi primera y única obsesión –murmuró él.

Alrededor de ellos bailaban varias parejas al son de una balada. No había rastro de Sally y su marido. Zara esperaba que se reconciliaran. Sally se había casado con un buen chico. Y debía darle una oportunidad.

Cuando se paró la música, Garrick sonrió.

–Esta noche es para bailar, ¿no es así?

–Así es –dijo ella, con una sonrisa.

–¿Y por qué no les mostramos cómo hacerlo? –le sugirió–. En los viejos tiempos éramos muy buenos.

–¡Siempre lo fuimos! ¿Y qué va a ser? Garrick volvió la cabeza para hacerle un gesto a la banda de música.

–Un tango. ¿Te apetece?

–¡Estupendo! Es uno de mis favoritos.

Él soltó una carcajada.

–De acuerdo, ¡vamos a demostrarles cómo es el baile del amor!

Al otro lado del salón, Sally Draper observó el espectáculo. La nostalgia que creía había enterrado en su interior hacía mucho tiempo, había resurgido. Sabía que había cometido un error al besar a Garrick en público, pero no había podido contenerse. Amaba a Garrick Rylance. Lo había amado durante la mayor parte de su vida. Sus padres habían tenido la esperanza de que ellos formaran la unión entre las dos familias ganaderas.

No debía haber ido ese fin de semana. Nick se había comprometido a jugar, pero ella debería haberse inventado una excusa. Había dejado en ridículo a Nick, su marido. Él estaba muy enfadado con ella. No le había hecho gracia que besara a Garrick.

–Maldita seas, Sal, ¿sigues enamorada de él?

–¡Tonterías! ¡Ese beso no significa nada!

–A mí no me ha parecido lo mismo. Ni a nadie. Lo que has hecho es una locura. No quiero hacerte daño, Sal, pero Rick no está enamorado de ti. Nunca lo estuvo. Está loco por esa prima suya. Creía que lo sabías cuando tú y tu familia fuisteis detrás de él.

Ella había ido tras él. Era evidente. Garrick se sentía presionado para casarse y tener hijos. Ella creía que podría conseguir que él la amara. Patético. Nadie podía amar a la fuerza igual que tampoco se podía dejar de amar a alguien por obligación.

Pero Zara era una arpía que se dedicaba a coleccionar corazones de hombres. ¿Y dónde había aprendido a bailar así? Sabía que Garrick había hecho varios viajes a Argentina y, probablemente, había sido allí donde había aprendido a bailar el tango. Pero Zara seguía sus movimientos como si hubiesen practicado durante horas. Ella nunca podría bailar así. Era un baile que parecía más una incitación al sexo. Todo el mundo había dejado de bailar para ver el espectáculo. Era evidente que lo encontraban excitante. Sin embargo, ella estaba deseando que terminara.

Y terminó pronto, con Garrick sujetando a Zara mientras ella arqueaba la espalda hacia atrás con las piernas estiradas. Una lástima que él no hubiera permitido que se cayera al suelo. Con fuerza. No había tenido tanta suerte. La gente empezó a aplaudir. Una y otra vez.

Por si alguien la miraba con intención de juzgar su reacción, Sally aplaudió también. Brevemente. «¡Que se vayan al infierno!», pensó. Y cuando volvió la cabeza, se encontró con la mirada de su esposo.

La fiesta continuó durante mucho tiempo. Todo el mundo lo estaba pasando de miedo. ¡Y ese tango! Había sido lo mejor del baile. Después de la demostración de Garrick y Zara, muchas parejas empezaron a bailarlo también, no igual de bien, pero disfrutándolo mucho. Sally los observaba disgustada. Como no estaba acostumbrada a beber, después de una copa de champán se volvía insolente. Sin embargo, había perdido la cuenta de lo que había bebido. ¿Y a quién le importaba?

A su marido. Sujetándola del brazo, le preguntó:

–¿No crees que ya has bebido bastante, Sal?

–¿Bastante? Eres un pesado, Nick.

–¡Eh! –Nick, ofendido, trató de mantener la calma–. Pensaba que estabas casada conmigo. Por qué no te calmas, Sal. Tienes una reputación impecable. No querrás estropearla. He visto que la señora Rylance te miraba un poco nerviosa.

–¡Esa vieja loca! ¿Sabes qué? Nunca le caí bien.

Nick estaba asombrado.

–La señora Rylance no es una loca. Es una mujer estupenda y sigue siendo muy bella. Está preocupada por ti, eso es todo.

–Púdrete, Nick –dijo Sally.

–¿Así quién va a quererte?

–¡Te pido perdón! –Sally lo golpeó en el pecho con fuerza, sin importarle que la gente estuviera hablando de ellos a su alrededor. Nick era un hombre que caía muy bien. Mucho mejor que su esposa.

–¿Así que vas a montar un numerito? –preguntó Nick tratando de mantener la calma.

–No hace falta –Sally le dio una palmadita en el hombro–. ¿Por qué no te largas?

El negó con la cabeza.

–Eres mi esposa. Vamos, Sally. Sé buena chica.

–¡Sí, sí, eso es lo que he sido siempre! –dijo Sally–. Una buena chica. A los hombres no les gustan las chicas buenas. Prefieren a una mujer fatal. Son con las que prefieren acostarse. Como Zara Rylance.

Nick sintió que lo invadía la rabia y la vergüenza.

–¡Basta! –dijo él–. Viene Rick. Como diga algo, te vas de aquí. Nos vamos los dos. Soy su amigo de toda la vida. Fuimos juntos al colegio y a la universidad.

–¡Colegas! –exclamó Sally con rabia–. ¿Es su querida Zara la que viene con él?

–Por el amor de D ios, Zara, contrólate –dijo Nick desesperado–. ¿Oyes lo que te digo?

–Dale una bofetada –dijo un hombre que estaba bebido.

–¡Que lo intente! –dijo Sally.

Garrick se acercó a ellos, con Zara siguiéndolo a poca distancia.

–¿Por qué no vamos a tomar un poco el aire? –sugirió con tono autoritario–. Hace demasiado calor aquí dentro.

Sally le dedicó una amplia sonrisa.

–Buena idea. No necesitamos a los otros dos.

–No. Iremos todos –dijo Garrick–. Cuando amanezca va a haber muchos dolores de cabeza –comentó. –No quiero que ella venga –murmuró Sally–. Puede largarse.

Zara miró a Garrick un instante. Él ya había comentado que su amigo Nick debía controlar a su esposa.

–Sabes, Sal, tú solías tener muy buenas maneras. Veo que has cambiado.

Sally lo miró pero no contestó. Se volvió para agarrar la copa de champán y le tiró el contenido a Zara sobre el vestido.

–¡Sólo eres capaz de crear problemas! –gritó, asombrando a los presentes.

–¡Oh, cielos! –dijo Nick.

–Ponte al otro lado de ella, Nick –dijo Garrick–. ¡Ahora! –Lo siento... Lo siento... –dijo Nick. Helen, que había presenciado el incidente, se acercó a Zara.

–Oh, cariño –le dijo mirando su bonito vestido–. ¿Qué podemos hacer? ¿Llevarlo a que lo limpien en seco? ¡Zara, cariño!

Sally soltó una carcajada como si estuviera pasándolo en grande.

–¡Lo merecía! ¡Y mucho!

–Eres una desgraciada, Sally. No hay otra palabra –dijo Helen, con furia en la mirada.

–Déjalo, Ellie –dijo Garrick, mirando a Zara a los ojos–. Volveré, Zara. Sólo dame un momento.

–¿Qué clase de idiota eres, Garrick? –preguntó Sally mientras se la llevaban como si fuera una niña–. ¿No te das cuenta de que está dispuesta a romperte el corazón otra vez?

Durante un instante, Garrick no tenía ni idea de cómo terminaría aquello. Estaba muy enfadado.

–¡Cállate, Sal! –ordenó, dejando claro que si no tomaría represalias.

Aunque hubiera bebido, Sally no era idiota. Y obedeció.

Capítulo 7

–Deja que te acompañe a la habitación –dijo Helen mirando a Zara con preocupación.

Se había quedado pálida tras el incidente. Por suerte, el vestido se estaba secando y no parecía demasiado dañado.

–No permitas que esto te afecte, Helen –le dijo acariciándole el brazo–. Sally iba bebida. Probablemente mañana no recuerde nada de lo que ha pasado.

–Puede que no. Pero yo sí –contestó cubriéndole la mano con la suya–. ¿Cómo se atreve? Es imperdonable. Ha deshonrado a su familia. Los Forbes son gente decente.

–Como Sally había sido hasta hoy –comentó Zara.

Helen levantó ambas manos.

–Teniendo en cuenta cómo se ha comportado, eres muy comprensiva, Zara.

–Es cierto que me da pena –dijo Zara con sinceridad–. Sally ama a Garrick. Está casada con Nick. ¡Imagina cómo debe de ser, Helen! No debería haber venido este fin de semana, sintiendo lo que siente.

–No volverá a venir –dijo Helen–. Nunca me había fijado, pero Sally tiene un lado maníaco. Si no tiene cuidado, arruinará su matrimonio.

–Espero que no. Pero podría pasar. Mira, Helen, estabas a punto de irte a la cama. Ha sido un día muy largo pero todo un éxito. No podemos permitir que un pequeño incidente lo arruine.

–Por supuesto que no –convino Helen–. He notado que algunos invitados han disfrutado del espectáculo. El joven Angus McKellar, por ejemplo. ¿Qué esperaba? ¿Una pelea a puñetazos? Menos mal que Daniel no lo ha visto. Habría puesto a Sally en su sitio.

–Creo que estaba demasiado borracha como para asimilar nada –señaló Zara–. Nick no debería haber pasado tanto tiempo alejado de ella. Debería haber pensado que no está acostumbrada a beber.

–He de decir que, en todos estos años, nunca la he visto así –admitió Helen.

–La infelicidad puede hacer cualquier cosa –dijo Zara–. La infelicidad la está volviendo un poco loca. Nick debería llevársela de vacaciones. Él también debe de estar muy dolido.

–Por supuesto que sí –respondió Helen–. ¿Estás segura de que estás bien, Zara?

–Estoy bien, Helen. En serio. Ya sabes, hay cosas peores.

Helen le dedicó una amplia sonrisa de aprobación.

–Sally es afortunada. Podías habértelo tomado de otra manera. No me gusta dejar a Daniel solo mucho rato.

–Lo sé.

–Garrick vendrá en seguida –dijo Helen con alivio–. El pobre Nick tiene que ponerse mucho más duro.

La respuesta de Zara fue contundente.

–Garrick será duro por los dos.

Zara oyó que llamaban a la puerta pero no contestó. Ella sabía que Nick no podría manejar la situación sin la ayuda de Garrick. Aun así, le parecía que Garrick había tardado mucho en ir a ver cómo estaba. Había llegado a creer que ella era la mujer que él amaba. Quizá el disgusto y los insultos la habían vuelto un poco irracional, pero le parecía que cuidar de Sally había sido la prioridad de Garrick.

«¿Qué más podía haber hecho?».

Zara se quitó el vestido y lo colgó en una percha en el baño. Increíblemente, no se había quedado la mancha del champán. Le encantaba ese vestido.

Al no obtener respuesta, Garrick abrió la puerta una pizca y asomó la cabeza.

–¿Zara?

–¡Oh, has regresado! Pasa y ven conmigo –era consciente de que se estaba dejando llevar por el genio–. Por favor, no me preguntes cómo estoy –dijo con dulzura–. Sally estaba más necesitada que yo.

–¡Tienes razón! –exclamó al cerrar la puerta–. Como si el pobre Nick fuera a salvar la situación –dijo mirándola de arriba abajo.

Zara llevaba un camisón. Era casi más bonito que el último que le había visto. Los camisones podían ser muy excitantes, aunque no se llevaran puestos mucho tiempo. La luz resaltaba la silueta de su cuerpo bajo la seda. La melena le caía alrededor del rostro y por la

espalda. No parecía la misma. Hostil no era la palabra adecuada para describirla. ¿Agresiva, quizá? Zara, ¿agresiva? Zara, la que siempre parecía calmada y actuaba con frialdad.

–¿Pero tú lo hiciste? –dijo ella–. Que sepas que yo estoy bien. No te haré pasar más traumas. No voy a quejarme. El vestido está bien.

–Me alegra oírlo –contestó con una sonrisa conciliadora–. Me encanta ese vestido. El camisón también es tremendo. Y lo que veo a través de él. Pero, Zara, mi ángel, sé justa. ¿Qué habrías hecho en mi lugar? Sally era como una granada de mano a punto de estallar. Tenía que desactivarla. Y rápido. Incluso tuve que agitarla para que se calmara.

–¡Has debido de sentirte horrible! –exclamó.

–Al contrario, me ha sentado muy bien. Se había puesto como loca. Al agitarla se ha tranquilizado.

–Entonces, ¿podemos decir que ha sido terapéutico? –contestó.

–¡Zara! Hablemos de lo más importante. ¿Cómo te ha afectado? No oí todo lo que te dijo.

–Podrías haber oído todo lo que me ha llamado. Me ha dicho que sólo causaba problemas y que me lo merecía. Apenas conozco a esa mujer, sin embargo, parece que me odia. Sólo me alegro de que no haya empleado una palabra de cuatro letras.

Él puso una comprensiva sonrisa y Zara notó que le daba un vuelco el corazón.

–De hecho, sí lo hizo. Nunca habría imaginado que conociera esas palabras. Mi amigo Nick estaba asombrado porque en todo este tiempo no había empleado ese lenguaje. Sabes, nunca reconocerías a Nick a partir del hombre que es en el campo de polo. De todos modos, tardamos mucho más de lo que pensábamos en calmarla. ¡Pobre Sal!

–¡Demonios! ¡Maldita sea la pobre Sal! Está bien que me ignoraras, pero ¿por qué yo nunca soy la pobre Zara? Empieza a molestarme. Parece que me he pasado la vida divirtiéndome, adorada por todos. Bueno, pues he sido una víctima. Tú conociste a mi padre –dio un paso atrás, avergonzada de sí misma–. En cualquier caso, la pobre Sal está al final del pasillo. Puedes pasar a ver cómo está por la mañana. Estoy segura de que espera que lo hagas.

Garrick gesticuló con la mano. Dejaría que Nick se preocupara

por su esposa. Él anhelaba estar con Zara, y disfrutar del placer de estar junto a ella. Su deseo aumentaba por momentos. ¿Es que no se daba cuenta?

–Mira, Zara, sé por lo que has pasado.

–¡No, no lo sabes! Crees que lo sabes.

–Bueno, al menos permite que te pida disculpas por no haber regresado antes cuando evidentemente me necesitabas –dijo Garrick–. Te aseguro que no tengo prisa por ver a Sally otra vez.

–¿Qué? ¿Crees que van a aparecer en Zimbabwe? –se mofó–. Diría que sólo te han dado un respiro.

–A lo mejor debería sentirme culpable por haber metido a Nick en esto. Debía de ser estúpido al pensar que podrían ser felices. Olvídalo. Ellos son los que han de resolver sus problemas. ¿Es posible que estés celosa? –dijo él, acercándose a ella.

Era evidente que la deseaba. Estaba completamente excitado.

–No creo que celosa sea la palabra –dijo ella–. No puedo decirte cómo me siento. ¿Despechada, quizá?

Él la tomó entre sus brazos.

–¿Despechada? No es una palabra que se oiga a menudo –comentó mirándola a los ojos–. Eras una niña lindísima –murmuró–. La niña más dulce del mundo. Mi niña. Yo quiero una hija como tú. Dos o tres hijas, si quieres. Nuestro hijo y heredero. No le pediría a ninguna mujer que gestionara una gran finca de ganado. ¿Por qué no nos vamos a la cama? Me encanta tu aroma.

–Irse a la cama. Ésa es la respuesta, ¿verdad? Estás muy orgulloso de tu virilidad, ¿verdad, Garrick Rylance? Conseguirías que cualquier mujer se rindiera a tus pies. Eres el ejemplo de la masculinidad. Y un gran amante. Pero Sal lo sabe muy bien. ¿Qué pasará si aparece? –arqueó la espalda contra su brazo–. Podría quedarse dormida un par de horas y después volver a la carga.

–¡Estás celosa!

–¡No lo estoy! –exclamó consciente de su inseguridad. ¿A lo mejor era ella la que necesitaba terapia?

Él comenzó a acariciarle los pezones con los pulgares.

–¡Oh… Oh… Oh…!

Aquel hombre podía hacerla reír y llorar, tal y como había hecho en el pasado. Estaba afectada por la flecha de Cupido y no podía contenerse para no gemir.

–¡Creo que lo estás, y me encanta! ¡Mi querida Zara está celosa!

Él estaba demasiado seguro de sí mismo.

–¡Cálmate, Garrick –le advirtió, aunque ya se estaba derritiendo por dentro–. Quiero hablar... Si crees que voy a... –¡Oh, claro que vas a...! –la besó y le acarició el interior de la boca con la lengua.

Garrick ejercía un inmenso poder sobre ella. Él comenzó a besarla en el cuello, y entre los senos, provocando que se excitara tanto que empezaron a temblarle las piernas y tuvo que agarrarse a él.

–Te deseo –murmuró él–. Te deseo en todos los aspectos. Quiero emparejarme contigo, Zara. Igual que los cisnes negros en las lagunas de Coorango. Para toda la vida. Ahora que has regresado a mi lado no permitiré que te vayas. Lo sabes. Y lo sé. Eso en lo que a mí respecta. Cuando estoy contigo soy un hombre pleno. Y tú, amor mío, eres una perla valiosísima.

¿Qué mujer podía discutir contra eso?

Al día siguiente por la tarde se fueron los invitados. Excepto Sally y Nick Draper. Sally se había despertado con un terrible dolor de cabeza y después de tomarse un analgésico había regresado a la cama hasta después de la hora de comer.

–Sally quiere hablar contigo –le dijo Helen después de que Garrick y Nick se marcharan en coche hasta la pista de aterrizaje–. Supongo que quiere disculparse. Parece arrepentida.

–Supongo que no recordará muy bien lo que pasó –dijo Zara–. ¿Dónde está?

–Sigue en su habitación. La pobre chica necesita privacidad.

«Y varios tranquilizantes», pensó Zara.

–Subiré a verla.

–No te preocupes, cariño. Será breve y agradable. Nick está horrorizado. Quiere marcharse –dijo Helen.

Sally estaba esperando en la habitación de invitados. Estaba de espaldas a Zara, mirando por la ventana el bonito jardín.

–Helen me ha dicho que querías hablar conmigo –dijo Zara tratando de emplear un tono agradable. El de la noche anterior no había sido el primer encontronazo que había sufrido con alguien y

sabía que tampoco sería el último. La gente se volvía irracional bajo los efectos del alcohol.

Sally contestó sin darse la vuelta.

–Quería decir cada palabra que dije.

–Confiaba en que no te acordaras de nada, Sally. Habías bebido demasiado –dijo Zara, disgustada.

–Ah, ¡la princesa perfecta! ¡La aristócrata! ¡La heredera de la familia Rylance! Nunca estarás segura de quién se preocupa por ti o por tu dinero –se volvió de golpe. Tenía mala cara, y la expresión de su rostro mostraba amargura y humillación. Aun así, estaba dispuesta a seguir peleando–. No soy buena para la bebida.

–Escucha, Sally. No quiero más situaciones violentas. Continúa tu camino y yo continuaré el mío.

–Cielos, debes de saber que nunca serás capaz de recorrerlo –dijo Sally, sentándose en la butaca–. Éste nunca será tu mundo.

Zara la miró fijamente.

–No me conoces, Sally, así que no tengo en cuenta tu opinión. En cualquier caso, no es asunto tuyo. Sé que estás pasándolo mal, pero no puedes culparme a mí. He cometido muchos errores y tengo que pagar por ellos. ¡Así es!

–Ahórrame el discurso filosófico –contestó Sally–. ¿Te ha pedido que te cases con él? Dímelo.

–¡Oh, Sally! –Zara sentía mucha lástima–. ¿Por qué te haces esto?

–Dímelo, ¡maldita seas!

–Sally, no tengo que decirte nada. Debes hablar con alguien sobre lo que te pasa. Has de saber que tienes un problema.

–El problema eres tú –aseguró con convicción–. Tú destruiste el sueño de mi vida. Y otra cosa... Odio que seas una Rylance.

Zara miró a otro lado. No tenía ningún sentido que se quedara allí.

–Sally, me voy abajo. No tengo por qué aguantar esto.

Estaba en la puerta cuando la voz de Sally hizo que se detuviera.

–Sé que no eres una persona muy equilibrada. Garrick me contó lo de tu madre. Dijo que eres como ella. Ya sabes, hipersensible y nerviosa. Tu madre se suicidó, ¿no es cierto? Es delicado tener ese componente genético en la familia. ¿Qué harías tú si tu vida se desmoronara?

–No creo que Garrick haya hablado contigo sobre mi madre. Él no haría tal cosa. Así que no pierdas el tiempo tratando de interponerte entre nosotros. Garrick y yo nos casaremos. Es lo que ambos queremos. Déjalo, Sally. Pide ayuda si tú no puedes sola. Garrick no volvería contigo aunque ni Nick ni yo estuviéramos. Sólo hay una conclusión respecto al corto compromiso que tuviste con él. No estabais hechos el uno para el otro.

Sally reaccionó de manera violenta una vez más. Saltó de la butaca y agarró el primer elemento decorativo que encontró.

–Pregúntale a Garrick si tan segura estás de él –le gritó–. Ve si te atreves, maldita zorra. Pregúntaselo –la retó al mismo tiempo que lanzaba el pequeño objeto con forma de cisne.

Zara, se echó a un lado para esquivarlo. Pero el objeto chocó contra algo.

Helen. Había oído los gritos y había corrido hacia la habitación. El cisne de porcelana la golpeó en la parte izquierda de la frente y, al sentir el golpe, ella se dirigió hacia Zara, quien la abrazó de manera protectora.

–Vete de aquí, Sally. Ahora mismo –dijo Zara–. Ya habías causado bastantes problemas sin esto.

Sally parecía devastada.

–Iba dirigido a ti. No a la señora Rylance.

–Ya me has oído. Vete. Tu marido está esperándote. Dile a Garrick que venga inmediatamente. Nick puede llevar el coche hasta la pista de aterrizaje.

Sally soltó una risita de enfado.

–No puedo ganar nunca, ¿verdad?

–¡He dicho que te vayas!

–Esa joven está loca –comentó Helen cuando se recuperó del golpe–. Era un Meissen del siglo XVIII ¿sabes? –miró al cisne hecho añicos–. Nunca pensé que Sally Draper fuera una mujer peligrosa.

–La infelicidad la ha desquiciado –Zara observó cómo se le hinchaba la zona donde la habían golpeado. Era un milagro que no hubiera recibido el golpe en el ojo. Aun así, seguro que se le ponía morado.

Helen empezó a decir algo cuando oyeron pasos por el pasillo. Garrick entró corriendo y miró a su madre que estaba sentada en

una butaca.

–¡Santo cielo! ¿Qué ha pasado? Ellie, ¿estás bien? –se acercó a ella y se arrodilló a su lado–. ¿Ellie? –adoraba a su madre. Era la mejor madre que podía tener un hombre.

–Estoy perfectamente, cariño –dijo Helen con una sonrisa.

–Necesitas hielo y un par de analgésicos. Iré a buscarlo –dijo Zara.

–Debería haber alguno en el armario del baño –comentó Helen.

Zara salió de la habitación y Garrick se fijó en los pedazos de la figura de porcelana.

–¿Era un Meissen?

–Sí –confirmó Helen–. Una pieza preciosa. Lo teníamos hace años. Nunca pensé que algún día terminaría rompiéndolo.

–¡Oh, cielos! –Garrick se pasó la mano por el cabello oscuro–. Sally vino corriendo hasta el coche. Me dijo que viniera deprisa. No dio ninguna explicación. Le gritó a Nick que arrancara. ¿Ha sido ella?

–Una pregunta estúpida, cariño. Desde luego no ha sido Zara.

Garrick frunció el ceño.

–Iba dirigido contra Zara. Tú te metiste en medio.

–Corrí hacia ello –dijo Helen, aceptando las pastillas y el vaso de agua que le había llevado Zara.

–¿Estás bien? –Garrick la miró.

Ella asintió.

–Bueno, tan bien como se puede estar en estas circunstancias –Helen frunció el ceño y puso una mueca de dolor–. Yo empezaba a ponerme nerviosa. Se suponía que Sally iba a disculparse. Al menos eso era lo que me había dicho. Vine para acelerar las cosas.

–No hables, Ellie –le dijo Garrick a su madre–. Se te pondrá negro y morado. No podrás disimularlo. ¿Qué podemos contarle a papá?

–Ya sé... Estabas en el cuarto de la lavadora guardando algo y se abrió de golpe una de las puertas superiores, dándote en la cabeza. Las puertas superiores te quedan a la altura de los ojos.

Garrick se quedó pensativo.

–Supongo que es bastante plausible. Papá nunca pensaría que alguien se ha atrevido a atacar a Ellie. Se llevará un disgusto, pero sabe mejor que nadie que los accidentes ocurren.

–Yo diría que tendremos menos ahora que Sally Draper se ha ido –dijo Zara–. Creo que deberías tumbarte, Helen. Y esperar a que te hagan efecto las pastillas. Iré a buscar un poco de hielo.

–Sí, túmbate –Garrick ayudó a su madre a levantarse–. Gracias, Zara. En cierto modo es culpa mía. Sally era una bomba a punto de estallar.

–¡No es culpa tuya, cariño! –Helen miró a su hijo–. Sally es la que tiene el problema. He de decir que después de este fin de semana no me importa cómo lo solucione.

Habían desplegado una dotación completa para la reagrupación de ganado que realizarían antes de Navidad. El día había comenzado antes del amanecer, pero Zara se había vestido y había desayunado poco después de oír a los tres helicópteros que realizarían la operación. Además, habría al menos media docena de hombres para movilizar a los rebaños. Los ganaderos eran esenciales para controlar las manadas. Garrick volaría en uno de los helicópteros. Era el que mejor conocía el ganado de Coorango.

Zara observó la actuación desde una zona más elevada. La reagrupación del ganado siempre la había fascinado. Siempre le había gustado Coorango. La naturaleza y los colores extraordinarios del paisaje. Incluso el rojo de la tierra era increíble. Siempre había pensado que sería maravilloso llegar a satisfacer su deseo de pintar. La gente decía que tenía un don. Su padre siempre se había reído de su interés por la pintura. Aunque no era divertido. Más bien un desprecio. Su padre había sido un hombre extraño. Ella creía que nunca sería capaz de hablar sobre cómo la había influenciado negativamente. Corin, su hermano, lo sabía. Garrick apenas tenía una idea al respecto.

Claro, no había leído sus cartas.

Su padre siempre había mantenido la imagen de que su hija era su princesa. Pura ficción.

Había cierto roce entre Garrick y ella. No lo habían hablado, pero tampoco podían actuar como una pareja enamorada delante de Helen y Daniel. Ambos estaban encantados de que su plan de que Zara regresara a Coorango hubiera funcionado tan bien. El problema había empezado cuando Garrick había exigido saber por qué Sally se había puesto furiosa. Zara se había negado a hablar del

tema y a él no le había sentado bien.

—¿Por qué siempre estás a la defensiva, Zara?

Ella había percibido frustración en su mirada. Pero ¿cómo iba a sacar el delicado tema de la muerte de su madre y comentar que Sally había dicho que él le había contado que se había suicidado? Y peor aún, que él se había cuestionado su estabilidad emocional.

¡Cuando ella no había conocido a ninguna mujer más agresiva que Sally! Ni siquiera Leila, su madre adoptiva, habría empleado la violencia física. Ella había pensado en reemplazar la pieza de porcelana de Meissen. Sabía que nunca encontraría otra igual, pero ella tenía una cesta de porcelana de Meissen de finales del siglo XVIII y sabía que a Helen le encantaría. Aunque lo último que hubiera querido Helen era que ella reemplazara la pieza. Quizá Sally, cuando recuperara el sentido común, pensara en hacer algo al respecto.

«No cuentes con ello. Pero Sally había sido su prometida. Habrían hablado. ¿No solíamos hablar nosotros durante horas cuando todavía confiábamos el uno en el otro? ¿Por qué no iba a haber hablado con Sally? Muchas de las conversaciones habrían tenido lugar en la cama. Después de hacer el amor, por supuesto. Él me dijo que había perdido la confianza en mí. Sally debió de escucharlo con atención. ¿Por qué un hombre iba a ocultarle algo a la mujer con la que estaba comprometido?».

A pesar de la vocecita que invadía su cabeza, no podía creer que Garrick hubiera hablado sobre su madre de esa manera. Atormentada, Sally se lo había dicho con mala intención.

Entonces, ¿por qué no le contaba a Garrick lo que ella le había dicho y lo aclaraba todo de una vez?

Ella permaneció un par de horas mirando el espectáculo que acontecía debajo suyo. Era evidente que la reagrupación de ganado mediante el uso de un helicóptero podía ser peligrosa, pero sabía que tenía que controlar sus nervios mientras observaba a Garrick en acción. Aquélla era su vida. Garrick se convertiría en el propietario de Coorango más pronto de lo deseado. Daniel estaba muy delicado. Se había creído la historia de que Helen se había golpeado con una puerta. Sólo unos meses antes, una de las chicas que trabajaban en la casa se había roto un hueso del pie al caérsele encima uno de los

pomos de porcelana.

La noche anterior Garrick le había dicho a Zara que le gustaría que se reuniera con ellos a la hora del descanso. Ella no había ido a su habitación a pasar la noche. Y él tampoco había ido a buscarla.

Sally había causado más daño de lo que aparentaba.

Zara condujo hasta la zona donde habían metido parte del ganado y los hombres que estaban descansando la saludaron levantando sus sombreros. Antes de que saliera del coche, Garrick ya estaba a su lado.

–Gracias por venir.

–Me lo habías pedido, ¿no es así? En cualquier caso, quería venir. Siempre me ha gustado ver esto. Es un espectáculo emocionante. ¿Hay alguna posibilidad de que me invitéis a un té?

–Muchas –dijo él, e hizo un gesto a Jacky Pierce, el cocinero del campamento.

Minutos más tarde estaban sentados a la sombra de un árbol.

–¡Qué bueno! –dijo Zara tras beber un sorbo–. En los días calurosos, una bebida caliente resulta refrescante.

–Sin duda –Garrick tenía una gota de sudor en el labio superior.

Ella deseaba quitársela con la lengua.

–¿Vas a probar el bizcocho? –preguntó él–. Creo que será mejor que te comas un pedazo. Jacky te está mirando de reojo.

–Sí, voy a probarlo –dijo ella–. No necesito que me animes. Conozco los bizcochos de Jacky.

–Es muy buen cocinero. Incluso hace la mermelada.

Ella agarró un pedazo y se lo metió en la boca.

–No quiero preocuparte, pero no soy muy buena cocinera. En Londres, cuando no salíamos a cenar, Miranda cocinaba casi siempre. Lo hace muy bien.

–Una mujer eficiente. ¿Cómo están?

Cada semana recibía varios correos electrónicos de ella.

–Lo están pasando de maravilla. Miranda es perfecta para Corin. Se complementan de maravilla. ¡Y ella es tan inteligente!

–¿Y nosotros no? –sonrió e hizo una pausa–. Te echo de menos.

Ella observó a un caballo que estaba comiendo la poca hierba que había.

–Yo también te echo de menos.

–Ya no hablamos como solíamos.

–¿Podremos hablar como solíamos otra vez? –preguntó ella con melancolía en la voz–. ¿Alguna vez le hablaste a Sally sobre mí? Me refiero a cuando estuvisteis comprometidos.

Garrick se puso serio.

–Ah, vamos a ello. ¿Qué te dijo?

–No quiero que te enfades. Pilotar es un trabajo peligroso. Me preocupo por ti, ya sabes.

–Lo sé –dijo él–. Pero lo que tenga que pasar, pasará, Zara –dijo él–. Mira lo que le pasó a papá. Estuvo a punto de morir por salvar a un aprendiz.

–Tú habrías hecho lo mismo –dijo ella–. Tú cuidas de tu gente, igual que tu padre. Es innato. Tengo razón, ¿no?

Él no contestó, pero la miró fijamente.

–¿Qué te dijo Sally?

–No quiero disgustarte. Te lo contaré esta noche. Cuando hayas terminado tu trabajo.

–Cuento con ello. Me parece que crees que va a ponerme de muy mal humor.

–Siempre y cuando el mal humor no vaya dirigido hacia mí. De un modo u otro, Sally ha causado mucho daño. Ha provocado que haya cierto roce entre nosotros. No lo niegues.

–¿Quién ha dicho que fuera a negarlo? –se terminó el té. La mayor parte de los hombres ya se habían puesto en pie para volver al trabajo.

Zara agarró su sombrero y se lo puso. Llevaba el cabello recogido en una trenza para estar más cómoda.

–Creo que voy a cortarme el pelo.

–¡Estás bromeando! –Garrick posó una mano sobre su hombro.

–No está prohibido que una chica lleve el pelo más corto, ¿no?

–No. Pero no quiero que lo hagas. Me encanta tu pelo largo. Me encanta cubrirme el rostro con él como si fuera un velo de seda. Es muy sexy.

–¿Quieres decir que dejarías de quererme si me cortara el pelo? –preguntó con una sonrisa.

–Nunca dejaré de quererte, hagas lo que hagas.

–No hace falta que lo digas como si fuera una condena de por vida.

–Una vida es mucho tiempo –le dedicó una sonrisa.

Capítulo 8

Helen no se quedó conversando después de cenar.

–Iré a sentarme con Daniel –dijo ella–. Rolf regresará el lunes. No quiere pasar más tiempo en Darwin. Está muy unido a Daniel.

–Es un gran tipo –dijo Garrick–. Pasaré a darle las buenas noches a papá.

–Yo no lo molestaré –dijo Zara–. Hemos terminado el libro. A los dos nos ha gustado. Creo que mañana empezaremos el siguiente.

Al pasar junto a ella, Helen le dio una palmadita en el hombro a Zara.

–A Daniel le encanta que leas para él. Tienes una voz muy expresiva. Como la de Kathryn.

–No me extraña que mi padre no quisiera hablar conmigo –soltó Zara desde lo más profundo de su corazón herido. No era su intención decir eso. Las palabras habían salido de su boca.

–Ya no está con nosotros, Zara, cariño –comentó Helen–. Tu vida es tuya. Iré a ver a mi marido. Él no lo admite, pero sé que sufre mucho dolor. Se ha tomado un par de analgésicos extra a escondidas –dijo con preocupación.

Todos estaban preocupados. Daniel se estaba apagando delante de sus ojos.

Se sentaron en el patio bajo las estrellas.

–Se supone que todos los que hemos sido buenos en la vida acabaremos en la Vía Láctea. Daniel ha llevado una vida ejemplar. No creo que mi padre haya terminado allí –dijo Zara mirando al cielo y con cierto tono de tristeza. Por mucho que su padre le hubiera hecho daño, ella no podía odiarlo. El odio retorcía el alma.

Garrick la miró un instante.

–Creo que ya he tenido bastante paciencia. Cuéntame por qué Sally tiró esa valiosa figurita al otro lado de la habitación. Se ha comportado como una niña. Será mejor que pida ayuda. Creo que

Nick tiene sentimientos encontrados acerca de la mujer que creía que amaba.

–¿Quién puede culparlo? –suspiró Zara–. ¿Te gustaría estar casado con una mujer que está enamorada de otro hombre?

–¿Crees que no he pensado en ello?

–Lo sé. Sally está muerta de celos. ¿Cuántos crímenes se achacan a eso? No quiero ni pensarlo. Cometí el error de decirle que habíamos hablado de casarnos. Lo hice porque me provocó. Está completamente loca.

–Cielos, ¿y qué más? –Garrick sabía que tenía que haber algo más.

–¿No te parece suficiente? –lo miró.

–Mira, no puedo solucionar los problemas de Sally. Es ella la que tiene que hacerlo. Con suerte, Nick la ayudará. Él sabe que hace mucho tiempo que todo terminó entre Sally y yo. Y que te quiero.

–Podrías decirlo con más alegría.

Garrick sonrió.

–Esta noche te daré toda la alegría que quieras.

–Nuestra relación sexual, Garrick, es maravillosa. Siempre lo fue. Pero ni siquiera el sexo estupendo puede curarlo todo, ¿no?

–Supongo que no. Y parece que hay cosas que curar. Tenemos que sacar a la luz los puntos oscuros.

–Estoy de acuerdo. Pero no quiero sacar nada demasiado problemático por el momento.

–Nunca hay un momento adecuado, Zara. Hablemos.

–¿Le contaste a Sally Draper que mi madre se suicidó?

–¿Qué? –Garrick se puso en pie de golpe–. Cielos, Zara, vaya pregunta.

–Tú me lo has pedido –dijo ella–. Bastará con que me digas sí o no.

–Hablas de que no confío en ti. ¿Y tú confías en mí?

–Todavía no has contestado a mi pregunta, Rick –respondió ella.

Él se sentó de nuevo.

–Zara, por mucho que te quiera, me niego a que me hagas un interrogatorio. ¿No ves nada bueno en mí, aparte de que sea estupendo en la cama?

–¡Pienso que eres el mejor, Rick! Me he repetido una y otra vez que nunca harías una cosa así. Pero ¿por qué si no iba a decírmelo

ella?

–Me temo que es evidente –dijo él–. Para hacerte el mayor daño posible. Está dolida. ¿Por qué vas a salir tú sin un rasguño? La envidia es igual en todo el mundo. La belleza de una mujer genera envidia. La riqueza genera envidia. Tú tienes ambas cosas. Siento mucho todo esto, pero parece que Sally está celosa de forma enfermiza. Respecto a lo de haber hablado con ella sobre tu madre, ese tema nunca salió. Recuerdo a tu madre con mucho cariño. Debes saberlo. Y aunque fuera verdad, y nadie está seguro de ello, no se me ocurriría hablarlo con nadie a parte de la gente que quiero. Me refiero a la gente cercana.

–Pero Sally era alguien cercano en aquellos momentos.

–Podría haberlo sido –dijo él–. Ni siquiera hoy en día comprendo cómo pudimos estar comprometidos.

–¡Mmm! –no era difícil llegar a la conclusión de que Sally había hecho todo lo posible para convencerlo de que sería la esposa perfecta.

–¿Qué significa eso?

–Que tengo mi propia teoría de cómo sucedió. Lo que me lleva a un tema más importante. Tu ex prometida me dijo que tú tenías serias dudas acerca de mi capacidad para desempeñar mi papel de esposa. Me dijo que temías que hubiera heredado el carácter inestable de mi madre. Según ella yo era una mujer fatal, una flor de invernadero, y no era la adecuada para compartir tu estilo de vida.

–Oh, ¡me encantan las mujeres! –exclamó Garrick, golpeándose la cabeza contra el respaldo de la silla.

–Eso es evidente.

–¡Disculpa! Te quiero –contestó sin más–. Si te crees las tonterías de Sally, te creerás cualquier cosa. No sé qué trapos sucios pretende sacar Sally. Parecía una mujer agradable e inteligente. La conozco de toda la vida, pero está claro que tiene un lado oscuro. A mí no me gustan los rumores. No está bien dar información que podría ser mentira. ¿Hay algo más que haya dicho para hacerte daño?

–Bueno, dijo que con el tiempo me daría cuenta de que he cometido un error. Y me marcharía otra vez.

–Tenemos que aprender a confiar de nuevo en nosotros, Zara –dijo él.

–¿Y eso cómo se hace?

Él percibió acusación en su mirada.

–¿Volvemos al tema de las cartas?

–No quiero sacar ese tema otra vez, Rick.

–Pero no lo olvidarás, ¿verdad? Esas cartas son una barrera emocional. Pero está colocada en tu lado.

–¿Y cómo no iba a ser así? Sé que mi manera de irme te hizo sentir rabia, dolor y frustración pero, si hubieras leído al menos una frase, quizá hubieras comprendido mis miedos. Sally tiene razón en una cosa, soy una mujer vulnerable. No lo niego. Pero tengo motivo para ello. Tuve una relación muy mala con mi padre, pero aun así lo quería. Leila sólo causó más problemas. Tú nunca te diste cuenta. Era una mujer muy astuta. Te lo contaba todo en mis cartas. Pero tú las quemaste, y eso demuestra en qué estado estabas.

–Zara, nunca lo he negado –exclamó–. Un corazón roto es mucho peor que un brazo roto. Admito que estuve muy mal. Sólo podía sentir que me habías traicionado. Yo te había explicado mi parecer una y otra vez. Quizá llevé mi orgullo demasiado lejos...

–¡Sin duda!

–¡Está bien, está bien! –él levantó la mano para que se callara y volvió la cabeza.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella con preocupación. ¿Le había sucedido algo a Daniel? Ambos se pusieron en pie al ver que Helen se acercaba deprisa.

–Venid, rápido –dijo asustada–. Me temo que Daniel ha llegado al final.

Helen y Garrick permanecieron junto a la cama de Daniel. La luz era tenue, pero Zara podía ver que Daniel estaba en las últimas. El que en su día había sido un hombre poderoso, estaba apagándose. Zara permaneció en la puerta para no entrometerse en la pena familiar. Pero Helen le dijo que pasara.

–Entra, cariño –la invitó–. Debes estar aquí. Daniel te quiere. Todos te queremos. Eres familia.

Zara entró y se colocó al otro lado de la cama. Sentía un nudo en la garganta y tuvo que contener las lágrimas. Tenía que ser valiente y permanecer tranquila, como Helen. Daniel tenía los ojos cerrados y estaba pálido.

–¿Papá? –Garrick colocó la mano sobre el hombro de su padre–. Papá, ¿puedes oírme?

Nadie esperaba respuesta, pero Daniel abrió los ojos y se esforzó para hablar.

–¿Estáis todos presentes e informados? –preguntó con un susurro. Primero miró a su hijo y a su esposa, y después volvió la cabeza hacia Zara y le dedicó una amplia sonrisa–. ¡Es una bendición que hayas regresado con nosotros, Zara! Garrick y tú debéis daros la mano por encima de mí. Sé que os amáis tanto como Ellie y yo. Y nuestro deseo es que os caséis después de mi muerte. Nada de retrasarlo. Tenéis que recuperar el tiempo perdido. Es lo que necesitamos y lo que deseamos como familia.

–Lo haremos, papá –Garrick estiró la mano para agarrar la de Zara.

Ella se percató de que ninguno de los dos podría romper su promesa. Todo había quedado claro. Aquélla era su vida.

No cabía duda de que a Daniel lo habían hecho feliz. Él encontró la fuerza necesaria para poner la mano sobre la de ellos. Helen se acercó y colocó la mano sobre la de su esposo.

Una pirámide de amor.

Así es como después lo recordaría Zara.

Daniel sonrió de nuevo y tosió un momento.

Después se marchó.

Aunque su mano cayó sobre la colcha, los tres permanecieron allí con las manos unidas, mientras asimilaban la pérdida de un gran hombre.

El entierro de Daniel Rylance congregó a un gran número de personas. Todo el mundo se acercó a mostrar su respeto por un hombre admirable. Todos conocían la triste historia que había acelerado su muerte y sabían que, en circunstancias similares, Daniel Rylance lo habría vuelto a hacer.

Corin y Miranda regresaron a casa antes de finalizar su larga luna de miel. Era lo que deseaban hacer. Corin para mostrar su apoyo a su gran amigo y a su madre. Miranda, quería estar al lado de Zara, que era lo más parecido a una hermana.

Helen llamó a Washington para hablar con Elliot Mastermann, el marido de su hija Julianne, para preguntarle si debía darle la

noticia de la muerte de su padre antes o después del nacimiento de su primer hijo. El bebé, que era un niño, debía nacer en menos de dos semanas.

Todos sabían que Julianne querría haberse enterado cuanto antes. Pero había tenido un mal embarazo y estaba delicada de salud. Tenía la tensión demasiado alta y le habían mandado reposo. El ginecólogo creía que era mejor demorar la noticia.

Así que tomaron la decisión por el bien de la madre y el bebé.

–Tenía la sensación de que Elliot no quería decírselo. Está más nervioso que Jules por el parto. Quiere que vaya. Y Jules también, por supuesto. Adora a su marido, pero necesita a su madre.

–Debes ir, Ellie –dijo Garrick–. Aquí no puedes hacer nada. Papá habría querido que hicieras lo acordado. Ése era el plan en todo momento.

–¡Vaya momento que ha elegido para morir! –Helen tenía los ojos llenos de lágrimas–. Éste sería su primer nieto.

–Estoy seguro de que lo sabe, Helen –dijo Zara–. Yo creo que aunque estemos muertos seguimos queriendo. El nacimiento de tu nieto te dará nueva energía.

–Eso es muy bonito, Zara –dijo Helen, que siempre se sorprendía por lo mucho que se parecía a su madre. Kathryn había sido una mujer muy comprensiva.

Todo estaba arreglado. Garrick llevó a su madre en avión hasta Brisbane y Zara los acompañó.

–No hace falta que me acompañéis hasta la puerta de embarque –bromeó Helen.

–No sólo eso. Vamos a quedarnos aquí hasta que entres –le aseguró Zara. Sabía que Helen nunca superaría la muerte de su querido esposo pero que se comportaba de manera muy valiente–. Tienes que decirnos adiós con la mano hasta que desaparezcas.

–¡Lo haré! –Helen los besó y los abrazó.

–Dale un beso a Jules –dijo Garrick–. Ella estará bien, Ellie. Tiene a Elliot, pero quiere a su madre.

–Os llamaré cuando llegue –prometió Helen–. Elliot irá a recogerme. Cuidaos –por primera vez, dejó escapar las lágrimas.

Garrick y Zara esperaron a perderla de vista agarrados de la mano.

–Espero que todo vaya bien –dijo Zara.

Garrick la miró.

–Todo irá bien. No queda otra. Tomaremos un taxi hasta casa. Pasarían la noche en la mansión de los Rylance, con Corin y Miranda, antes de regresar a Coorango. Tenían muchas cosas que hacer allí y Garrick no podía permitirse quedarse unos días más. Le había sugerido a Zara que se quedara ella, pero había dicho que no.

«Coorango es mi casa», pensó ella. Su verdadera casa. Corin y ella nunca habían tenido una casa de verdad después de la muerte de su madre.

–Espero que Corin y Miranda siempre se quieran tanto como ahora –dijo Zara.

–Cuenta con ello –contestó Garrick–. Es muy bonito ver lo felices que son.

–¿Y nosotros? –lo miró ella.

–Zara, si sólo sé una cosa en el mundo con certeza, es que te quiero.

Miranda salió a recibirlos en cuanto el taxi se detuvo frente a la casa.

–Hola. ¡Hola! –corrió hacia ellos y le dio dos besos a Zara.

De pronto, le entró la timidez. A Garrick no lo conocía tan bien, así que le tendió la mano.

Él agachó la cabeza y la besó en la mejilla.

–Me alegro de volver a verte, Miranda.

–Estamos encantados de que hayáis venido. Corin llegará en cualquier momento. He pensado que sería mejor que cenemos en casa. Habéis hecho un vuelo muy largo.

–Lo que quiere decir es que cocina muy bien –bromeó Zara con una sonrisa y agarró a Miranda por la cintura.

–Os he puesto en habitaciones contiguas –dijo Miranda–. Imagino que querréis refrescaros después de un viaje tan largo. Cenaremos marisco. Sé que os encanta. Esperamos que todo vaya bien con Julianne y el bebé. Así serán una familia feliz –Miranda estaba tan feliz con su matrimonio que parecía haber olvidado que su madre la había abandonado de pequeña.

A partir de ahí todo salió perfecto. Cuatro personas jóvenes que conectaban de maravilla frente a una deliciosa cena.

Después, permanecieron en la terraza conversando. Tenían muchas cosas de que hablar. Más tarde, decidieron dar un paseo por el jardín antes de retirarse a dormir. Garrick quería marcharse después de desayunar al día siguiente.

–Es una lástima que no os podáis quedar unos días más, Zara –dijo Miranda.

–Ella puede quedarse, si quiere –intervino Garrick–. Yo tengo motivos para regresar, pero Zara puede darse un descanso. Le he sugerido que se quede.

–Sería estupendo –dijo Miranda con una cálida sonrisa–. Podemos buscarte un vuelo para el fin de semana, ¿verdad, cariño? –lo agarró de la mano.

Corin la besó en la mano.

–Por supuesto –le encantaba saber que su hermana y su esposa se llevaban tan bien.

–En ese caso, que sea a Longreach –Garrick nombró un aeropuerto del interior de Australia–, y yo iré a buscar a Zara.

Zara bajó la vista. Por un lado deseaba quedarse unos días más con Miranda, pero no quería dejar a Garrick. Al mismo tiempo, sentía que Garrick necesitaba estar solo. ¿Era eso? ¿Estaba buscando su oportunidad para estar tranquilo?

Una vocecita interior le habló con impaciencia. «¿Cuántas veces tiene que decirte que te quiere? ¿Por qué continuas alimentando una ansiedad que sólo puede ser perjudicial para tu matrimonio?».

Era curioso, Sally Draper había descubierto su gran defecto. La vulnerabilidad. En el fondo, ella sabía que Garrick nunca había hablado de su madre con Sally. Pero Sally había conseguido su objetivo, tratando de estropear su relación. Eso era lo que Sally pretendía, que hubiera tensión entre Garrick y Zara.

«Y sin embargo, todavía no tengo confianza plena», pensó Zara. Había sufrido mucho en la vida. Y por mucho que lo intentara, hacía falta tiempo para superarlo. A veces, la gente no conseguía superarlo en toda una vida. Una locura, ya que la vida era demasiado corta.

Ambos se miraron en la habitación de Garrick.

–¿Quieres que pase la noche contigo? –preguntó ella, consciente de que no había formulado la pregunta de manera correcta.

–Y tú, Zara, amor mío, ¿quieres quedarte conmigo? –preguntó él mientras se desabrochaba la camisa.

–Sólo quería decir que a lo mejor necesitabas dormir bien una noche –trató de explicarse.

–Entonces, estás equivocada. Hay mucho tiempo para dormir bien.

–Puedo volver contigo –se ofreció ella.

–¿Y decepcionar a Miranda? No, en serio, Zara, mereces un descanso.

–¿Y tú? Nunca descansas.

Él se encogió de hombros.

–Ése es mi trabajo. Ahora que no está mi padre, estoy al mando.

–¿A lo mejor necesitas un descanso de mí? –preguntó ella con el corazón encogido–. Entre nosotros ha habido un poco de tensión últimamente.

–Bueno, es normal. Al margen de la muerte de mi padre, hemos tenido que lidiar con Sally. Te lo dije en serio, Zara. Tenerte con nosotros nos ha servido de mucho a Ellie y a mí. Ven aquí –estiró la mano y esperó a que se acercara–. Siempre me sorprende lo bella que eres –dijo él–. Me está volviendo loco. Tienes una cara que podría identificarse sólo a partir de tus ojos y tus cejas.

–Es genético –dijo ella con un suspiro–. Tan bella como mi madre. Haber heredado su belleza me ha causado mucho dolor.

–Tu padre me dijo una vez que eras perfecta.

Zara sintió que la rabia se apoderaba de ella.

–El problema con mi padre era que utilizaba a la gente –dijo ella–. Vio que tenías peligro. Y se puso manos a la obra. Estabas loco si lo creías.

–¿Así que tenía talento para utilizar a la gente? –preguntó Garrick. Él nunca había confiado en Dalton. Ni le había caído bien. Pero lo había creído cuando había dicho que su hija, Zara, era perfecta. Después de todo, lo era. Él había pensado lo mismo. Más que perfecta.

–Ya está muerto, Garrick –las palabras de Zara interrumpieron su pensamiento–. Tengo que superar todo eso.

–¿Es hora de hacer las paces?

–No soy tan buena. ¡No soy una santa!

Garrick puso una mueca.

–Muy bien. No hablemos de tu padre. Veo que te duele mucho. Pero hay algo que debo preguntarte. Y puede que después me quede tranquilo.

Ella lo miró a los ojos.

–Rick, pregúntame lo que quieras. Sabía que hay algo que te preocupa, a parte de la pena que sientes por la pérdida de tu padre y de tu preocupación por Julianne.

–Zara, amor mío, tiene que ver contigo –dijo, sujetándola por los hombros–. Tú y yo. Nadie más.

–Adelante.

–Necesito que me digas si podrías considerar el compromiso que hiciste sobre el lecho de muerte de mi padre como una forma de chantaje emocional.

–¡Santo cielo, Rick! –exclamó con una mezcla de rabia y frustración–. No puedo creer que hayas dicho tal cosa.

–Tenía que decirlo. Por eso lo he hecho. He de estar completamente seguro. En cierto modo, era una manera de presión. Te han presionado desde el momento en que mis padres te invitaron a Coorango. En todo momento han querido que fueras su nuera. Conspiraron para que volvieras a formar parte de la familia.

Por un lado, tenía razón. Pero Ellie y Daniel habían sido bastante claros. Y le habían dado la oportunidad de arreglar las cosas. Zara se retiró de su lado y le preguntó:

–¿Que si estoy segura? ¡Completamente segura! Oh, cielos, podría llorar por los dos. De veras. Te quiero, Garrick –añadió con los ojos llenos de lágrimas.

–¿Me quieres más esta vez? –preguntó con tono gentil pero ligeramente irónico.

–Te quiero. Te quiero. No lo has olvidado, ¿verdad? Nos prometimos matrimonio antes de... Estoy cansada de todo esto, Rick. ¿Crees que, si no hubiera hecho esa promesa, sería capaz de permitir que todo se diluyera? ¿Es eso? Crees que siempre huyo. ¡Que soy la novia huidiza!

Garrick la miró fijamente.

–Eres una novia bella y maravillosa. No se acabaría el mundo si te marcharas, porque iría a buscarte. Te haría volver a mi lado.

–Lo mismo de siempre, ¿no es eso? ¡Lo mismo de siempre! Está claro que hay cosas que se quedan atascadas en nuestros cerebros.

–La respuesta es sí. Ocurre todo el rato. La mayor parte de la gente se queda con asuntos del pasado. Parece que es nuestra manera de ser. La condición humana. Siento si te he disgustado.

–¡Tienes un don para ello!

Él se rió sin humor.

–No podemos despertar a toda la casa, Zara.

–Como si fueran a oírnos, aunque gritáramos. Esta casa es enorme.

–Sin duda. Pocas personas pueden permitirse algo así.

–¡Mira quién habla! –contestó con sarcasmo–. Un ganadero importante. El propietario de Coorango y sus más de cuatrocientas mil hectáreas.

–Oh, vamos, Zara. He nacido con ello. Nunca me siento y pienso: «Mírame, soy un terrateniente». Igual que tú no piensas: «Soy una gran heredera». Forma parte de nosotros y no lo tenemos en cuenta. Vamos a dejarlo. Ambos hemos tenido un día muy largo.

Zara estaba abrazándose a sí misma, como si tuviera frío o quisiera protegerse.

–Perdóname. He de admitir que estoy agotada –además estaba al borde de las lágrimas.

–Zara, por favor –suplicó él–. No llores.

Ella se lo tomó como un gesto de impaciencia, y contuvo las lágrimas.

–No llores. No llores. Sé lo terrible que es perder a un padre. Sé por lo que estás pasando, Rick. Pero no puede ser que creas que he permitido que me manipulen como a un títere.

–Eres una mujer muy comprensiva, Zara. Mi padre y tú estabais muy unidos en los últimos días. Es difícil, por no decir imposible, negarse a la petición de un hombre que se está muriendo.

–Te di mi mano –dijo ella–. En ella llevaba mi corazón. Ese corazón es para ti. ¿Respondo así a tu pregunta? –se volvió hacia la puerta–. Buenas noches, Rick. Te veré por la mañana.

–¡Estoy seguro! –su tono decisivo hizo que ella se volviera para mirarlo–. Seré lo primero que veas –se acercó a ella y la llevó en brazos hasta la cama sin dejar de mirarla.

–¡Pediré ayuda! –exclamó ella.

–Llama. Tú misma dijiste que nadie podría oírnos.

–¡Qué listo eres! –colocó los brazos sobre la cabeza.

–No, soy un hombre locamente enamorado –la contradijo–. La inteligencia no tiene nada que ver con esto –se quitó la camiseta, y se sentó a su lado acariciándole el cabello–. No hay otra mujer en el mundo para mí, Zara. Ni una. ¿Lo has comprendido?

–Pero sigues pensando que podría salir huyendo.

–Te dejaré embarazada de un precioso bebé. Y puede que luego te mantenga embarazada.

–Un chico primero, ¿no es así?

–¿Qué es eso de chico o chica? –preguntó impaciente–. Adoraré a nuestro bebé siempre que se parezca a ti –le acarició los senos desnudos y vio que sus pezones estaban erectos. La besó de manera apasionada hasta que ella comenzó a gemir.

Un único beso era lo que necesitaban para olvidarse de todo lo demás.

Nunca fallaba.

Capítulo 9

Miranda estaba encantada con la compañía de Zara. Ambas podían hablar de cualquier cosa sin problema.

–A veces pienso que somos una sola persona, ¡no dos! –comentó Miranda acerca de su relación con Corin.

–Así que lo esperaste, te sentaste en su regazo en cuanto entró en la limusina y, el resto, ¡es historia! –Zara sonrió. Había oído la historia de su encuentro montones de veces.

Miranda se rió un instante.

–¿Garrick todavía no sabe mi relación con Leila?

–Todavía no –dijo Zara, abriendo una botella de agua.

–Hay que decírselo.

–Cuando tú creas que es el momento, Miri –contestó Zara, y llenó su vaso.

–Diría que ese momento ha llegado, ¿no crees? Garrick lo es todo para ti, lo sé. Él te adora.

–No sé si adorar es la palabra adecuada –dijo ella.

–¿Qué quieres decir? Te adora de verdad.

Zara suspiró.

–Nunca te he mencionado esto, supongo que por un desengaño que no he conseguido superar, pero después de marcharme de Coorango le envié muchas cartas a Garrick. Reconozco que me marché de manera apresurada. Pero mi padre me había ordenado que regresara a casa. En esos días, yo hacía lo que mi padre quería. Era un tirano.

–Algo he oído –dijo Miranda–. Corin y yo hablamos mucho. Tu padre ha hecho mucho daño.

–Sí. Corin siempre fue muy valiente. Y se enfrentaba a él. Yo intenté que me quisiera, pero cada vez que posaba en mí la mirada se daba la vuelta.

–Culpabilidad –dijo Miranda.

–¿Por mi madre?

–Zara, no estoy diciendo que lo que provocó el accidente de

coche de tu madre no fuera más que un accidente. Pero está claro que, de algún modo, tu padre se sentía culpable. No hablemos de Leila –esbozó una sonrisa–. Pero tenemos que hablar de ella, ¿no es así? Somos familia. Y aparte del hecho de que eres pariente, vas a casarte con Garrick, el amor de tu vida.

–Mi único amor –dijo Zara. –Y respecto a esas cartas... Es evidente que tienen mucho peso sobre tu conciencia. –Él no las leyó. Ni una de ellas –miró hacia la piscina del jardín.

–¿Estaba demasiado disgustado porque te habías marchado? Sólo hace falta mirarlo para saber que es un hombre apasionado.

–Y orgulloso –dijo Zara–. Podía haberse leído una.

Yo le abrí mi corazón y él ni siquiera leyó una palabra. Durante años estuvo convencido de que lo había traicionado. Y creo que esa idea todavía permanece en su cabeza. Me quiere. Pero no confía en mí. Eso duele. Y debido a que es tan orgulloso hemos perdido muchos años de nuestras vidas. Quiero tener hijos. Igual que tú. Quiero tenerlos antes de que sea demasiado mayor.

–Y serás una madre maravillosa –dijo Miranda–. ¿Por qué permites que esto te haga daño, Zara? Eres una persona maravillosa. ¿No puedes perdonar al hombre que amas?

–¡A lo mejor es porque lo quiero mucho! Y el tema no para de salir. Él quemó mis cartas... las palabras de una mujer traumatizada. Mi padre le dijo a Rick una vez que yo era la hija perfecta.

–Era un auténtico bastardo. Corin podría hablar con Garrick.

–¡No, no! No quiero meter a Garrick en esto. Si Garrick me quiere debería confiar en mí.

–¿Has conocido a alguien que nunca haya cometido errores? –preguntó Miranda–. Yo no. Todos cometemos errores. Y con suerte, aprendemos de ellos.

–Lo sé. Es la mejor manera. A veces creo que pasamos más tiempo mirando hacia atrás que hacia delante.

–Entonces perderemos muchas oportunidades maravillosas.

–Tienes mucha fortaleza, Miri.

–Y he aprendido por la vía dura. ¿Puedes contárselo a Garrick ahora?

–Me temo que no es buen momento. Cuando estabais fuera, recibimos la visita de su ex prometida y su marido. Vinieron para la final de polo y para el baile.

–¿No fue un éxito?

–Fue un éxito en muchos aspectos, pero Sally aprovechó para airear los celos y la rabia que siente hacia mí. Todavía ama a Garrick.

–¡Ohh! Qué horrible debe de ser para su marido.

–Y él es un encanto. Pero quizá no lo bastante duro para Sally. Montó tal numerito que cualquiera habría pensado que sufría una crisis nerviosa.

–Entonces, debería buscar la ayuda de un profesional. ¿Se casó de rebote?

–Yo casi siento lástima por ella –suspiró Zara–. No sé cómo su marido no se ha dado cuenta. Si ella hubiera intentado que su matrimonio funcionara de verdad, a lo mejor tendría otra perspectiva.

–¿Entiendo que te ha dicho un montón de mentiras?

–Me temo que he tenido en cuenta algunas de las cosas que me dijo.

–¿Y has discutido con Garrick?

–Garrick es el tipo de hombre que no discute. Si empiezas hablar acerca de lo que él considera una tontería, no tiene paciencia para escuchar. Según él, Sally está loca.

–¡Me lo imagino diciéndolo! Garrick debe de tener muy malas pulgas con los tarados. Hay gente así. No puedes arruinar tu vida por unas cartas, Zara. Estoy segura de que Garrick se arrepiente de no haberlas leído. Pensar en ello todo el rato no te lleva a nada. Lo pasado, pasado está. Mi madre me abandonó cuando era pequeña, ya sabes. Yo crecí pensando que mis abuelos eran mis padres. Y por mucho que la quería, no conseguí perdonar a mi abuela por haberme engañado. Ahora que soy madura, he aceptado que mis abuelos hicieron eso pensando en que era lo mejor para mí. Lo mejor para ti, Zara, es continuar hacia delante. Garrick es el amor de tu vida. Coorango será tu casa. Sin duda, Garrick te adora. ¿Qué más quieres saber?

Zara volvió la cabeza y sonrió a Miranda.

–¿Eres mi hermana o mi psicólogo? –bromeó.

–Ambas cosas –dijo Miranda, y agarró la mano de Zara.

Garrick estaba sentado en el despacho de su padre mirando con

tristeza a su alrededor. Su padre no quería poner el retrato de sí mismo que colgaba en la pared, pero su madre había insistido y allí estaba. Pero Garrick no podía volverse para mirarlo. Por pena.

Él había tenido unos padres maravillosos. Zara y Corin no habían sido tan afortunados. Se había dado cuenta de que tener estabilidad emocional en la infancia era algo muy importante. Él siempre había pensado que Dalton Rylance, en realidad, quería a su hija. La idea de que Dalton lo hubiera engañado como a un tonto lo molestaba. Por supuesto, Dalton había tenido sus motivos. Él empezaba a comprenderlo. Cuando su querida Zara más necesitaba su apoyo, él había estado autocompadeciéndose.

La traición de Zara, así era como él lo había visto, había estado a punto de acabar con él. Siempre había creído que estaban hechos el uno para el otro. Sin embargo, el que no hubiera leído aquellas cartas seguía causándoles problemas.

Para distraerse, comenzó a mirar un montón de papeles que había sobre la mesa. Cuando hubiera leído su contenido, se los pasaría a Col Rourke, el gestor de la finca. Col era muy eficiente, pero el jefe tenía que tomar las decisiones.

Al cabo de un rato, Garrick dejó la pila de papeles y escribió todo lo que había que hacer en una hoja antes de guardarlos en una carpeta.

Sólo habían pasado unos días, pero echaba de menos a Zara como si llevara meses sin verla.

«Sin ella te sientes muy solo», se dijo.

Había hablado con su madre y con Julianne varias veces. Ambas parecían animadas y eso lo tranquilizaba. Todo iba bien con Jules.

«No podemos esperar a que nazca Elliot Mastermann III», pensó.

Aunque no le gustaba poner números detrás del nombre de un niño, Jules y Elliot eran los que tenían que tomar la decisión. Los Mastermann eran una familia destacada. Garrick sabía que su madre echaba de menos a su única hija. Él también echaba de menos a Jules. Sabía que, en el futuro, su madre pasaría mucho tiempo en los Estados Unidos. Zara y él también encontrarían el momento para ir a verlos.

¡Tenía muchos planes! Y en todos estaba Zara.

A pesar de los largos días de trabajo, no podía dormir. Daba vueltas y vueltas en la cama, y cuando por fin se quedaba dormido

despertaba buscando a Zara a su lado. Le resultaba difícil dormir tranquilo sin la compañía de la mujer que amaba.

La noche anterior a que regresara Zara, Garrick decidió sacar algunas cosas del despacho de su padre y llevarlas al suyo. Su despacho no era tan grande como el de su padre, pero había decidido hacer algunos cambios en él. Más adelante, colgaría algunos de los cuadros que pintaría Zara, puesto que había decidido que retomaría la pintura. Acercó el sofá hasta un arcón de madera, retiró la tela con la que estaba cubierto, retiró los libros que había encima y abrió la tapa. En ese momento, percibió la mezcla del aroma a almizcle y naftalina. Lo primero que llamó su atención fue un palo de críquet firmado por un gran jugador. Lo sacó y decidió buscarle un lugar mejor. Después sacó varios libros de historia y de viajes. Una docena o más de álbumes de fotos. Los vería con Zara cuando regresara a casa. Retiró una segunda tapa y encontró montones de fotos de Zara con él. Sintió que se le encogía el corazón.

Quizá por eso no había abierto aquel arcón en tanto tiempo. Sería mejor que lo cerrara. Tenía una reunión a media mañana con otros dos ganaderos para hablar de diversos asuntos y quería estar centrado.

Pero de pronto reparó en que había un sobre metido en uno de los libros.

–¿Qué es esto? –murmuró en voz alta. Durante un momento estuvo mirándolo como si fuera incapaz de agarrar el libro. Era una antología de varios poetas británicos. A Zara le encantaba la poesía. Ella solía leerla mientras estaban tumbados a la sombra de un árbol en su lugar de baño favorito, la Blue Lady Lagoon.

Apretando los dientes, Garrick decidió sacar el sobre. Sabía lo que era. Una de las cartas que Zara le había enviado. De algún modo, se había salvado de la hoguera. Pero ¿cómo?

Al recoger la carta, lo recordó todo. Un día había bebido demasiado para tratar de calmar el dolor de su corazón.

–Recuerdo que estuve a punto de abrirla –dijo en voz alta.

Había mirado aquel sobre una y otra vez. Al final, había decidido no destruirlo y lo había guardado en el libro de poesía. Nunca había vuelto a abrir aquel libro. El alcohol se había ocupado

de borrarlo de su memoria.

Se levantó para sentarse de nuevo en una butaca con el abrecartas en la mano.

–Gracias por ofrecerme esta oportunidad –comentó en alto.

No le importaba que estuviera hablando consigo mismo. Se sentía muy agradecido, porque aquella carta podía convertirse en su salvación.

Capítulo 10

Nada más salir del avión Zara percibió el calor del interior de Australia. Miró entre la multitud y vio que Garrick la estaba esperando. Al verla, Garrick abrió los brazos y ella corrió para darle un abrazo. Él la estrechó con fuerza contra su cuerpo, envolviéndola en una intensa y poderosa sensación de seguridad. Su hogar estaba al lado de Garrick. No tenía ninguna duda al respecto. Sería una esposa y una madre maravillosa. ¡Por fin se sentía en paz!

Por la tarde se acercaron a caballo hasta la Blue Lady Lagoon. Zara se quitó el sombrero y lo dejó sobre una roca. Alzó los brazos hacia el cielo y exclamó:

–¡Me encanta este lugar! ¡Es pura vida! ¿Verdad, cariño?

Garrick se colocó detrás de ella y la rodeó por la cintura para estrecharla contra su cuerpo.

–Lo es. Pero cualquier sitio sería mucho más bonito contigo a mi lado.

–¡Qué lindo! –acopló su cuerpo contra el de él, todavía embriagada a causa de haber hecho el amor de manera apasionada unas horas antes.

–Zara, ¡te quiero! –murmuró mientras la besaba en el cuello–. Debía haber confiado en ti en todo momento. Tiré tus cartas, y ellas significaban tanto para ti. ¡Y para mí!

Había angustia en su tono de voz. Zara se volvió entre sus brazos para poder mirarlo a los ojos.

–Garrick, nos tenemos el uno al otro. Eso es lo único que importa.

–Eres tan comprensiva –inclinó la cabeza para besarla y después empezó a hablar con emoción en la voz–. ¿Es que incluso el amor es demasiado débil para permitir que se hable desde el corazón? ¿Y ni siquiera los amantes son lo bastante poderosos para contarse lo que sienten?

–Rick, yo escribí eso en una de tus cartas.

–Si las hubiera abierto en ese momento –se lamentó él, y metió la mano en el bolsillo de su camisa–. Pero los ángeles han decidido otorgarme el perdón. Encontré una de tus cartas en un libro que había en mi estudio. En ella desvelas la integridad de tu alma. Debería haberla dejado allí, metida entre las páginas de Shelley, tu poeta favorito. Confieso que en aquellos tiempos sentía lástima de mí mismo y que ese día bebí demasiado. El alcohol hizo que olvidara que había guardado la carta allí.

–Pero ¿ahora la has leído? –preguntó ella. Al menos una carta. ¿No era eso lo que siempre había querido?

–Una y otra vez –dijo él–. Puedo recitártela palabra por palabra. Está grabada en mi cerebro. Ahora, mi querida niña, estoy en el lugar donde debería haber estado todos esos años atrás. Perdóname.

–¡Oh, Garrick! –el brillo de las lágrimas apareció en sus ojos oscuros–. Estás perdonado.

–He de confesar que también se me han saltado las lágrimas al leerla –le dijo con una sonrisa.

–Qué inteligente es que un hombre fuerte sepa cuándo llorar –dijo ella.

–Y eso me demuestra una cosa –Garrick la apretó aún más contra su cuerpo–. Los milagros hay que tomárselos en serio.

Ella le ofreció un rostro lleno de amor, de risa y de lágrimas.

–Estoy completamente de acuerdo –murmuró antes de que él la besara de manera apasionada.

Epílogo

Elliot Arnold Mastermann III llegó al mundo en perfectas condiciones. Garrick y Zara tuvieron el honor de ser los padrinos por parte de la madre.

Poco más de dieciocho meses después, Zara dio a luz a su primer hijo, un niño precioso. El pequeño Sean Daniel Rylance era idéntico a su padre.

–¡Tenemos que buscar una hija que sea exactamente como tú! –dijo el padre mientras mecía a su querido hijo entre sus brazos.

Dos años más tarde llegó al mundo Kathryn Helena Rylance. Miranda y Corin ya tenían a su hijo Alexander. Miranda, una pequeña supermujer, estaba a punto de cumplir el sueño de su vida y convertirse en doctora. Sus bebés tenían que encajar en su apretado horario. Por suerte, lo hicieron.

Al final, cinco criaturas, dos niños y una niña por parte de Garrick y Zara; y un niño y una niña de Corin y Miranda, formaron el clan de los Rylance.

–Con todo estos niños necesitamos una doctora en la familia –solía comentar Zara.